

Selección RNR

ANA I. MARTÍN

Cuatro Días



Romance Actual

Cuatro días

Ana I. Martín



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Ana I. Martín

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699089

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi hermana Magdalena

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

DIA 1
DIA 2
DIA 3
DIA 4
Promoción

DIA 1

LA SALIDA

GLORIA - QUIQUE - ANDRÉS

A Quique todas las calles le parecían iguales, los edificios lo mismo, y tenía la impresión de estar dando vueltas. Pero su mujer le dijo que iba bien, que debía seguir recto y girar en cuanto viera una farmacia que hacía esquina.

—No sé por qué hemos venido a buscarle; nos cruzamos todo Madrid para luego tener que dar un rodeo por culpa de la manifestación.

—¿Qué querías? ¿Que cogiera el autobús y el metro cargando con la maleta?

—Tampoco creo que se herniara por eso y, además, podría comprarse un coche, aunque fuese de segunda mano.

—Sabes de sobra que no puede permitírselo y encima pagar el alquiler del piso. —Y le miró un tanto confusa—. Se te ocurren unas cosas...

—¿Y a él? ¿Qué pinta con tres parejas de cuarentones?

—Los cuarentones sois vosotros.

—Te recuerdo, cariño, que os queda poco a ti y a Pilar, y en concreto tú los cumplas en unos meses.

—Pero hasta entonces no los tengo —matizó ella.

La calle acababa, y cuando estaba a punto de protestar de nuevo, Gloria le avisó.

—¡Ahí está la farmacia! Dobla la esquina y aparca donde puedas.

Él siguió las instrucciones, y casi frente a la puerta encontró aparcamiento.

Se notaba que había salido mucha gente en ese puente.

—Voy a subir un momento a ver qué tal quedó lo que compró —dijo su mujer soltándose el cinturón de seguridad.

Quique resopló de mala gana mientras ella abría la puerta.

—Ven tú también, solo serán unos minutos.

Pero Quique meneó la cabeza. No le apetecía ni le importaba lo más mínimo cómo había amueblado su cuñado aquel piso, y se quedó observando cómo su mujer llamaba al telefonillo, hablaba algo y al instante desaparecía tras la puerta. Entonces presionó el botón de encendido de la radio y fue pulsando en busca de una emisora. Noticias, música, más noticias sobre la afluencia de manifestantes con motivo del primero de mayo, otras de cómo el tráfico iba congestionado cada vez más las salidas de la ciudad... Apagó la radio y sacó el paquete de cigarrillos de la guantera, encendió uno y bajó el cristal de la ventanilla, mirando el salpicadero mientras daba la primera calada. El reloj marcaba las diez y doce minutos, y torció el gesto al acordarse de su cuñado; por su culpa iban a llegar los últimos, ya había oído lo de «la congestión», más concretamente el atasco que pillarían. Y no sería por él. A las nueve estaba listo después de llevar a los gemelos a la puerta del instituto. Iban de excursión a Barcelona y a Port Aventura, y estaban tan entusiasmados que enseguida se despidieron para reunirse con sus amigos. Sin embargo, pudo quedarse con el resto de los padres a esperar que arrancase el autobús, y no lo hizo para no llegar tarde.

Recordó entonces la ilusión con la que habían preparado aquel viaje, el primero que hacían sin niños desde que se casaron, y como una semana antes los planes habían cambiado. Su cuñado se apuntó también, y no acababa de asimilar que encima hubiese habitación libre para él.

—¿Por qué no se habrá quedado a vivir para siempre en Estados Unidos?
—murmuró, descargando la ceniza de su cigarro por la ventanilla.

Gloria se encontró la puerta abierta y a su hermano acercándose por el

estrecho pasillo, con su bolsa de viaje.

—Enséñame lo que compraste antes de irnos.

—Solo fue la cama y un sofá —dijo sonriendo, pero dejó el bolso en el suelo y acompañó a su hermana.

En el centro del dormitorio estaba la cama con el somier y el colchón, sin cabecero, y la funda nórdica un poco arrugada que Gloria no pudo evitar estirar para que quedara perfecta. Al lado, una silla que ya estaba en el piso servía de mesilla para dejar el reloj despertador, y que también hacía las veces de perchero pues tenía colgado del respaldo la camiseta y el pantalón de chándal que usaba para estar en casa.

—No necesito más, con el armario empotrado me basta —comentó.

Vio que ella miraba y por un momento temió que lo abriera para descubrir el desorden, pero afortunadamente no lo hizo.

—Deberías comprar una mesilla, las hay muy baratas de esas tipo kit que se montan, también un perchero, cortinas, una alfombra... y puede que algún cuadrito para que no quede tan soso —dijo recorriendo la vista por las paredes vacías—. Miraré por casa a ver si tengo algo que te sirva.

—No te molestes.

—No es molestia.

Él no replicó. Pasaron de largo ante el baño y la cocina, y entraron en el salón.

El mobiliario lo componían la mesa con el ordenador, una silla y la televisión de quince pulgadas que Gloria le dio, apoyada sobre un taburete frente al sofá que había comprado hacía unos días, un modelo sencillo de tres plazas de color azul. Lo justo para tumbarse a ver la tele, leer u oír música.

—A mamá le gustaba otro más grande, pero a mí me vale este.

—Si al final decides volver es mejor no gastar mucho dinero. —Y lo miró fijamente— ¿Te irás al año que viene?

—Si no solicito la renovación así será.

—Ojalá cambies de opinión y te quedes.

Iban a salir del salón cuando Andrés la retuvo un momento.

—Quiero preguntarte algo...

Su tono de voz se tornó indeciso, y Gloria esperó a que la formulase.

—¿Va Lidia?

—Sí, hace media hora me llamó Pili, estaban a punto de salir y con ellos iba su hermana —respondió un tanto confusa— ¿Por qué me preguntas por ella?

Él tardó unos segundos en contestar.

—No quería decírtelo... —empezó, notando cómo se sofocaba, y ella lo comprendió al instante.

—¿Te gusta Lidia?

Era una cuestión que se respondió sola al ver la expresión de su cara.

—Pero... ¿te gusta físicamente? —inquirió—. Quiero decir, que si te la encontraste cuando estuviste en casa de Bego y...

—No la he visto desde hace dos años, en la boda de Begoña —se apresuró en decir.

—Pero viniste para unos días y que yo recuerde casi todo el tiempo lo pasaste con nosotros, así que como no fuese el mismo día de la ceremonia... y ella estuvo con su novio, en ningún momento te vi...

—Así es.

—Pues no lo entiendo, Andy.

Desde que se fue a estudiar a Estados Unidos, sus hermanas habían adquirido la costumbre de llamarle de aquella forma.

—Me gusta de antes, de cuando éramos vecinos.

Gloria lo miró como si de pronto no supiese nada de su hermano pequeño. No solo se había marchado al extranjero, a miles de kilómetros y recién cumplidos los veintiún años, sino el disgusto que eso le había producido porque para ella fue «su niño» hasta que tuvo a sus propios hijos.

—¿Quieres decirme que desde entonces...?

No terminó la frase pues él afirmó con la cabeza.

—¿Incluso cuando te fuiste?

—Solicité la beca precisamente por eso, porque ella tenía novio.

Gloria se sentó en el sofá nuevo y desde ahí se fijó en su pelo, del mismo tono castaño que el suyo, tal vez un poco más largo de lo que en él era habitual, por eso estuvo a punto de preguntarle si pensaba cortárselo. Pero no podía hablar de ello en ese momento, seguía estupefacta por su confesión, mirando su rostro atractivo y serio, y especialmente a sus ojos que no se acostumbraba a ver sin las gafas.

—Ahora sé que no está con él, me lo dijo Begoña.

—Entonces lo sabe Bego...

—No, tú eres la única a quien se lo he dicho.

Gloria se sintió alagada.

—Y deduzco que, si te fuiste por ella, también volviste por ella.

—Fue una mezcla de cosas. Por ser de aquí preferían que viniese yo los primeros meses, y cuando me enteré de que ella había roto con su novio pedí la prórroga, pero si no... —Parecía que no le salían las palabras.

—Si no te corresponde volverás a irte —completó Gloria.

Andrés afirmó con un movimiento de cabeza.

Gloria se recostó en el sofá y pasó la mano por la tapicería, que tenía el tacto suave de los tejidos nuevos, antes de volver a mirar a su hermano. Y ya no era un niño, sino un hombre de veintisiete años, así que debía saber lo que quería por extraño que a ella le pareciese.

—¿Se lo piensas decir en estos días? —le preguntó.

—Quiero hacerlo —habló con decisión, aunque seguía notando el desconcierto de su hermana—. Quizá estás pensando si no me habré vuelto loco.

—No, Andy, solo me preguntaba una cosa, y es si cuando la veas después de tanto tiempo... quiero decir, que puede que no te guste como tú creías.

—Estoy enamorado de ella.

A Gloria le sorprendieron aquellas palabras dichas con tanta seguridad, se

levantó acercándose a él, y le colocó un mechón de pelo que le caía sobre la frente hacia atrás.

—No sabía que fueses un romántico, siempre con tus libros, tan serio y responsable... ¿Y esa chica con la que estabas, la que nos presentaste cuando fuimos a verte?

—Carol —dijo él y añadió—: No pude seguir con ella.

—Por supuesto.

Anduvieron hacia la puerta y Andrés se detuvo antes de salir.

—No se lo digas a nadie, ni siquiera a tu marido.

—No te preocupes, ya verás cómo Lidia se enamora perdidamente de ti. Eres un chico guapo y listo, no sé dónde iba a encontrar a alguien mejor que tú.

Andrés se rio con ganas.

—Tu opinión no vale, es cariño de hermana.

De pronto sonó el telefonillo, un sonido estridente que pareció retumbar en aquel piso medio vacío.

—Será Quique, seguro que está impaciente porque tardamos.

Recibió a su cuñado con un «ya era hora» y el entrecejo fruncido que delataba su enfado. Un gesto que solía amedrentar a sus hijos y a sus subordinados en la oficina, pero que a su mujer le hacía reír. Y Gloria le miró sonriendo, viendo cómo se le marcaba el ceño al ofrecer a su hermano el asiento delantero. Pero Andrés lo rechazó sentándose detrás y Quique volvió la vista al volante.

—Seguro que somos los últimos en llegar —masculló, y para sí, mientras maniobraba y veía a su cuñado por el espejo retrovisor, pensaba que «el hermanito de las narices» solo iba para fastidiarle.

Ya en marcha, Andrés se recostó en el asiento y cerró por un momento los ojos. Se sentía aliviado, como si se hubiese quitado un gran peso de encima al contarle su secreto a su hermana. Y ahora iba a verla de nuevo, después de tanto tiempo...

LEONOR - RICARDO

Ricardo había programado el navegador y aun así estuvo la noche anterior estudiando la ruta por internet. Tenía que seguir por la autovía hasta el kilómetro ciento cuarenta y ocho, luego coger el desvío que aparecería a la derecha, de ahí unos veinticinco kilómetros por la nacional hasta otro desvío, otros siete de carretera comarcal, después la bifurcación donde se encontraba la finca y la casa rural El Mirador de la Sierra. Y del hotel leyó buenos comentarios, salvo dos quejas sobre que no disponía de conexión Wi-Fi y que la piscina era demasiado pequeña.

—Vaya nombrecito. A lo mejor ni hay mirador ni sierra —comentó Leonor echándose hacia atrás.

Acto seguido tiró de la palanca para que el asiento se deslizara aún más y así poder estirar las piernas. Le molestaba la cintura del pantalón que empezaba a quedarle estrecho, y pensó que debía comprar ropa premamá, pues la que tenía de cuando estuvo embarazada de Estrella era anticuada y fea. Como el peto vaquero, que además de horroroso le hacía parecer un tonel. Ahora, sin embargo, lo tenía más claro; lo ideal serían unos blusones y algún vestido de colores poco llamativos, porque intuía que iba a engordar más que en el anterior embarazo. Solo estaba de cuatro meses y ya sobrepasaba dos kilos en las malditas tablas de porcentajes que le mostró la enfermera en la última revisión.

—Estrellita se ha quedado contenta —oyó decir a su marido.

Ella se contuvo para no corregirle; odiaba que llamase a la niña con diminutivos, y tan solo se encogió de hombros. Habían dejado a su hija con los padres de Ricardo, aunque a ella no le hacía mucha gracia. No soportaba a su suegra, su sonrisa hipócrita cuando la vio y saltó con que estaba «muy gordita», para luego abrazar a la nieta llamándole otra vez Estrellita. Después la miró y le dijo con un sutil tono de reproche que la niña estaba flaca, como si fuera ella la que se comía todo lo que había en casa. ¿Y su Ricardito? ¿No se daba cuenta de que estaba echando una buena tripa?

—El navegador es un invento formidable —habló Ricardo mientras giraba en la rotonda—. Quique no lo quiere, y no sé cómo se las arregla, siempre acierta; eso sí, elige los peores caminos porque se conforma con echar un simple vistazo a un mapa que debe tener montones de años porque se cae a pedazos. Se lo he dicho, y el muy cabezón está tan seguro de sí mismo que se queda con tres datos y ¡hala! ya llegaremos tarde o temprano.

—Podíamos haber ido en dos coches —opinó Leonor.

Ricardo no dijo nada; se lo había planteado el propio Quique, y él prefería ir a su aire. Con su amigo sería como estar a sus órdenes, desde que se conocieron en el colegio había sido así, se consideraba el jefe porque era el mayor en edad —se llevaban diez meses—, y también en estatura pues él apenas llegaba al metro setenta y Quique rozaba el uno noventa.

—No me hace gracia dejar a la niña tanto tiempo con tu madre —volvió a decir Leonor—, luego tendré que agradecerérselo hasta el día del juicio final.

—Si te parece la dejamos con la tuya.

Leonor no replicó al respecto, pero continuó hablando.

—Solo espero que el viajecito merezca la pena y no sea un rollo como sospecho. Ese sitio perdido, y que lo haya elegido Quique... Como sea igual que el que nos llevó la noche de Año Nuevo... Acuérdate, nos intoxicamos con las almejas y el champán o lo que fuera ese líquido caliente, sin contar que costó una pasta. Lo dije y lo repito, debimos denunciarles.

Ricardo quería olvidar aquel día con diarrea y vómitos, pero su mujer, que encima no los había sufrido, se empeñaba en recordárselo.

—Este se lo recomendó un compañero del trabajo —comento él—. Estuvo en Semana Santa y le gustó mucho, además tiene buenas críticas en internet.

—¿Y te fías de lo que la gente pone en internet?

—No lo sé, pero según le contaron a Quique es un lugar tranquilo, hay cerca un pueblo muy bonito y se pueden hacer excursiones a caballo, en todo terreno, andando...

—Yo no estoy para dar grandes caminatas, ya sabes que con el embarazo

me canso mucho.

—No creo que las que demos sean para tanto.

—¿Y la comida? —preguntó ella; era un tema que le tenía realmente preocupada, sobre todo en el último mes, pues las náuseas habían cesado y comer se había convertido en una obsesión.

—Dijo que muy bien, y por lo que estuve viendo en internet nadie se quejaba.

Leonor torció el gesto. Seguía sin fiarse y tendría que esperar a comprobarlo por sí misma.

En el semáforo Ricardo se aseguró de que iba bien, que el cartel de señalización coincidía con el del navegador.

—¿Cuánto se tarda? —preguntó su mujer.

—Unas dos horas, siempre que no se complique el tráfico.

Leonor miraba los coches con sus redondos y vivaces ojos azules mientras dibujaba una mueca en la boca pintada de rosa que le daba, junto con su nariz respingona, un cierto aire de estar atenta a todo.

—¿Qué te parece que vengan los hermanos?

—¿Qué hermanos? —preguntó él a su vez.

—Pues el de Gloria, y la hermana de Pilar. A él no le vemos desde la boda de Begoña, y Lidia se ha dejado con el novio después de tanto tiempo, y tiene veintinueve años.

Ricardo acababa de cambiar las gafas por las oscuras pues el sol empezaba a molestarle. Desde que había cruzado la barrera de los cuarenta estaba más gordo, sin motivo pensaba él, porque cada vez comía menos, y el pelo rizado tan abundante le empezaba a escasear en las sienes. Pero seguía teniendo las manos y los dedos finos y ágiles, y su mujer observó sus movimientos precisos para ajustar una emisora en la radio al tiempo que preguntaba:

—¿El novio era fotógrafo?

—Sí, y de los buenos —contestó ella—. Pilar me dijo que le llamaban para las mejores revistas de moda, desfiles y cosas así.

Ricardo sonrió.

—Así que hace fotos a las modelos...

Leonor adivinó sus pensamientos y él se apresuró a comentar:

—El viaje le servirá de distracción.

—¡Menuda distracción! Una casa rural en medio del campo, con parejas y nada menos que cuatro días... Muy desesperada tendrá que estar para ocurrírsele venir.

—Eres una exagerada.

Ella se alzó de hombros.

—¿Por qué va a cambiar la alineación si el otro día le fue bien?

Ricardo se había puesto a increpar a la radio y Leonor supo que ya no le iba a hacer ningún caso. Exhaló un suspiro de resignación y enlazó las manos sobre el vientre.

PILAR - FERMÍN - LIDIA

Hacía poco que habían salido de la ciudad y Lidia miraba por la ventanilla, recostada hacia un lado con la cabeza tocando el cristal. Ante sus ojos se sucedían edificios, polígonos industriales y comerciales con sus grandes letreros, las carreteras laterales, los anuncios de desvíos, cambios de sentido, salidas... Su hermana y su cuñado hablaban entre ellos de su hija Adela que se había quedado con los abuelos, encantada porque la llevarían al cine, al zoo, y le comprarían el último vestido de fiesta para su Barbie... Y sonrió pensando en su sobrina, aunque enseguida volvió a sí misma, a preguntarse por qué estaba en aquel coche ese puente de mayo. Pero las opciones eran quedarse con sus padres y Adela, ir a ver a su amiga Begoña con su marido y su bebé de cinco meses, o ese viaje con los tres matrimonios. Y ninguno de aquellos planes le apetecía, hasta que su hermana le comentó que donde iban podían hacer excursiones a caballo, y siempre había deseado montar a

caballo.

Pilar se volvió; las gafas de sol subidas como una diadema le sujetaban el pelo teñido en tonos caoba.

—¿Qué tal? —preguntó, y su voz tenía un timbre alegre, casi musical.

Lidia dejó un momento de mirar al exterior.

—Bien —respondió con una sonrisa de forzado compromiso.

Pilar no le preguntó más y volvió a su posición. Seguía preocupada por ella, en cómo llevaría esa nueva ruptura que esperaba fuese definitiva; Guillermo era un mentiroso, la engañaba y no sabía lo que quería, así que su hermana había hecho bien en dejarle por fin. De igual forma se alegraba de haberla convencido para irse con ellos, así se olvidaría de todo ese asunto. O al menos era lo que deseaba.

—Me dijo Quique que viene su cuñado —comentó Fermín.

—Sí, ya lo sé.

—Yo creía que estaba en Estados Unidos.

—Volvió hace unas semanas.

—¿Era físico o químico?

—Químico. Me contó Gloria que trabaja en una universidad americana que está haciendo un proyecto con otra de aquí.

Fermín cambió de marcha para adelantar a un camión, y Lidia miró como sobrepasaban a un tráiler con grandes letras en color naranja que no se molestó en leer.

—¿Te acuerdas de Andrés, el hermano de Begoña? —preguntó Pilar, girándose de nuevo hacia ella.

Lidia no contestó porque no había prestado atención a la conversación, y Pilar tuvo que repetirle la pregunta.

—Claro que me acuerdo —repuso sin especial interés.

Su amiga Begoña se lo había mencionado y estaba entusiasmada con su vuelta. También supo que había estado unos días en su casa hasta que alquiló un piso, y que un día que fue a verla acababa de irse, por eso no llegaron a

coincidir. Recordaba también que le dijo que estaba muy cambiado y que no le iba a reconocer, pero no hablaron más de él pues ambas empezaron a hacerle carantoñas al bebé que no paraba de sonreír.

Ahora en el coche, y sin nada mejor en lo que pensar, se acordó de él, de cuando fueron vecinos durante tantos años. Y sonrió para sí porque lo primero que le vino a la cabeza fueron los moteos que le ponía Begoña: Andresito, gafitas, granos, enano, empollón... y esos eran los menos ofensivos, porque en verdad era un chico bastante peculiar, apenas salía y siempre estaba metido en su habitación estudiando. Su hermana le abría la puerta y le tiraba un calcetín enrollado o una bola de papel, cualquier cosa con tal de molestarlo, y él se volvía, pero no decía nada. A ella le daba pena, sin embargo, acababa riéndose con las ocurrencias de Begoña. También se acordaba de cuando se encontraban en la escalera; si iba sola le saludaba con amabilidad y él apenas levantaba la voz para responder mirándola con aquellos ojos fijos a través de las gafas, unas no muy favorecedoras, por cierto. Y parecía tan tímido... No, realmente no era lo que más le apetecía, encontrarse con Andresito que se acordaría de cómo se reía con las bromas de su hermana; sería ciertamente violento.

Pero ya era tarde, estaba en el coche e iba a pasar esos cuatro días con personas que conocía, aunque en el fondo sentía como extrañas. Menos mal que su hermana Pilar y su cuñado estaban allí. Y sobre todo quería pensar en los caballos. Esos preciosos animales y aprender a montar era lo que más ilusión le hacía, junto a la oportunidad de hacer fotos. Siempre había temas para fotografiar en la naturaleza, y miró la cámara que tenía en el asiento de al lado, una Réflex Digital en su funda negra que le hizo pensar en Guillermo porque se la había regalado y le enseñó a usarla. «El gran fotógrafo y la aficionada», pensó en ese instante como lo único positivo que le quedaba de su relación. Era la primera vez que hacía algo sin él después de haber abandonado el piso que compartieron; una tercera vez era suficiente, no podía aguantar más. Y tampoco quería recordar más a su exnovio. Debía olvidarlo de una vez por todas y concentrarse en ese viaje, donde estaría rodeada de

personas a las que conocería mejor y dejarse llevar. Sería interesante el cambio, incluso volver a encontrarse con Andrés.

EL MIRADOR DE LA SIERRA

Ricardo se sentía satisfecho de sí mismo. Gracias a su flamante navegador había llegado derecho a su destino. Leyó el cartel de Casa Rural El Mirador de la Sierra y se lo dijo orgulloso a su mujer que se encogió de hombros, pensando si su marido creía haber realizado un prodigio. Aunque se alegró de llegar por fin, el viaje había durado media hora más de lo previsto y el último tramo, aquellos siete kilómetros de curvas, le habían revuelto el estómago. Solo quería bajar del coche, cambiarse de ropa y que les pusieran una buena comida. A pesar de todo, el apetito no se le había quitado.

Una arboleda espesa se extendía a lo largo de un camino ascendente franqueado por álamos y la pérgola en forma de arco con buganvillas de color violeta que presidía la entrada, con la vista de la sierra al fondo y su cumbre nevada.

—Es Gredos —informó él.

El camino seguía entre setos bien recortados y flores de color blanco y amarillo, hasta la casa rural que en realidad se trataba de dos edificios, uno mucho más grande que el otro, con las fachadas pintada en ocre y los tejados de pizarra.

Unos metros antes de llegar salió a su encuentro un hombre de barba canosa que les hizo señas para que siguieran circulando. Ricardo vio enseguida una zona techada que parecía camuflada entre los árboles. Había tres coches aparcados: uno pequeño de color blanco, un todoterreno en marrón camuflaje, y el de Fermín.

—Ya está aquí este —refunfuñó mientras aparcaba a su lado.

Estaba convencido de que sería el primero, pero como siempre su amigo

se le había adelantado. Y le constaba que no corría, sin embargo, no podía evitarlo, era puntual como un reloj suizo.

El hombre de la barba les ayudó con el equipaje y se presentó. Su nombre era Conrado, y tras él apareció una mujer menuda y risueña, su esposa, que se llamaba Dora; eran los dueños de la casa rural.

Cruzaron el amplio porche sustentado por columnas de granito y techado con vigas de madera, para entrar en lo que sería la recepción, un pasillo ancho con un pequeño mostrador. Allí Conrado tomó sus datos mientras Ricardo hojeaba los folletos turísticos que había sobre una mesa, y cogió uno de cada para echarles un vistazo con más tranquilidad.

—Subiendo por la escalera están las habitaciones —les indicó—. Pueden escoger la que prefieran.

—¿Hay más huéspedes a parte de nosotros? —preguntó Leonor.

—Queda una de las dobles vacía, pero es difícil que se ocupe, la mayoría de nuestros clientes vienen en grupos como ustedes o son familias, dos personas solas es menos habitual.

—Mejor —le susurró Leonor a su marido—, así estaremos más a gusto.

—¡Hola, chicos! —Se oyó la alegre voz de Pilar desde lo alto de la escalera, y que bajó a toda prisa para darles dos besos a cada uno— ¿Os habéis dado cuenta de lo bonito que es este sitio? La casa, la vegetación, el paisaje con la sierra...

—Sí, pero al final el viaje se ha hecho pesado.

—No seas quejica, Leo, verás lo bien que lo pasamos, y el aire libre le va a sentar fenomenal a tu embarazo.

—Seguro... Y, por cierto, a ver cuándo llegan los otros, que estoy hambrienta. ¿Habéis preguntado por la comida? ¿Qué tienen?

—Mujer, solo es la una —repuso Ricardo—, aguanta un poquito.

Leonor no dijo más, cogió el bolso más ligero y subió las escaleras con Pilar. Dentro llevaba un paquete de galletas de chocolate, cuando se instalara en la habitación iba a comerse alguna y entonces a ella tampoco le importaría

esperar.

—Tu mujer está embarazada, pero tú también estás echando barriga.

A Ricardo no le hizo gracia el comentario de Fermín que aguardaba al pie de la escalera. Sin embargo, no podía reprocharle lo mismo, su amigo estaba como una tabla, y eso que comía lo que le daba la gana. Aunque sí podría hacerle alguna crítica al pelo, de un rubio oscuro y tan corto que le espetó:

—Cada vez te pelas más, pareces un nazi de película.

Fermín soltó una carcajada.

—Es por la calva que me está saliendo en la coronilla, así se disimula un poco.

Efectivamente, no se había percatado de que el pelo le empezaba a escasear en esa zona, y eso le hizo sentirse mejor.

—La verdad es que yo también tengo hambre —apuntó Fermín—. Espero que no tarden mucho.

Y se pusieron a hablar de cómo les había ido el viaje, mientras las dos mujeres entraban y salían de todas las habitaciones, haciendo comentarios sobre cada una de ellas. Si la pintada en azul era bonita, la de la colcha en rosas era preciosa, mientras que la de tonos verdes a Leonor no le gustó nada; precisamente la elegida por Pilar. A ella le encantaba, además era la que tenía el balcón más amplio y daba al jardín de la parte de atrás, con vistas a las cumbres nevadas de Gredos.

—Teníamos que haber sorteado las habitaciones —opinó Ricardo.

—A mí me da igual una que otra, si preferís esta... —empezó Fermín.

—¡Nada de eso! —exclamó Pilar, lanzando una mirada recelosa hacia su marido—. Llegamos primero, así que se siente.

Contempló el bello paisaje, aspirando y llenando de aire sus pulmones.

—Sigo pensando que el verde no es un color apropiado para un dormitorio —dijo Leonor y salió al pasillo, yendo a la habitación de tonos rosados.

Entre tanto, Ricardo se había puesto a sopesar los pros y contras, su orientación, dónde debían estar situadas respecto a los lugares comunes del

salón y el comedor, la incidencia de posibles corrientes de aire, si cerraban bien las ventanas... Al final determinó cual era la mejor, y al buscar a su mujer se dio cuenta de que la elegida era en la que llevaba instalada varios minutos, engullendo a escondidas en el baño una parte de sus provisiones.

Lidia había oído el bullicio de voces, pero siguió tumbada en la cama. Acababa de darse una ducha y estaba envuelta en aquel mullido albornoz blanco, pensando qué debía ponerse. Por supuesto no sería el desgastado vaquero que reservaba para cuando fueran a montar a caballo, así que le quedaba el del viaje, otro de color verde oscuro, un vestido sencillo, dos blusas, dos camisetas de manga corta y una larga, aparte de dos jerséis y una chaqueta... Quizá demasiada ropa para tan pocos días, y se decidió por el pantalón verde y una blusa beis; no hacía frío y si lo necesitaba subiría a por la chaqueta.

Pero no se movió, dejó de pensar en la ropa y miró hacia la ventana. La tenía justo sobre su cabeza, en aquel techo abuhardillado de vigas pintadas de blanco, donde veía un trozo de cielo azul resplandeciente que casi deslumbraba. Hasta que cerró los ojos, relajada, concentrándose en los sonidos que le llegaban de lejos, de pájaros piando, de rumor de voces... y de pronto el motor de un coche acercándose, puertas abriéndose y cerrándose, más voces... Entre ellas destacaba la inconfundible y fuerte del cuñado de Begoña; debía pensar en levantarse y vestirse.

Andrés saludó a los amigos de su hermana y Quique le presentó como «el culpable» de que hubieran llegado tan tarde.

—Bueno, el caso es que ya estamos todos —dijo Gloria y miró a su alrededor— ¿Y Lidia?

Él también la buscaba con la mirada, temiendo que su hermana se hubiese equivocado y no estuviera allí.

—En la habitación —contestó Pilar.

—Pues a ver si comemos pronto —saltó Leonor—. Es más de la una y media, ni siquiera sabemos si tienen comida para nosotros.

—No te preocupes —le tranquilizó Gloria—. Nos dijo el dueño cuando reservamos que tienen un menú, solo tenemos que decidir algún plato.

—Cuando dejéis vuestras cosas iremos a decírselo —añadió Pilar.

Conrado les tomó sus datos y les señaló las dos habitaciones que quedaban para elegir. En cuanto a Andrés, iría a la otra individual del último piso.

—Es la primera puerta que encuentres nada más subir la escalera, en la otra está mi hermana —le había indicado Pilar antes de irse con Leonor para hablar con Dora, que era además la cocinera. Les informó sobre lo que tenía para la comida y a ellas les pareció perfecto, más aún, a Leonor se le hacía la boca agua al ver a una chica joven de pelo corto y rizado de no más de veinte años dando los últimos toques para adornar un pudín que cubrió con una tapadera transparente.

—¡Qué buena pinta tiene eso! —susurró al oído de su amiga.

—Araceli, lleva estos platos a la mesa —le pidió Dora a la chica que los cogió y salió abriendo la puerta de vaivén con la cadera—. En media hora pueden pasar al comedor.

Las dos se despidieron, yendo a ver cómo se había instalado Gloria.

Andrés terminó de subir los últimos peldaños. El corazón le latía con fuerza, acelerado como si acabase de ascender corriendo hasta un décimo piso. Pero no era el cansancio sino los nervios, incluso el miedo, algo parecido a lo que experimentó siete años antes, concretamente el 25 de febrero del 2007, cuando quedó con su hermana Begoña en el cine. La película era Diamante de sangre, con Leonardo DiCaprio como protagonista, al que su hermana adoraba y tenía en posters forrando casi por completo una de las paredes de su habitación.

Lidia iba a ir también y por fin se sentía más seguro, no tenía casi acné, era más alto y había cambiado las horribles gafas de pasta por las lentillas que

no podía aguantar mucho tiempo porque le picaban los ojos. Aun así, se las puso y esperó impaciente después de un año sin verla, justo desde que se mudó a otro barrio con su familia. Entonces apareció y no pudo contener su alegría que enseguida se vino abajo al percatarse de que no estaba sola. Un tipo atractivo y con barba de días la llevaba enlazada de la cintura, la besaba, y ella le correspondía abrazándole.

Antes de que le vieran se fue, aunque no pudo evitar volver a mirarla escondido entre la gente que hacía cola para comprar la entrada. Estaba más guapa que nunca, y mientras caminaba hacia el metro sintió lo desgraciado que era por estar enamorado de ella.

Cuando su hermana regresó del cine entró en su habitación como un torbellino, le insultó y después le pidió explicaciones de por qué no se había presentado. Él tardó unos segundos en responder; no sabía bien qué decir hasta que le saltó sin mirarla que se le había olvidado.

Begoña, más furiosa aún, le dio un empujón y dijo que era la última vez que quedaba con él, que le había hecho quedar mal con Lidia y su chico, y acto seguido salió dando un portazo.

Él siguió ante sus libros, mirándolos durante un buen rato. Aún tenía las lentillas y le escocían terriblemente los ojos. Y no era esa la única razón; se le habían humedecido por las ganas que tenía de llorar, aunque no lo hizo. Se las quitó para ajustarse de nuevo sus gafas y abrió el segundo cajón de su mesa para sacar un sobre grande de color sepia. Dentro estaban las hojas de la solicitud de beca para la Trinity University de San Antonio, en Texas. La rellenó y en menos de cuatro meses volaba a Estados Unidos donde acabó la carrera y se quedó a trabajar.

Volvió todos los años, en verano, pero no la vio hasta el día de la boda de Begoña, en la que por supuesto era una de las invitadas. Su melena larga, su vestido color turquesa ajustado al cuerpo... No dejó de mirarla ni un instante, siguiéndola con los ojos o buscándola cuando la perdía de vista. En un momento que se cruzaron la saludó, y ella sonrió sin detenerse, quizá ni se percató de quién era; iba con su novio, el mismo del cine.

Ahora, después de tanto tiempo pensando en ella, estaba sola, tras aquella puerta. Y se quedó observando la hoja de madera unos segundos. Pero antes del encuentro llevaría sus cosas a su habitación, se tranquilizaría y analizaría si era mejor bajar con todos o esperar e intentar hacerse el encontradizo, para lo que debería estar atento cuando oyera abrir su puerta. Y eso pensaba cuando giró el picaporte y empujó con el hombro. Alzó la vista para entrar y se encontró con que ella estaba allí, al otro lado de la cama, a punto de meter el brazo en la manga de una blusa, con el sujetador blanco resaltando sobre su piel.

Se había quedado petrificado y ella, durante un instante, también permaneció inmóvil por la sorpresa, hasta que reaccionó y se ajustó rápido la blusa.

—¿Es que no sabes llamar? —le increpó con la expresión de enfado en el rostro y la voz, en tanto él seguía allí como embobado, agarrado al picaporte.

—¿Quieres irte de una vez? —volvió a decir mientras se cerraba la blusa sin conseguirlo del todo.

—Lo siento... creí que era mi habitación...

No fue capaz de hablar más.

Cerró despacio, ya sin mirar, con la vista en el suelo. Anduvo los pasos que le separaban de la habitación de al lado, entró tirando la bolsa al suelo y se sentó en la cama.

Poco a poco empezó a recobrar la memoria. Acababa de verla, y se creyó suspendido en una nube, aunque no tenía claro lo que había pasado, salvo que ella le echó enfadada por haber traspasado su intimidad.

Entonces sonaron unos golpes en la puerta y se levantó despacio para abrir.

Lidia le miraba y a él le recorrió una sensación de dicha, porque sus bonitos ojos castaños no tenían la expresión de antes, le sonreían al igual que sus labios.

—Siento haber sido tan brusca —le decía con suavidad—, cambié de habitación porque me gustaba que la ventana estuviera a la altura del

cabecero, en esta está abajo.

Dirigió la vista hacia la cama y él se volvió. Efectivamente, la ventana abuhardillada estaba sobre la zona del piecero.

—Para ver las estrellas o el cielo tendrías que... —No continuó, y volvió a fijarse en él—. Tú no tuviste la culpa, debieron decirte que esa era tu habitación, no avisé que había cambiado y no debí ponerme así.

Sonrió y él, que hasta ese momento había estado serio, también lo hizo.

—Quería pedirte un favor —continuó ella—, y es que no se lo digas a los demás. Tampoco es nada grave, pero me gustaría que no lo comentaras.

—No pensaba hacerlo —dijo enseguida.

—Pues gracias. —E iba a irse cuando se volvió—. Vaya, con todo esto ni siquiera te he saludado.

Se aproximó y le besó en cada mejilla. Él no se lo esperaba y apenas le dio tiempo a corresponder.

—Me dijo Begoña que habías vuelto y no para de hablar maravillas de ti.

—Sí, me echó de menos cuando me fui, no tenía con quién meterse.

Sonrió y Lidia comprendió que debía decirle algo al respecto.

—Cuando supe que venías... —empezó un poco azorada— me acordé de cuando fuimos vecinos, eras más pequeño y tu hermana te decía esas cosas, y yo... aunque no las dijera me reía, y supongo que nos odiarías por ello.

Lidia hablaba turbada por el recuerdo mientras él escuchaba atento, como si aún no creyera que estaba allí delante.

—Fuimos malas y crueles contigo —prosiguió—, y lo que ha pasado antes me lo tengo merecido.

—Eso no tiene nada que ver. Además, he hecho las paces con Begoña.

—¿Y a mí? ¿Me perdonas también? —preguntó avergonzada por el pasado.

—No tengo nada que perdonarte —contestó, y ella se sintió algo más aliviada.

—Has cambiado desde entonces, estás más alto y tampoco llevas gafas.

—Me operé la miopía hace un año, fue un alivio después de pasarme toda la vida con ellas.

Lidia sonrió, y Andrés se sentía tan bien que en ese mismo instante le habría dicho lo que sentía por ella. Pero se calmó; aún no era el momento.

—Hasta luego, entonces —se despidió ella, retrocediendo hacia la escalera, y Andrés no entró en el cuarto hasta que no dejó de verla.

Ya solo, recogió la bolsa del suelo y la abrió sobre la cama para sacar sus cosas y dejarlas en el pequeño armario que había junto a la puerta. Estaba feliz, y como un niño lanzó el puño al aire para celebrarlo.

Algunos de aquellos peldaños de madera crujían, pero Lidia no se daba cuenta pues seguía sonriendo para sí al pensar en lo sucedido. Aquel chico la había pillado en sujetador y se había indignado, incluso se puso furiosa, y el pobre no tenía la culpa. Andresito, del que se burlaban años atrás, ya no era el mismo, y aunque se había sentido incómoda le gustó hablar con él sobre lo sucedido. ¡Eran tan tontas Begoña y ella por aquella época! Se alegraba de haberle pedido perdón por ello y saber que no le guardaba rencor.

Al llegar al salón encontró a los amigos hablando con el dueño, que les comentaba que él y su mujer habían comprado y rehabilitado aquella casa después de trabajar durante treinta años en Suiza, en el sector hotelero. Su ilusión era tener algo propio y se sentían orgullosos de haberlo logrado, aunque los años de emigración fueron duros.

—Es un país bonito, pero no llegamos a acostumbrarnos, nuestro hijo sí, al fin y al cabo, se ha criado allí.

Les informó entonces de que ellos vivían en el edificio adyacente, y que si necesitaban algo no tenían más que cruzar y llamar al timbre.

Lidia se acercó al grupo y fue saludándoles uno por uno. Sonreía, y a su hermana le pareció que no lo hacía solo por ser amable. «Mejor así», pensó.

—¿De dónde son las fotografías? —preguntó Ricardo; las había repartidas por todas las paredes de la casa.

—Son paisajes de Suiza, y sobre todo de la sierra de Gredos y del pueblo que hizo un amigo nuestro —contestó Conrado.

A Lidia le llamó la atención una de un cielo en medio de una tormenta.

—Esa está hecha desde la torre de la iglesia, se domina toda la zona y las vistas son espectaculares.

Lidia pensó que le gustaría poder hacer fotos parecidas y le preguntó si sería posible subir a esa torre.

—Sin problema, ya hablaré con el cura para que les deje.

—Vi en uno de los folletos que hay un monasterio al lado de la iglesia, creo que de mediados del siglo dieciséis —comentó Ricardo.

—Son ruinas, pero hay partes como el claustro y unas columnas de la antigua iglesia románica que se conservan bien.

Allí mismo decidieron que en uno de esos días irían a verlo.

Enseguida bajó Andrés, y con el grupo se dirigió al comedor. Su hermana, al verle, se acercó colgándose de su brazo.

—¿Qué tal? ¿Viste a Lidia?

—Sí —contestó sin poder evitar que se le escapara una sonrisa.

—Y tus expectativas...

—Superadas.

Gloria le abrazó con ternura y le susurró al oído:

—¿Quieres sentarte a su lado?

Él la miró un tanto sorprendido porque no había pensado en ello.

—Pero que no se note que...

—Tú déjame a mí.

Quique se volvió entonces hacia ellos.

—¿Qué tramáis vosotros dos?

Gloria se soltó del brazo de su hermano y rodeó el corpachón de su marido.

—Nada, no tramamos nada.

Las paredes del comedor eran de color ocre como la fachada, pero en un tono más claro, y con dos grandes ventanales que miraban al exterior con las cortinas a medio correr para proteger del sol que se filtraba a aquellas horas. La mesa estaba dispuesta para ocho comensales, con un mantel granate, vajilla en beis, y un centro de flores frescas en el medio.

Las mujeres alabaron el buen gusto de la decoración, mientras decidían cómo colocarse. Primero fue Leonor la que opinó que ellas se sentarían juntas porque no quería oír hablar de coches, deportes, política o informática. Entonces Andrés se percató de cómo su hermana sin parecerlo había indicado los asientos y el único que quedaba libre, cuando todos se acomodaron, era al lado de Lidia. En el extremo de la mesa, con Fermín a su derecha en la cabecera y ella a su izquierda, y estaba tan cerca que podía mover el brazo y rozar el suyo. Veía el lunar que tenía en el dorso de la mano apoyada sobre la mesa, lo mismo que su pelo mientras estaba girada hacia su hermana y hablaban; era de un castaño más claro que el suyo y tenía reflejos dorados cuando la luz incidía en ellos. También se fijó sin poder evitarlo en su escote, los dos botones desabrochados dejaban ver algo del encaje de aquel sujetador blanco con el que la había sorprendido... Entonces se volvió de pronto y a él le ardió la cara como si se hubiese puesto colorado, creyendo que podía haber leído sus pensamientos, al igual que los demás. Pero nadie se percató, estaban hablando entre sí, decidiendo qué era mejor, si la trucha rellena con jamón ibérico o el solomillo en salsa de queso.

Les sirvió la comida Araceli. La muchacha se movía con soltura alrededor de la mesa, llevando los platos y recogéndolos, y se fijó enseguida en Andrés; le había parecido guapo y sobre todo joven entre tanto «viejo». Así, cuando pasaba por su lado se rozaba con disimulo y le sonreía de forma especial. Pero ni se dio cuenta, para él solo existía Lidia que en esos momentos estaba atenta a la conversación que sostenían las mujeres.

Leonor acaparaba la atención hablando de su embarazo, diciendo que le habían hecho la amniocentesis y que sabía que sería niño.

—¿Cómo lo vais a llamar? —preguntó alguien.

Ella pareció dar un respingo.

—Mi suegra dice que Zacarías, que es como se llama mi suegro, que a su vez se llama así por su padre. Así que ella, que no quiso poner ese nombre horrible a Ricardo, me dice que lo haga yo con mi hijo. Eso es ser bruja, para que luego diga este que tengo manía a su madre.

Los demás rieron y Ricardo no discrepó porque en eso su mujer tenía razón, y sobre todo le ilusionaba poner a su hijo el mismo nombre que el suyo.

—¿Y cómo está tu madre? —preguntó Gloria.

—¿Mi madre? —Y Leonor mordió un trozo de pan antes de contestar—. Mi madre está como una cabra o, mejor dicho, como un rebaño entero de cabras.

—Su madre enviudó hace cinco años y el año pasado se fue a vivir con un hippie —le susurró Pilar a su hermana.

—La señora a su edad se ha hecho nudista —saltó Ricardo riendo.

—No exactamente —atajó Leonor—. Lo que pasa es que fui a verla y como ahora está en casa del tío ese...

—Tu padrastro —apuntó Ricardo.

—No se han casado, así que el tío ese, como os digo, va y me cuenta que este verano van a una colonia nudista y que si queremos ir con ellos... ¡Lo que me faltaba, ver al viejo ese en bolas!

Su expresión asqueada hizo reír a todos.

—Lo modosa que era mi suegra cuando vivía su marido —comentó Ricardo.

—Oye, ¿y qué le contestaste? —preguntó Pilar.

—¿Qué crees tú? Pues que no, gracias, y luego me largué. Encima mi madre el otro día me saltó con que tenga el niño en casa, que es lo natural y no los hospitales. Vamos, que ahora después de años de adelantos médicos me aconseja que me agarre a un tronco como las indias o lo tenga en el sofá de mi casa... Seguro que esas son ideas de él.

—Supongo que no vas mucho por allí —dijo Gloria.

—Lo imprescindible, además en esa casa no hay quien pare, con el embarazo tengo el olfato muy fino y huele a infusiones o...

—A porro —apuntó su marido—. Y no te extrañe ir un día y encontrarlos en una orgia en medio del salón.

Todos se rieron, incluida Leonor que hizo un comentario aún más jocoso.

—Al menos no hay peligro de que se quede preñada.

Habían llevado el primer plato y fue ella la primera que se puso a comer, mientras Quique y Fermín hablaban de una avería que este último había tenido en el coche. Se trataba de los amortiguadores y tanto Ricardo como Quique dieron encantados su opinión al respecto; cada uno la suya y, por supuesto, ambos creían llevar la razón.

Andrés no prestaba atención ni a unos ni a otros; estaba concentrado en sus propios pensamientos, en especial lo que había hablado con Lidia en su primer encuentro. El pasado había quedado atrás para los dos, eso estaba claro.

—¿Por qué te volviste? —escuchó que le preguntaba Ricardo.

Todos se quedaron mirándole, incluso ella tenía la cara hacia él y parecía esperar la respuesta como los demás. Pero se había quedado cortado, sin saber qué responder.

—Quizá alguna chica... —comentó Leonor, e insistió en preguntar— ¿Tienes novia?

Seguía mudo; Lidia le miraba y sin querer se quedó con los ojos fijos en los suyos.

—La tiene, la conocimos cuando estuvimos allí hace dos veranos —intervino Quique—. Una autentica americana, rubia, alta...

—Ya no estoy con ella —le interrumpió Andrés; no quería hablar de ello, pero tampoco que Lidia pensase que tenía novia.

—Pues es una lástima, no estaba mal y era simpática —miró sonriente a los demás—. Quizá el chico es demasiado exigente.

Su risa se cortó en seco al notar que le daban un puntapié, y no necesitó preguntar quién era cuando vio el gesto serio de su mujer.

Fermín, por su parte, empezó a hacerle otras preguntas que le interesaban más que las posibles novias, como el equipo de baloncesto de la NBA de San Antonio.

—¿Has ido alguna vez a un partido de los Spurs?

—Dos veces, una fue con los Boston Celtic y otra en los Play Off, cuando ganaron el último Campeonato.

—Una pena lo que les pasó el año pasado con Miami —opinó Fermín—, fue una gran final, me gustó mucho su forma de juego, de compartir el balón... y este año se tomarán la revancha, tienen mejor equipo.

—Pues los de Dallas les han salido peleones —continuó Ricardo—, tienen pinta de llegar a un séptimo partido...

—¿No iréis a dar la lata ahora con el baloncesto? —protestó Leonor cortándole.

Eso parecía, y ella misma empezó a bombardear a Andrés con preguntas sobre la ciudad que a él le gustaba y que consideraba su segundo hogar después de llevar viviendo en ella seis años. Aunque al principio estuvo solo y le costó adaptarse al idioma por culpa del acento tejano. Y sobre todo lo que más temía, conocer gente nueva. A pesar de su timidez fue lo más fácil, pues como estudiante encontró personas con sus mismos intereses e hizo amigos, sobre todo Spencer y su ahora mujer, Alyson. Luego Carol, su novia durante dos años y medio. Intentó que su relación funcionara, incluso llegó a creer que se casaría con ella. Pero no pudo, y como en cierta forma la quería tuvo que decírselo, que estaba enamorado de otra. Y lo sorprendente fue que ella misma lo animó para que volviera a España y así despejara sus dudas. Tuvo suerte que saliera el proyecto, sin embargo, no pidió la prórroga hasta que su hermana Begoña le contó que Lidia había roto con su novio.

Quique comía el postre, un pudín de frutas realmente bueno que se le estaba atragantando por momentos. Su cuñado era el centro de todas las conversaciones con sus amigos, y su mujer miraba al «hermanito» con cara

de orgullo. Para él, sin embargo, resultaba tedioso. No le interesaba el baloncesto y había estado una semana en San Antonio, así que conocía El Álamo y había paseado en barca por el río que atraviesa la ciudad y comido en uno de los restaurantes que dan a sus orillas; también sabía que había mucha población hispana, y además hizo mucho calor. Ricardo le preguntó entonces si había estado en algún rodeo, y eso no lo había visto él, aunque le hubiera gustado. Pero ahora pasaba de sus explicaciones.

Cuando acabaron la comida salieron al amplio porche y se sentaron en las butacas de teca para tomarse el café. Araceli se lo sirvió, sin dejar de prodigar su amabilidad hacia Andrés.

—Esa chica parece un poco fresca —dijo Gloria a Leonor al ver cómo se inclinaba exageradamente hacia su hermano.

Las dos estaban en unas tumbonas porque ninguna tomaba café.

—Qué quieres, tu hermano está muy bien, no es extraño que le guste —repuso ella recostándose y cerrando los ojos.

Lidia se fijó en aquella chica delgada de generoso pecho y cómo se insinuaba sin demasiado disimulo, al punto que cuando salió, Quique se dirigió a su cuñado.

—Cuidado con esa, está pidiendo marcha. —Y se rio con estruendo, sobre todo por la cara tan sería que había puesto él—. Aunque, a lo mejor no te importa que...

No terminó la frase ni tampoco dejó de sonreírse, y Andrés dudó si contestarle. No le habían gustado sus palabras, pero al final decidió que lo mejor era no decir nada.

Desde el otro lado Gloria los observó pues no sabía qué estaría diciendo su marido ni de que se reía tanto, y en cuanto a Andrés, no parecía compartir la diversión.

—Podíamos ir a dar una vuelta —propuso Fermín.

—¡Estamos con el café! —saltó su mujer.

—Me refiero a cuando acabemos.

—Se está muy a gusto —dijo Gloria recostada en la tumbona.

—Yo me quedaría aquí toda la tarde —murmuró Leonor, que seguía con los ojos cerrados.

Pero Fermín no estaba dispuesto a rendirse y consiguió movilizarlos después de casi una hora, no sin protestas, en especial por parte de su mujer y Leonor.

Le preguntaron a Conrado por un buen sitio para pasear y él les sugirió la finca de los caballos. No estaba a más de una hora andando por un camino llano sin apenas cuestas, aunque era de arena y podía haber algo de barro.

—Les aconsejo que lleven calzado cómodo.

Leonor seguía protestando; le parecía un paseo demasiado largo y dijo que se quedaba. Pero accedió, sobre todo porque su marido le prometió que irían tranquilos y sin prisas.

—Si te cansas damos media vuelta.

Ella se dejó llevar; conocía lo suficiente a Fermín para saber que no sería la primera vez que decía eso y luego les daba una caminata de aúpa.

El sol calentaba lo suficiente para que la temperatura fuera agradable, y el paseo empezó a ser animado. Pilar estaba contenta de poder «bajar» un poco las calorías de aquella comida contundente, y eso también fue un aliciente para los demás.

Enseguida el grupo se dividió en dos. Andrés estaba con los tres amigos que habían pasado de discutir sobre la política rusa y Ucrania como si viviesen allí, a hablar de un tal Juanma al que Andrés no conocía. Por eso prefirió desentenderse y mirar hacia adelante, donde iban ellas.

Lidia parecía más atenta al paisaje que a la compañía de las tres amigas, y pasado un tiempo se detuvo para hacer unas fotos mientras ellas, enfrascadas en diversas teorías sobre si era o no razonable el miedo a volar, la dejaron atrás.

—¿Qué fotografías? —preguntó Ricardo cuando pasaron a su lado.

Ella indicó el cielo azul limpio de nubes, con la sierra nevada recortada en el fondo y el campo salpicado de amapolas.

—Un bonito paisaje —comentó.

Fermín y Quique habían seguido sin detenerse, en tanto ellos la acompañaban y Ricardo no paraba de hacerle preguntas. Quería saber cosas sobre el funcionamiento de la cámara, cuántos pixeles tenía, qué tipo de *zoom* utilizaba... Pero ella no supo responder del todo, le dijo que incluso había funciones que no conocía, que solo hacía fotos, las descargaba en el ordenador, usaba el Photoshop para retoques, y que pocas veces sacaba copias en papel.

Ricardo le hizo algunas observaciones y ella movió afirmando con la cabeza, escuchando en silencio mientras reanudaban la marcha. Pero cuando volvió a detenerse para fotografiar unas margaritas, Ricardo se excusó para no quedarse y se apresuró en dar alcance a sus amigos.

Andrés, por el contrario, no se movió, aliviado de que se hubiese ido por fin. Entonces vio que ella se ponía en cuclillas, ajustando alguna función y luego disparaba unas tres o cuatro veces.

Cuando se levantó se dio cuenta de que los demás se alejaban.

—Ya los alcanzaremos —dijo él.

Anduvieron un rato sin hablar hasta que Lidia lo hizo.

—¿Tú sabes montar a caballo?

Contestó que sí, y ella siguió mirándole, esperando algo más.

—Aprendí cuando tenía catorce años —empezó a decir—. No se me daba bien el fútbol, sobre todo por culpa de las gafas, mi madre temía que las rompiera y me apuntaron durante un año a un club hípico. Pero estaba lejos de casa y tardaba casi una hora en llegar, así que se cansaron de llevarme... Y lo sentí, los caballos en aquella época me gustaban más que las personas.

No sabía por qué había hecho aquel último comentario, y Lidia le miró preguntándose si los compañeros de colegio también lo habían atormentado

como hacía su hermana.

—En Texas era fácil montar —siguió—, les encantan los caballos y la familia de un amigo mío tiene un rancho. Casi todos los fines de semana nos íbamos allí, no está lejos de San Antonio, a trece millas. —Se dio cuenta de que no le entendía y aclaró—: Unos veintiún kilómetros.

—¿Y llevabas un sombrero de esos vaqueros?

Le miró sonriendo mientras hacía un gesto con la mano sobre la cabeza para simularlo.

—Cuando hace calor y pega el sol, por supuesto.

—Debe ser bonito aquello.

Él asintió; quería reanudar la conversación, aunque no sabía por dónde continuar hasta que ella volvió a preguntarle:

—¿Es difícil aprender a montar?

—¿Nunca lo has hecho?

Ella contestó que no.

—No es tan difícil, los caballos son animales muy inteligentes, así que lo primero que hay que hacer es estar tranquilo porque ellos notan si estas nervioso.

—Yo lo estoy deseando, pero también tengo miedo, no sé si voy a poder conseguirlo.

—¡Claro que podrás! —exclamó él—. Te ayudaré en lo que pueda... si quieres.

Ella no dijo nada, pero le sonrió agradecida.

La finca parecía un lugar perdido en medio del campo, con un cercado del que no se veía su extensión total y al lado unas naves, sin duda los establos, techadas con una uralita ya renegrada por el tiempo. A un lado, en una parcela del terreno, unos cerdos se arremolinaban en torno a unas pilas de piedra, comiendo.

—¡Qué mal huele aquí! —exclamó Leonor tapándose la nariz—. No

pienso acercarme más.

—Ni yo tampoco, con mi alergia a lo mejor me da un ataque de rinitis — repuso Gloria.

Las dos se quedaron sentadas en una valla de piedra, mientras los demás siguieron hasta el primer establo donde un hombre les salió al encuentro. Era muy delgado, de piel morena y tan arrugada que parecía tener ochenta años, y con él iba un perro grande que no paraba de ladrar hasta que lo hizo callar y se presentó: se llamaba Remigio, era el dueño de todo aquello, y estrechó la mano de los hombres.

Anduvo con ellos y les advirtió que tuvieran cuidado dónde ponían el pie. Pilar se fijó entonces en sus altas botas de goma manchadas de barro, y se colgó del brazo de su marido, sin apartar la vista del suelo.

—Debí quedarme con las otras —murmuró esquivando unos excrementos.

Los caballos estaban sueltos, cada uno a su aire en aquel terreno cercado. Andrés contó diez, más dos potros curiosos que se acercaron trotando junto a ellos.

Remigio, con sorprendente agilidad, se subió a la cerca y desde allí silbó fuerte.

Dos de los caballos se aproximaron.

—El tordo es el que tiene más nervio —empezó a explicar—, no porque sea malo, pero le gusta correr. Si alguno de ustedes sabe montar es el mejor. Y esta yegua de aquí es la más mansa, va para vieja —le acariciaba el cuello mientras ella se rascaba con su brazo—. La parda con la mancha blanca en la frente es Luna, la llamamos así porque lo parece... Las dos serían las mejores para los que no saben.

Sin bajarse del cercado, continuó enumerando las características y personalidad de cada caballo. Hasta que uno marrón oscuro y con las crines y la cola negras empezó a galopar por el terreno.

—Le llamamos Capitán, es el padre de los potros y solo se deja montar por mi sobrino, que es el que irá con ustedes mañana.

Pilar acariciaba a uno de los potros, pero el animal se cansó y corrió hacia su madre, al igual que el otro. En cambio, la yegua Luna no se movió, como si esperase algo de aquellos visitantes, y Lidia, al intentar tocarla, se asustó pues hizo un movimiento echando la cabeza hacia atrás.

—No pasa nada —la tranquilizó Andrés, que a su lado le cogía la mano y se la llevaba despacio hacia el animal—. Hazlo así, suave, sobre el cuello, y baja un poco, despacio...

La yegua se había quedado quieta dejando que la tocara y Lidia vio su ojo grande y brillante, la mancha blanca de la frente... y sintió el tacto cálido de su piel. Hasta que resopló de pronto y ella volvió a asustarse, apartando la mano.

—Procura no hacer movimientos bruscos —le advirtió Andrés—, tienes que ganarte su confianza, así todo será más sencillo.

—¿Y cómo sabes que lo has conseguido?

—Lo notas, igual que pasa con las personas, sientes si hay conexión o no. Ahora vuelve a intentarlo poniéndole la mano delante para que la huela.

Ella lo hizo y la yegua pareció olfatearla, luego se movió hacia ella, rozándole la cara.

—¿Ves? Le gustas.

Lidia estaba feliz. Era la primera vez en su vida que tocaba a un caballo y ahora, después del miedo inicial, lo acariciaba con las dos manos sin que Andrés la dirigiera.

—Puedes hablarle y darle palmaditas —le sugirió él.

Con cuidado hizo el gesto, al tiempo que se acercaba más.

—Eres preciosa —murmuró, y sin pensarlo le soltó un beso.

Enseguida se sintió ridícula, en tanto Andrés sonreía; sin duda no imaginaba lo que le gustaba verla así de entusiasmada.

Un poco más alejados, los tres amigos hablaban con Remigio sobre la hora a la que saldrían al día siguiente.

—Mi sobrino Nico irá a buscarlos a la casa cuando esté todo listo.

También les señaló los caballos que estarían a su disposición basándose en la experiencia de cada uno.

—Yo me pido la mansa, esa que va para vieja —dijo Pilar con sorna.

Y se volvió hacia donde estaban sentadas sus amigas, caminando con sumo cuidado por el suelo embarrado, como si lo hiciera por un campo de minas.

—¿Sabéis cómo se llama la yegua que voy a montar? —Y lo soltó con solemnidad—: Furiosa.

Ellas se echaron a reír.

—Pero no os equivoquéis —explicó—, así era de joven, ahora es vieja y mansa.

Se sentó en la valla y miró a Gloria.

—Andrés es muy majo. A mi hermana le daba miedo tocar al caballo y él la ayudó... y, por cierto, hacen buena pareja.

—¿Con el caballo o con él? —preguntó Leonor riendo.

—Con él, bruta —repuso Pilar y se volvió de nuevo hacia Gloria—. Lidia tiene dos años más que tu hermano, pero no se nota.

Ella se sobresaltó con aquellos comentarios, mientras se percataba de que Andrés y Lidia seguían juntos, apartados del resto que hablaban con el dueño de los establos.

—Es verdad que hacen buena pareja —siguió Leonor—. Además, él dijo durante la comida que no tenía novia y Lidia rompió con el novio, ¿no es así, Pili?

—Eso espero —contestó ella.

—¿Es que no lo sabes?

—No es que no lo sepa, sino que no me gusta atosigarla porque me encantaría que la historia con ese gilipollas se hubiese acabado de una vez.

—Pues ahí está Andrés, solterito y bien mono, ¿verdad que no estaría mal?

—Seríamos casi familia —rio Pilar, siguiendo la broma.

Gloria no sabía si le gustaba que se entrometieran en la vida sentimental

de su hermano, y tampoco si con ello le ayudarían a conseguir sus fines.

—¿Los quieres emparejar acaso? —preguntó con aparente indiferencia, aunque estaba inquieta ante la insistencia de sus amigas.

—Ni por asomo me metería en hacer nada semejante, además a mi hermana le vendría bien estar un tiempo sola.

—No mucho, que ya tiene sus añitos —apuntó Leonor.

—Tampoco me gustaría que se fuera con cualquier tío por eso, yo soy de las que preferiría estar sola a mal acompañada —repuso Pilar.

—Pues que se apañen ellos si les parece —concluyó Leonor, que se levantó llevándose las manos a la espalda—. Deberíamos decirles a esos que nos vamos, me duelen los riñones y el olor a establo me está empezando a dar náuseas.

También Pilar y Gloria estuvieron de acuerdo en que era hora de regresar, y empezaron a llamar a voces a los demás.

Cuando divisaron la casa caía la tarde, y un aire suave y fresco bajaba de la sierra envuelta en la bruma.

Habían decidido no cenar mucho, salvo Leonor que necesitaba algo más contundente.

—No me lleno, siempre tengo hambre —decía mientras mojaba un trozo de bizcocho en el café descafeinado con leche, pasando a hablar sobre el embarazo y los extraños efectos sobre ella.

—Yo estaba tan ocupada con el trabajo y la mudanza, porque fue cuando nos cambiamos de piso, que apenas me enteré, salvo las últimas semanas que empezaron a hinchárame los tobillos como botas y además no podía estar más de dos horas sin ir al baño —contó Gloria.

—Pues no sé si os ha pasado a vosotras —habló Pilar bajando la voz— pero en esa época tenía más apetito, y no me refiero a comida, ya me entendéis...

Las amigas se carcajearon ante aquella revelación, que quedó interrumpida

cuando sonó el móvil de Gloria. Ella lo cogió rápidamente pues esperaba aquella llamada de un momento a otro.

Se trataba de los gemelos y Carlos, el más hablador, le decía que habían tenido buen viaje, que pararon una hora en Zaragoza donde comieron y que en cuanto llegaron a Barcelona fueron al Museo Naval, que por eso no pudieron llamar antes, y que cortaba ya, que les estaban esperando para irse a cenar a una pizzería. Pero Quique hizo una seña a su mujer para que le pasara el teléfono, y después de echarles la bronca por haber tardado tanto en llamar, exclamó con su voz fuerte y autoritaria:

—¡Portaos bien, eh!

Salieron al porche, pero enseguida entraron; hacía frío y Gloria, ni con la gruesa chaqueta de lana, entraba en calor, por eso le pidió a Conrado que les encendiera la chimenea.

—Cuando hay nieve en la sierra refresca por las noches —les decía el dueño mientras ella se acercaba al calor del fuego.

—Ya está la friolera —dijo Leonor, que se sentó en el sofá más apartado con Pilar.

Sin embargo, también ellas contemplaban las llamas que envolvían los troncos entre el crepitar de las brasas.

—Es hipnótico —comentaba Pilar sin apartar la vista

Solo la entrada de Dora les sacó de aquella atracción. Debían concretar la comida campera del día siguiente y la cocinera les hizo sugerencias, contándoles lo que solían llevar otros huéspedes que hacían la misma excursión.

Y mientras oía hablar de tortillas, empanadas y bebidas en nevera portátil, Lidia se paseaba recorriendo con la mirada las dos estanterías llenas de libros, no solo de literatura, también cuentos infantiles, tebeos, guías de viajes, lugares del mundo, de arte... una mezcla tan heterogénea que era como si los hubiesen ido recopilando para no dejar huecos vacíos. Cogió uno de fotografías de Nueva York en blanco y negro que hojeó, con preciosas imágenes que iban de principios de siglo al comienzo de la construcción de

los rascacielos. Luego sacó uno bastante manoseado sobre la arquitectura de Gaudí y otro de Suramérica, con fotos a todo color de verdes selvas, pájaros y plantas exóticas... Lo devolvió al estante y continuó mirando hasta que vio un título: El Madrid de los Austrias. Entre sus páginas reconoció aquella calle, donde se encontraba el piso en el que había vivido con Guillermo dos años y casi tres meses, y del que se fue mientras él estaba en París. Era el momento de hacerlo y llamó a su hermana para que la llevase en su coche y le ayudase a cargar la ropa, los libros, las piezas de la vajilla que le compró su madre... en definitiva, todas sus pertenencias. Menos la cámara que pensaba dejar, pero Pilar le convenció para que se la llevara; era suya, aunque hubiera sido un regalo de él. Y antes de irse definitivamente del apartamento, cogió las dos fotografías que tenía sobre un mueble donde estaban juntos, las sacó de los marcos y las rompió en diminutos pedazos. Pilar la miró asombrada mientras lo hacía, sin duda pensando que se había vuelto loca. Y no era así. Lo único que quería era borrar su rastro, que no quedase un solo recuerdo suyo. Aunque sabía lo absurdo que resultaba; Guillermo le había hecho cientos de fotos, sería imposible acabar con todas ellas. Sin embargo, confiaba que al ver aquellas hechas pedazos entendiera lo que significaba: su final. Cuando estuvo de nuevo en la casa de sus padres, tendida en la cama de su antigua habitación, lloró sin parar, prometiéndose a sí misma que esa sería la última vez que lo haría.

Dora había salido del salón con las ideas claras respecto a lo que tenía que hacer y las tres se quedaron charlando sobre la comida, un tema que pareció entusiasmar a Leonor.

Lidia, por su parte, siguió buscando en las estanterías. Quería algo breve para que le diera tiempo a terminarlo en esos días y así llenar los ratos libres sin saber qué hacer. Entonces se fijó en un librito pequeño: Cuento de Navidad de Charles Dickens. No llegaba a las cien páginas y hacía poco había leído Grandes esperanzas y le había gustado mucho, sin embargo, de aquel famoso cuento solo conocía una versión de Disney que vio de pequeña,

y se dispuso a leerlo, sentándose en un rincón apartado.

«Marley estaba muerto; eso para empezar. No cabe la menor duda al respecto.»

Era un buen comienzo, y continuó hasta que al pasar la página percibió la presencia de alguien a su lado y alzó la vista.

—¿Qué lees? —preguntó Andrés.

Ella le mostró la portada.

—Dickens. Me gusta bastante, leí ese cuento y también Oliver Twist, en su original en inglés.

—No imaginaba que siendo de ciencias te interesara la literatura.

—Me interesan más cosas a parte de la ciencia —repuso, y se sintió mal nada más decirlo.

Lidia hizo un amago de sonrisa, y él creyó intuir lo que estaría pensando en ese momento, que era un auténtico engreído diciéndole que había leído a Dickens en su propia lengua y que «le interesaban muchas cosas». ¡Menudo pedante! pensó de sí mismo.

Ella había vuelto a bajar la vista hacia el libro, desentendiéndose de él por completo, y Andrés no se atrevió a interrumpirla más. Y no por no parecer maleducado o pesado, sino por miedo a meter la pata haciéndose el intelectual.

Se alejó de su lado, sin saber dónde ir, porque con los hombres no le apetecía, estaban en el porche acompañando a Quique mientras fumaba, así que de la estantería más cercana sacó un libro al azar. Y fue al sentarse cuando se fijó en el título: La historia del calzado.

No le interesaba lo más mínimo, no obstante, se puso a hojearlo, a leer lo que ponía debajo de cada ilustración, cuando escuchó una música y alzó la vista. Su hermana había descubierto el equipo de música y los discos compactos, y después de revisarlos y comprobar que no había mucho donde elegir, puso uno de bandas sonoras de cine. Entonces la vio encaminarse hacia él balanceándose al ritmo del tema principal de El último mohicano.

—¿Qué haces aquí solo? —le preguntó, sentándose en el brazo del sillón.
Él se encogió de hombros.

—¿Te ocurre algo? —insistió.

—¿Por qué va a ocurrirme algo?

Gloria le cogió un instante el libro de las manos y vio el título.

—Tú dirás, estás leyendo sobre zapatos en lugar de ir a hablar con ella.

Los dos miraron a Lidia, recostada en el sofá, totalmente inmersa en aquella historia de fantasmas navideños.

—Lo hice, pero creo que no quería compañía.

Gloria metió los dedos entre su pelo y volvió a pensar que debía cortárselo antes de que le molestara en los ojos.

—Te diré dónde se lo cortan los chicos —le propuso cuando él dijo que no conocía ningún sitio en su nuevo barrio—. Y ten paciencia, es difícil con nosotros por el medio, además puede que aún esté mal por lo de su ruptura.

Iba a preguntarle que qué quería decir con eso, pero le interrumpió la voz de Pilar que casi a gritos habló desde la puerta.

—¡Esto es un muermo! Ahora mismo nos vamos a tomar algo, acabo de preguntarle a Conrado y me ha dicho que hay un discopub en un pueblo que está a unos quince kilómetros de aquí.

—Yo estoy rendida —protestó Leonor.

Los tres amigos habían entrado y salvo Ricardo, tampoco a ellos les apetecía ir.

—De eso nada, vamos a salir todos —exigió ella.

Sonaba Memorias de África y temía que acabarían por dormirse en medio de aquel ambiente tan relajado.

Después de los ruegos y la promesa de que volverían pronto, en menos de una hora se habían arreglado y entraban en el pueblo siguiendo las indicaciones de Conrado.

Las farolas a lo largo de la calle principal les guiaron hasta una lateral, donde un letrero con algunas de las bombillas fundidas destacaba sobre la puerta del local, al igual que la música excesivamente alta que ya se escuchaba desde fuera. Había bastante gente y un ambiente a media luz, con mesas alrededor de la pista donde bailaban algunos jóvenes.

—Hacía años que no entraba en un sitio así —comentó Gloria.

—Y ya somos mayorcitos para entrar —añadió Quique a gritos y de mala gana, dándose cuenta de que sin duda era el más viejo de la clientela.

—No es cuestión de edad, sino de espíritu —dijo Pilar.

—Pues no tendré un buen espíritu —repuso él.

Acabaron sentándose en unos sillones bajos, y pidieron la consumición. El volumen de la música les obligaba a acercarse más unos a otros o hablar a voces, además Quique, por su altura, no sabía cómo colocar las piernas para no parecer que se comía sus propias rodillas.

—Qué incómodo —protestó también Leonor que tuvo que ser ayudada por su marido para sentarse.

—Mirad quién está ahí —señaló Ricardo.

Al otro extremo de la pista vieron a Araceli colgada del cuello de un chico.

—La niña no pierde el tiempo, como este no le hace caso —dijo Quique, lo suficientemente alto para que Andrés lo oyera y sus amigos se rieran con él.

—¿De qué os reís? —preguntó su mujer.

Él no pensaba repetirlo para no enfadarla y contestó a voces.

—Nada, una tontería.

—Es lo que no me gusta de estos sitios —comentó Leonor—, no se puede hablar y acaba una ronca de alzar la voz.

—Porque no se viene a hablar sino a beber, a mirar, y sobre todo a bailar —dijo Pilar, y acto seguido se puso en pie y empezó a moverse—. Venga, vamos, no seáis sosos. Lidia, y tú, Andrés, que sois los más jóvenes, deberíais tener más marcha.

Pero Andrés sonrió negando; no era aficionado a las discotecas, que recordara solo había ido cuatro o cinco veces en su vida.

En ese momento el ritmo de la música cambió, era una melodía lenta y por lo tanto menos estridente, lo que gustó a Gloria y enseguida fue hacia su marido para que la sacara a bailar. Pero él bebía su cerveza y había encontrado el perfecto equilibrio con la colocación de sus piernas. Por eso puso un gesto de desagrado y ella no le rogó, se dirigió a su hermano y tiró de él.

—Baila conmigo, Andy. —Y se acercó susurrándole al oído—: Cuando venga Quique le pides bailar a Lidia.

No comprendió sus palabras hasta que vio a su cuñado. Cuando su hermana le llevaba a la pista se levantó casi de un brinco, y antes de que hubiese empezado se interpuso en medio soltándole la mano.

Gloria sonrió al ver la cara de su marido, con el ceño fruncido por los celos; iba a bailar, aunque no le apeteciera. Y también lo hicieron Pilar y Fermín, mientras Ricardo bebía cerveza y a su mujer se le empezaban a cerrar los párpados.

Lidia observaba a su hermana abrazada a su marido, siguiendo el compás de la música. En cierta forma la envidiaba, no solo porque la veía feliz en medio de aquel ambiente, con sus amigos y trasnochando como a ella le gustaba, también por su relación. Amaba a su marido y se notaba, mientras que ella sentía que el amor se le había escapado, que no era ni mucho menos lo que imaginó...

—¿Bailas?

Escuchó la propuesta como si viniera de muy lejos, pero el que la formulaba estaba allí delante, tendiéndole la mano, y ella tuvo que alzar bien la vista para mirarle desde aquel asiento bajo. Y no era Guillermo en la fiesta de la revista, durante la celebración del número Cien, cuando le conoció. Era su antiguo vecino que tenía la mano tendida hacia ella y que empezaba a dejar caer como avergonzado.

Andrés se sintió ridículo y miró hacia su asiento vacío, e iba a dar un paso

para sentarse de nuevo cuando ella se levantó de improviso y puso sus manos en sus hombros, moviéndose despacio al ritmo cadencioso de una antigua canción que puede que sonara también en aquel baile de hacía diez años, cuando bailó con ella. Entonces era más bajo mientras que en ese momento su boca estaba a la altura de su frente y podía rozar con sus labios su sien, su pelo... Cerró los ojos y lo olió. No sabía si su recuerdo seguía siendo el mismo, pero sí lo era la sensación, mucho más intensa. Diez años atrás era un adolescente y en ese momento, un hombre que conocía bien sus sentimientos y deseos. Estaba con la mujer que amaba, con las manos en su cintura, temiendo que su anhelo de abrazarla y apretarla más contra su cuerpo delatara la excitación que le resultaba imposible de controlar.

Lidia había perdido la noción del tiempo y del lugar. Se movía como una autómatas mientras que su cabeza no dejaba de pensar en la última bronca con Guillermo, la peor, en cómo había empezado alterada, sacando su genio en tanto él callaba. La conocía de sobra y cuando vio que perdía las fuerzas le dijo con toda calma «que sacaba las cosas de contexto», que «tontear» con aquella modelo, una rubia espectacular a la que había visto meter mano, «no significaba nada». Y volvía con el cuento de que esas mujeres necesitaban que las adulasen, que les dijese constantemente lo hermosas que eran para sacar «su potencial». Y de pronto se había dado cuenta; le daba igual si no se había acostado con ella, eso ya lo había hecho con otras dos que ella supiera. Entonces le dijo que lo suyo había acabado, que no quería volver a saber nada de él y que podía ir tranquilamente a «adular» a la que quisiera. Y con eso no contaba Guillermo. Era orgulloso y la llamó, incluso fue a buscarla a la revista y ella tuvo que esconderse durante horas en la zona de archivos para no verle. Resultó algo cómico, aunque en realidad fuera de lo más patético.

Andrés sintió que se estremecía, como si de pronto tuviera frío. La miró y ella esbozó una mueca de leve sonrisa que le pareció de compromiso.

—¿No quieres seguir bailando?

Y acto seguido su inseguridad le hizo preguntar si no lo hacía bien.

Ella sonrió ampliamente; la expresión de su cara al decir aquello le infundió ternura.

—Bailas muy bien para ser de ciencias.

Pero él tuvo que decirle que tenía la sensación de que estaba incómoda.

—No es culpa tuya, pensaba en otras cosas.

Andrés no supo qué cosas podían rondar su mente, y se sintió defraudado porque le habría gustado que ella percibiera la misma emoción que le embargaba a él.

—Una vez bailaste conmigo —dijo entonces.

Lidia echó la cabeza un poco hacia atrás para mirarle bien, con un gesto de no entender a qué se refería.

—Fue cuando mi hermana cumplió los veinte, tú me sacaste a bailar.

Lo recordó enseguida sin que le diera más detalles, cómo Begoña lo había tramado y ella se había prestado a ello para divertirse a su costa. También se acordó de lo nervioso que estaba cuando le enlazó los brazos al cuello y se pegó a él, que apenas se atrevía a tocarla mientras ella intercambiaba miradas cómplices con su amiga. Y Begoña no paraba de hacerle señas para que se arrimara más, riéndose de la cara que ponía su hermano, su expresión tímida y de vergüenza, como si estuviera a punto de «mearse en los pantalones» como dijo luego entre sonoras carcajadas.

Lidia se sintió mal de repente; lo había olvidado y al volver a su memoria se daba cuenta de lo cruel de aquella broma, la peor de todas porque ella participó más activamente que su hermana.

—Lo siento —le dijo tan arrepentida como abochornada.

No se atrevía a mirarle siquiera, mientras se preguntaba por qué seguía bailando con ella. Araceli pasó a su lado en ese momento y para Lidia hubiese sido un justo castigo dejarla allí plantada e irse con aquella chica.

Pero Andrés la miraba. Ella se había quedado seria y él se sintió mal por haberle recordado aquello, un pasado que no existía porque ya no era ese

adolescente. Que lo único que tenía en común con ese pasado era seguir queriendo a la mujer que bailaba entre sus brazos.

—Debiste odiarme, y tampoco me parecería mal que lo hicieras ahora —dijo casi en un susurro.

—No te he odiado nunca —repuso él, y le hubiera gustado añadir: «todo lo contrario».

Ella le miró entonces como si le viese por primera vez. No entendía cómo podía estar sin novia, era guapo y encantador, y en ese momento sería impensable hacerle la broma, más bien se sentía halagada de que hubiese querido bailar con ella.

No hablaron más, se movían al compás de aquella música algo anticuada y Andrés se atrevió a arrimarse un poco más. Ella no se dio cuenta, aunque le pareció sentir que su boca le rozaba el pelo.

La música lenta se transformó de repente en el ritmo frenético que hizo salir a los jóvenes a la pista, y ellos se separaron inmediatamente para volver a su sitio esquivando a los que se movían a su son.

—¿Vienes a bailar? —le invitó Araceli, que sin dejar de contornearse le cortaba el paso.

Él negó con la cabeza, pero la chica insistió cogiéndole del brazo.

—Anda, vente y deja a esos carcas.

—Estoy con mi novia —se excusó.

Araceli le miró con total desconfianza.

—No es tu novia, si no ¿por qué estáis en habitaciones separadas?

Él no contestó; sabía que no le creía y aunque no fuera verdad no tenía ganas de darle explicaciones, así que se alejó sin más.

Volvió con el grupo de amigos que formaban un corrillo con Leonor a un lado, completamente dormida en medio de aquel bullicio.

—¿Nos vamos ya? —sugirió Ricardo; no podía disimular su cara de aburrimiento.

—Todavía es muy pronto —protestó Pilar.

—Mañana vamos a lo de los caballos —dijo Quique—. Creo que ya hemos cumplido, y si nos quedamos media hora más me va a estallar la cabeza.

Fermín también apoyó a su amigo

—Menudos vejestorios estáis hechos —gruño ella.

Se quedaron el tiempo justo para acabar la consumición, despertaron a Leonor y, según apuntó Ricardo, faltaban doce minutos para que dieran las dos cuando entraban por la puerta del hotel.

Cada pareja tiró para su habitación, mientras ellos subían juntos las escaleras hasta el rellano donde se quedaron frente a frente.

—Ha estado bien salir, bailar... —dijo Lidia un poco cohibida porque él miraba sus ojos y ella solo deseaba que ese baile le hubiese hecho olvidar el anterior.

Andrés también dijo que lo había pasado bien, y pensaba en darle un beso en la mejilla como muestra de amistad y despedida de buenas noches, cuando ella se adelantó y se lo dio.

—Buenas noches —murmuró.

Antes de que le diera tiempo a responder, había abierto y desapareció tras la puerta.

Él entró en su habitación y se tumbó en la cama. Miró hacia la ventana, y se acordó de lo que Lidia le había dicho; para ver mejor tenía que dar la vuelta. Así lo hizo, puso la almohada en la parte de abajo y estuvo contemplando el cielo oscuro y el brillo de las estrellas hasta que empezó a adormilarse. Se levantó para desvestirse, y cuando se acostó de nuevo pensó en ella. Esta vez no como un sueño inalcanzable, sino uno cada vez más cercano.

DIA 2

LA EXCURSIÓN

Del comedor le llegaba el ruido de cubiertos y vajilla, y vio a Dora colocando las cosas del desayuno.

—Buenos días —le saludó Fermín—. Supongo que soy el primero.

—No, el chico está ahí fuera.

Por la ventana distinguió a Andrés que paseaba por el jardín y salió a su encuentro.

—Eres madrugador.

Él se giró.

—¡Ah, hola! Sí, tengo esa costumbre, pero como ayer nos acostamos tarde...

—Y por Pili nos habríamos quedado más. A mí me gusta levantarme pronto y a ella le ocurre lo contrario, a veces es difícil ponernos de acuerdo —sonrió y miró hacia el cielo—. Hace un tiempo estupendo para la excursión.

Eran algo más de las nueve y corría una brisa fresca que movía las hojas de los árboles, sin embargo, se intuía que pronto se detendría y subirían las temperaturas. De eso estuvieron hablando mientras caminaban por los senderos de la zona ajardinada detrás de la casa, donde había una pérgola en la que se enredaban los tallos y hojas de una parra con los racimos incipientes. Borearon la piscina tapada con una lona y Fermín le contó que solo había montado a caballo tres veces.

—Sin contar que de pequeño pasaba las vacaciones de verano en el pueblo de mis abuelos y allí monté en burro. Era un bicho de lo más testarudo,

cuando no quería andar no andaba, hicieras lo que hicieras para obligarle. Y esa es mi experiencia, al fin y al cabo, un burro también es un equino — acabó diciendo entre risas.

—Yo creo que cuenta —le confirmó Andrés sonriendo—, y puede que sea más difícil.

Habían dado la vuelta a la casa y en la entrada, en una de las butacas del porche, encontraron a Ricardo hojeando un periódico con las gafas oscuras porque le daba el sol de pleno.

—¿No te lo dije? Dallas ganó y habrá un séptimo partido —dijo Ricardo en cuanto se acercaron.

Por un momento los tres divagaron sobre aquello, aunque no dudaban en que San Antonio pasaría de ronda sin problema. Y cuando los amigos empezaron a comentar otra de las noticias referentes al mundial de fútbol que se iba a celebrar en Brasil, Andrés aprovechó para subir un momento a la habitación.

Al salir se topó con Araceli que llevaba los útiles de limpieza en un carrito.

—¿Puedo arreglar ya la habitación? —le preguntó.

Contestó que sí, y la chica le rozó al pasar, lo que le hizo detenerse.

—Si quieres, no tienes más que hacerme una seña y me paso esta noche.

—Te he dicho que...

—Ya sé, que la princesa es tu novia, pero ¿lo sabe ella? —Y empujó el carrito hacia dentro sin dejar de reír.

Fermín y Ricardo seguían en el porche, sentados en las butacas, y Andrés se quedó recostado contra el quicio de la puerta.

—Si no me tomo un café nada más levantarme no soy persona —decía Ricardo a su amigo—. Luego en la consulta otro con leche, un bollo o galletas y algo de fruta.

—Yo desayuno fuerte porque no vuelvo a casa hasta las seis —comentó

Fermín a su vez—. Los fines de semana me voy a correr y cuando vuelvo me comería una fabada si me la pusieran delante.

—¡Qué bestia eres, tío!

Lidia apareció por detrás y Andrés se hizo a un lado para dejarla pasar pues, tras darles los buenos días, quería preguntar si su hermana se había levantado.

—Ya la conoces —contestó Fermín—, anoche no quería acostarse y ahora habrá que ir a llamarla.

Ella se ofreció a hacerlo y Andrés se volvió para mirarla. Vestía vaqueros y una camiseta blanca de manga larga con un jersey gris anudado a la cintura. El pelo lo llevaba peinado hacia atrás y recogido en una coleta.

—Tu cuñada es muy guapa —oyó decir a Ricardo—, seguro que se echa otro novio enseguida.

—Si no ha quedado harta, el tipo con el que estaba era un imbécil.

—Me gustaría presentársela a mi primo, es traumatólogo y se ha separado. Es un tío estupendo, aparte de que está forrado porque además de la consulta en el hospital también tiene otra en una clínica privada.

—¿Ahora vamos a meternos a casamenteros? —repuso Fermín soltando una carcajada.

— No es eso, pero puede que le interesase.

—Yo hice algo parecido el otro día que vino un compañero de trabajo a casa. Estaba ella y en cuanto se fue me pidió su teléfono, y menos mal que se lo pregunté primero porque le sentó fatal, no sé si porque no le gustó o porque aún piensa en el otro.

—A saber....

Los dos volvieron a reírse y Andrés, que había oído toda la conversación, estuvo a punto de decirles que la dejaran en paz, que era mayorcita para saber con quién debía salir. Aunque lo que realmente le ofendía era que hablaran de ella como posible ligue de sus amigos y parientes, y sobre todo lo último que había dicho Fermín, que podía seguir pensando en «el otro».

Lidia había cumplido. Llamó a su hermana y salió de la habitación cuando la vio entrar, aunque medio dormida y arrastrando los pies, en el baño.

Gloria y Leonor ya estaban en el comedor, y esta última picoteaba en un bol con pasas.

—Me muero de hambre —le decía a su amiga con la boca llena.

Pero hasta que no bajaran todos no empezarán, por lo que Lidia se dirigió al porche, donde encontró a Andrés en el mismo sitio de antes.

—¿Dormiste bien? —le preguntó él.

—Muy bien, gracias. —Y añadió—: Se veían las estrellas por la ventana y me quedé dormida mirándolas.

—Yo también. Me tumbé un momento para verlas y casi me paso la noche entera durmiendo en la parte de abajo —repuso encantado con la coincidencia.

—Tenemos las mejores habitaciones, aunque sean más pequeñas.

—Son las que ocupan los hijos de las parejas que vienen.

—En ese caso es como si tú y yo fuéramos los niños.

Ambos se sonrieron.

—Chicos, ¿pasamos ya? —oyeron la llamada impaciente de Leonor.

La mesa estaba dispuesta igual, salvo que ahora tenían en el centro jarras con café, leche y zumo de naranja, con dos fuentes de fruta variada. Luego, en otra apartada, tenían colocado un bufet completo para su autoservicio al que Leonor casi se abalanzó; no sabía qué escoger pues le apetecía todo y llenó su plato con una mezcla de fiambre, bizcocho casero y pan con mantequilla y mermelada.

—Tú sabes montar bien, ¿verdad?

Andrés dejó un momento de comer; no entendía por qué su cuñado se lo preguntaba, pues sabía de sobra que así era.

—Tendrás que estar conmigo pendiente de estos —acabó diciéndole antes de que respondiera.

—Yo también sé —apuntó Fermín—. Pilar y yo estuvimos un fin de

semana en un sitio de la sierra de Guadarrama y nos apuntamos para hacer una ruta a caballo por el valle del Lozoya.

Quique hizo oídos sordos.

—En realidad, la que no lo ha hecho nunca es mi hermana —dijo Pilar.

—¿No? —Leonor la miró con los ojos muy abiertos— ¿Y te vas a atrever?

Lidia sonrió un poco cortada al contestar:

—Alguna vez tiene que ser la primera.

—Pues ten cuidado, a ver si te vas a caer y tenemos un disgusto — comentó mientras untaba otro trozo de pan con mantequilla.

—¡Qué agorera, Leo! —exclamó Pilar—. No sé por qué se va a caer, yo he montado dos veces y no me caí, además son caballos muy mansos, están acostumbrados a gente que no tiene ni idea.

Gloria, desde el otro lado de la mesa, se dirigió a Lidia:

—Tú no te preocupes, mi hermano te ayudará si lo necesitas.

—Yo también puedo ayudarla —dijo Quique mirando a su mujer, algo ofendido de que no lo tuviese en cuenta.

—Que hayas montado unas cuantas veces no te hace ser un experto —le repuso ella en un tono sosegado que le dejó sin opción a réplica.

Sin embargo, le fastidió, sobre todo que ella le considerase menos que su cuñado, el eterno «niño de la casa». Le conocía desde que tenía unos diez años y siempre le consideró un crio raro, incluso le cayó antipático, y no solo por la predilección de su mujer por su hermano, también porque era demasiado serio para su edad y era un raro porque apenas salía de su habitación. Desconfiaba de los buenos y modositos tanto como de los que no probaban el alcohol o los que no toleraban a los fumadores. Y ahora no le caía mejor, salvo que su larga estancia en el extranjero le había hecho creer que se quedaría allí. «¿Por qué lo dejaría con la americana?» se preguntó. Y, sobre todo, si era tan listo como decía Gloria, no entendía por qué había vuelto.

—¡Quique! —Gloria le dio con el codo—. Estás en babia, es la tercera vez

que te llamo.

—¿Qué quieres?

—Que le dejes a mi hermano tu sudadera verde, él no trajo nada grueso, por si más tarde refresca.

Quique lanzó una mirada despectiva a su cuñado que hablaba en ese momento con Fermín.

«Que se aguante si pasa frío» pensó para sí, pero solo se arrimó al oído de su mujer para soltarle con cierto retintín:

—Todo lo que necesite el nene.

—¡No seas niño tú! —le replicó ella.

Terminaron de desayunar, pero los tres amigos permanecieron un rato más sentados a la mesa. También Lidia y Andrés se habían detenido junto a la puerta y hablaban, cuando entró Araceli a recoger y no paró de lanzar miradas hacia el joven.

—A esa chica le gusta tu cuñado —le susurró Fermín a Quique que se alzó de hombros con gesto de indiferencia.

—Pues no está mal, sería tonto si no aprovechara la oportunidad —comentó Ricardo divertido.

—Seguro que no, a mí me parece que... —empezó a decir Fermín, pero no continuó al fijarse en que Araceli se acercaba a la pareja con la excusa de que pasaba por allí para salir del comedor.

—¿Te ha gustado el desayuno? —le preguntó con voz melosa.

—Sí, ha estado bien —contestó él.

—El bizcocho lo hice yo.

Andrés sonrió discretamente y por cortesía, y cuando ella salió los amigos, que habían visto la escena, se echaron a reír.

—Esa no para, está coladita por ti —dijo Ricardo en tono de guasa.

—Aprovecha la ocasión, la niña está bien dotada —se carcajeó Quique, y más viendo la cara de incomodidad que se le había puesto a su cuñado, pero

Andrés no lo pensó y se aproximó a la mesa.

—Me gustaría que no volviéseris a hacer ningún comentario sobre mí y esa chica —dijo, y miró en especial a Quique.

Los tres se habían quedado un poco sorprendidos, no esperaban aquella reacción y el que menos el marido de su hermana.

—No te enfades, hombre, solo era una broma —apaciguó Fermín al ver su gesto irritado.

—Pues esas bromas no me hacen ninguna gracia.

—No te preocupes, no lo repetiremos.

Ni Ricardo ni Quique repusieron nada, y cuando le vieron irse y sabían que no les oía, se echaron a reír de nuevo.

—¡Vaya rebote se ha pillado tu cuñado! —exclamó Ricardo—. Tiene genio y no lo parecía.

Subieron las escaleras en silencio, y cuando Andrés entró en su habitación se dejó caer en la cama. Se sentía tan mal pensando en la escena que acababa de ocurrir que si no hubiese sido por Lidia se habría marchado de inmediato para no ser el blanco de bromas estúpidas, sobre todo por parte de su cuñado. Aunque no debía extrañarle, sabía que no le caía bien, que simplemente lo toleraba por Gloria, y él, también por su hermana, nunca se había atrevido a replicarle. Se callaba igual que hizo con Begoña en sus tiempos de odio filial, sin embargo, burlarse delante de Lidia... Ya no lo aguantaba pues no quería que pensase que le interesaba Araceli por mucho que se le insinuara.

Oyó la puerta de al lado y se dio prisa para encontrarse con Lidia cuando terminaba de descender las escaleras.

—¿Preparada para la aventura? —le preguntó.

Ella había estado dándole vueltas a lo sucedido en el comedor. Andrés seguía siendo un chico tímido y educado, y esas cualidades muchas veces daban lugar a sucesos como los que acababa de presenciar. Cierto que esa vez había respondido y le gustó que lo hiciera, pero se habrían merecido, sobre

todo Quique, algo más que palabras.

Le miró y estuvo a punto de hacer algún comentario al respecto, no obstante, él le había hecho una pregunta y contestó:

—Un poco nerviosa pero, sí, estoy preparada para la aventura.

Todos aportaron su granito de arena para organizar los preparativos de la excursión, ayudando a cargar las provisiones en el todoterreno, y Leonor aprovechó un momento para darle un consejo a Pilar.

—Deberías convencer a tu hermana para que no monte.

—Ella quiere hacerlo.

—Tú verás, si luego se rompe una pierna, o algo peor... Acuérdate del actor de Superman, que se quedó parapléjico por caerse de un caballo.

Pilar no replicó nada; a veces su amiga la exasperaba con sus observaciones.

—No vamos a comer tanto —le decían Quique y Ricardo a la cocinera. El maletero estaba lleno con las cestas, la nevera portátil con las bebidas, además de algunas prendas de ropa.

—Sí, ya verán —repuso ella—. Todos dicen lo mismo, pero el campo, no sé por qué, levanta el apetito. Además, podrán quedarse a merendar porque va a hacer muy buen día.

—¿Usted cree? —preguntó Gloria, y no es que hiciera mucho frío, pero no le sobraba la chaqueta que llevaba puesta.

—Hasta pasarán calor, pero hay árboles cerca de la zona del merendero, es un sitio muy agradable.

Entre tanto, Ricardo escuchaba atentamente las explicaciones de Conrado. Él iba a conducir el Jeep y llevaría a su mujer y a Gloria; los demás montarían en los caballos, yendo por otra ruta. Y conocía esos vehículos todoterreno, su socio en la clínica tenía uno muy parecido y se lo había dejado cuando estuvo en su chalet de El Escorial, así que solo debía atender las indicaciones que le señalaba con el dedo sobre un mapa de la zona

extendido sobre el capó.

—No tiene pérdida —le decía el hombre una y otra vez.

Y él miraba diciendo a todo que sí con la cabeza, aunque lo cierto es que estaba confuso; había demasiados caminos que conducían a fincas, otros parecían sin salida...

—No se olvide de cerrar la verja cuando crucen, hay ganado, vacas y toros —le advirtió sobre un lugar en particular.

Gloria, al oírlo, se alarmó.

—No se preocupe —repuso el dueño de El Mirador—, los animales están a lo suyo, ustedes solo tienen que ir despacio y no olvidarse de cerrar al entrar y salir de la finca.

—¿Y si en la entrada nos encontramos con alguno de esos bichos? ¿Vas a saber qué hacer?

Eran las preguntas que Leonor hacía a su marido y que él ni se cuestionaba, por lo que saltó riendo:

—¡Torearlos!

Pero al ver la cara que ponía, la tranquilizó.

—Ya oíste, están a lo suyo y si no les molestamos no pasa nada.

Un coche viejo y algo destartado apareció por el camino. Lo conducía el sobrino del dueño de los caballos, un joven con la cabeza medio embutida en una gorra de color caqui como el resto de su ropa, a excepción de las botas negras de montar. Sería su guía en aquella excursión e iba a buscarlos. Aunque resultaba obvio que no entraban todos en su coche y Quique se ofreció a llevar el suyo, de lo que Fermín se alegró pues ya había comprobado el día anterior el mal estado del camino. Andando quizá no se notara, pero estaba lleno de baches y pensó que no quería exponerse a tener problemas con los amortiguadores.

Gloria se acercó a su hermano antes de subir al Jeep.

—Cuida de Lidia —le dijo guiñándole un ojo—. Y a Quique ni caso.

Después se dirigió a su marido.

—No hagas tonterías —le susurró al oído, y él, por toda respuesta la abrazó dándole un apasionado beso en la boca.

—Vamos, ni que nos fuéramos a la China, unos kilómetros de nada... — saltó Ricardo al volante del todoterreno con su mujer de copiloto.

—Déjalos, nunca se sabe lo que puede pasar.

—Sí, que les dé una coz el caballo —rio él.

Gloria subió mientras Quique se aproximaba a la ventanilla a hablar con su amigo.

—Conduce con cuidado, los caminos deben ser malos y estos trastos vuelcan con facilidad.

Ricardo no repuso nada porque le ofendía que dudara de su habilidad y puso el motor en marcha.

—Nos vemos allí —voceó mientras maniobraba.

E inmediatamente después, el resto subió al coche de Quique. Fermín se puso a su lado y detrás las dos hermanas y Andrés.

—¡Cuándo quieras! —le gritó al chico, asomando un poco la cabeza por la ventanilla.

Él estaba hablando con Araceli, apoyado en su coche, y enseguida se enderezó al oír aquel vozarrón. Pero antes de subir ella lo besó efusivamente y acto seguido se fue hacia la casa, no sin antes dirigirles una mirada pícara.

Quique echó un vistazo por el retrovisor; su cuñado parecía abstraído, con la vista fuera y la cabeza apoyada en el puño. No debía haberse enterado de lo sucedido con su admiradora, y le habría gustado hacer algún comentario, pero tuvo que tragárselo.

Nico conducía deprisa, dando tumbos por aquel camino irregular ondulado en algunos tramos por los baches y los socavones, mientras levantaba una buena nube de polvo. Por eso Quique acabó dándole distancia; por él como si volaba, no iba a dejar que pusiera el suyo hasta arriba de tierra.

Cuando llegaron ya había aparcado y les esperaba en la zona de los

establos donde su tío terminaba de ensillar el último caballo.

Uno de los animales relinchó con fuerza y Lidia sintió miedo de repente.

—Creo que no voy a poder —le dijo a Andrés, agarrándose a su brazo.

Él la calmó y se aproximaron a la yegua de la mancha blanca en forma de media luna. Tenía puestos los arreos y la silla, y para que se tranquilizara, empezó a decirle cómo se llamaba cada uno y para qué servía.

—La brida es el arnés que se coloca en la cabeza, sirve para controlar al caballo, con el bocado y las riendas... Este es el bocado de bridón y sus riendas que tiran de la boca del caballo para dirigir el movimiento de su cabeza, luego el bocado de la barbada con sus riendas...

Nico y su tío habían terminado de ayudar a los otros a montar cuando se acercaron a ellos.

—Dicen que usted sabe —le habló el chico—. Puede ir en el tordo, y para ella Luna, que es buena para los novatos. Nunca tiró a nadie, a no ser que se cayeran solos, no por su culpa.

Le habían colocado el mismo cajón de madera que usaron los demás para facilitarle la subida, aunque también necesitó la ayuda extra de Remigio que sujetaba del arnés, mientras Nico le daba algunos consejos que ella escuchó con atención. No obstante, de vez en cuando miraba a Andrés, y sin querer se le escapaba una sonrisa nerviosa.

Una vez arriba, a lomos del caballo, le pareció que estaba más alto de lo que imaginaba y el movimiento del animal le produjo un instante de vértigo, con la sensación de que el suelo se agitaba a sus pies. Entonces sujetó las riendas que le tendió Nico sin saber qué hacer con ellas, cuando Luna de pronto bajó la cabeza. Creyó que iba a salir disparada hacia adelante y no pudo reprimir un gesto de pánico.

Andrés, que aún estaba a su lado, le cogió la mano, la misma que se aferraba a las riendas.

—Hazlo suave, no tires de ellas y mantenlas bajas, cada una a un lado y hacia las rodillas.

—No voy a poder...

—Sí que podrás, y recuerda que no tienes que hacer movimientos bruscos. Y cuando se volvía para montar en su caballo oyó a su espalda:

—Andrés.

Se acercó enseguida, aún emocionado porque era la primera vez que le oía decir su nombre.

—No te separes de mí, por favor —le pidió aún asustada.

Él sonrió mientras Lidia seguía tan pendiente de los movimientos del caballo que no se percató de la ilusión que aquellas palabras le habían provocado.

—No lo haré, no te preocupes.

Y se dispuso a subir en el tordo blanco y gris, sin necesidad de ayudarse con el cajón de madera, para poner el pie izquierdo en el estribo y pasar la pierna.

Como era el único que faltaba por montar, todos le observaron hacerlo con plena seguridad y soltura, a pesar de que el caballo se revolvió, pero tenía la suficiente experiencia para que no le supusiese ningún problema.

—Eres un auténtico jinete, claro, vienes de Texas —comentó Fermín.

—Como un vaquero al estilo John Wayne —saltó Pilar, pero enseguida rectificó—. No, ese no, que era muy feo; mejor como Gregory Peck en Duelo al sol.

—Ya —masculló Quique— ¿Por qué no nos dejamos de chorradas y nos vamos de una vez?

El camino tenía unos cinco kilómetros y era más corto que el que seguían los del coche, aunque muchos tramos los tendrían que hacer en fila india pues el sendero se estrechaba y abundaba la vegetación y las piedras. Nico les dijo que no debían preocuparse, los caballos hacían ese recorrido muchas veces y se lo conocían de memoria. No obstante, se había colocado primero, Pilar y Fermín detrás, luego Quique, y Lidia quiso estar al lado de Andrés. Él era el último de aquella fila y su caballo, el más brioso; a veces tenía que contenerlo

porque le entraban ganas de correr.

Lidia, por su parte, sujetaba las riendas procurando no hacer ningún movimiento brusco que pudiera confundir a la yegua, por eso tenía las manos enrojecidas de lo fuerte que se aferraba a ellas.

—¿Qué tal te va? —le preguntó Andrés, que se acercó en cuanto el sedero se lo permitió.

Ella hizo el movimiento justo para afirmar; no se atrevía a girar la cabeza, no fuera a perder la concentración, y la mantenía al frente. De esa forma veía a su hermana que hablaba casi sin parar, haciendo comentarios y dando grititos cuando divisó a un conejo corriendo ladera abajo o se les cruzaba una perdiz. Pilar siempre había sido más atrevida y no le importaba llamar la atención, al contrario que a ella que no se creía capaz de hablar tan alto y menos chillar con gente alrededor.

Quique, por su parte, estaba serio sobre su caballo, e iba tan tieso en su cabalgadura que parecía que lo habían atado a un palo. Fermín, en un momento que se volvió, se echó a reír, pero cortó en seco su risa pues su caballo bajó unas piedras y estuvo a punto de caerse.

—A lo tuyo —bramó el otro—, a ver si te vas a romper la crisma.

—¿Todo bien por ahí detrás? —gritó Nico.

—Sí —le contestó Andrés.

Cabalgaba ahora junto a Lidia, sin dejar de mirarla, y ella no quitaba los ojos de la cabeza de su caballo.

—Te vas a marear —le advirtió él—. Mira también hacia adelante, la yegua sabe dónde va y sigue a los otros. Además, yo estoy aquí vigilando, si pasa algo te ayudaré.

Ella se giró hacia él, pero solo un segundo para darle las gracias.

—El paisaje es muy bonito, vas a poder hacer buenas fotos —le dijo para que se sintiera más relajada; Lidia llevaba la cámara en bandolera y sonrió.

—Sí, es cierto.

También empezaba a estar a gusto porque podía confiar en él, y Luna en

verdad parecía tan pacífica... No debía tener miedo, sino disfrutar de ese momento ya que estaba realizando su deseo de montar a caballo. Aunque en sus sueños de niña se imaginaba cabalgando por una playa inmensa, con el pelo al viento y a todo galope. Y eso, por el momento, estaba lejos de conseguirlo pues si a la yegua se le ocurriera por un instante ponerse al trote, no sabía si iba a poder evitar un grito de espanto.

—Yo también pasé miedo las primeras veces —escuchó que le decía Andrés—. Y me he caído unas cuantas, pero cuando lo consigues es fantástico, te sientes libre, como si formarás parte de algo más fuerte que tú.

Ella lo miró sonriendo, pero volvió la vista al frente porque su hermana le llamaba saludándola con la mano; ella soltó un segundo la rienda e hizo lo mismo.

El todoterreno rodaba bien por aquel camino, incluso podía meterle más potencia, pero las pasajeras protestaron. Gloria decía que vomitaría el desayuno y su mujer le recriminó recordándole que estaba embarazada de cuatro meses, que si daba otro brinco como aquel se le iba «a salir» el niño. Así que tuvo que aminorar la marcha hasta que a las dos les pareció bien, aunque a esa velocidad el viaje sería eterno; no pasaba de los veinte kilómetros por hora, y cuando se encontraban con baches, que era a cada paso, Leonor le avisaba para que redujera.

Llegaron entonces a una bifurcación y Ricardo detuvo el vehículo para consultar el mapa; no le sonaba que allí tuviera que coger un desvío, y se arrepintió de no haber señalado con un bolígrafo la ruta, fiándose solo de su memoria.

—¿Pasa algo? —preguntó Leonor.

Él dijo que no estaba seguro, que aquel plano era confuso y no tenía la menor idea de por dónde tirar. Y no le quedaba más remedio que elegir uno.

—¿Qué os apostáis a que vamos por el sitio equivocado? —dijo su mujer.

Recorrió menos de un kilómetro y, efectivamente, así ocurrió. Aquel

camino acababa en medio de un prado y tuvo que maniobrar un trecho marcha atrás, y con extremo cuidado para no dar con las piedras y las zarzas que lo bordeaban.

Leonor se reía con ganas y su marido puso una cara de enfado que no quiso disimular.

—Qué poco os gusta a los hombres equivocaros —habló Gloria intentando apaciguarlo—. Si esto le pasa a Quique sería peor que tú, nos llevaría campo a través con tal de no dar su brazo a torcer.

Ricardo había vuelto al punto de partida, lo que les llevó casi un cuarto de hora. Aunque lo que más le había molestado era que se mofaran de él poniendo en entredicho su sentido de la orientación, y le entraron ganas de pisar el acelerador a fondo, a ver si se reían entonces.

El camino siguió sin novedad, hasta que llegaron a la famosa finca de los toros.

—Miremos bien, no haya alguno cerca —comentó Leonor, y también Gloria escrutaba el horizonte, y de derecha a izquierda sin ver nada más que cerros poblados de encinas.

Ricardo, que seguía algo enojado por su confusión, se bajó tranquilamente y corrió el cerrojo para abrir aquella gran puerta de hierro. Pasó el coche y repitió la maniobra, aunque esta vez tuvo que tener cuidado porque estuvo a punto de meter el pie de lleno en una buena plasta.

No llevaban recorrida mucha distancia cuando, justo al girar, Leonor dio un grito, luego lo hizo Gloria y Ricardo pisó el freno. Afortunadamente iba despacio porque de lo contrario se habría estampado de bruces contra el cristal.

Frente a ellos, en medio del camino, había tres toros, dos negros y uno marrón claro. Algo más alejados vieron muchos más, rumiando tranquilamente la hierba, aunque algunos levantaron la cabeza para mirarlos.

—Como se estropee aquí el coche... —murmuró Leonor.

Gloria soltó una risita nerviosa. Su amiga ya estaba con sus pronósticos funestos, y la situación era lo bastante complicada como para tener más

problemas.

La cuneta era pronunciada a uno y otro lado, así que sería imposible esquivarlos y Ricardo empezó a rodar despacio, incluso tocó el claxon varias veces, pero los animales ni se movieron. Al menos no todo lo deprisa que ellos querían, y uno de piel negra y brillante caminó despacio hacia el coche. Las dos amigas, al verlo tan cerca, no pudieron controlarse y empezaron a gritar.

—¡Sácanos de aquí! —chillaba Leonor mientras Ricardo se reía, quizá en venganza por sus burlas de minutos antes.

El toro había pasado de una mirada curiosa a rascarse la cabeza con el espejo retrovisor, y Gloria pensó horrorizada que iba a arrancarlo de cuajo. Pero ni lo movió y siguió andando, tan pegado al coche que ambas se echaron hacia el lado contrario, aterrorizadas, como si el animal pudiera atravesar la chapa.

—¡Písale! —gritó Leonor, aunque delante había dos más.

—¿Qué quieres? ¿Que los atropelle? —saltó él—. Si nos damos con uno volcamos, eso seguro.

—Pues haz lo que sea, pero sácanos de aquí, porque me va a dar algo.

Gloria vio cómo el lomo negro pasaba y se alejaba, y los otros al poco hicieron lo mismo con igual parsimonia.

—Vámonos, antes de que se les ocurra volver.

Ricardo tenía vía libre, no había más toros ocupando el camino, y pisó el acelerador. Ninguna protestó por la velocidad, no hasta que salieron de la finca y cerró la verja.

Ahora que estaban lejos del peligro las amigas se reían de lo ocurrido, y Ricardo les recordó lo histéricas que se habían puesto.

—No creáis que eran bravos como los de las corridas —opinó, orgulloso de haber mantenido la calma.

—Como si son más mansos que las ovejas —replicó su mujer—. El susto podría haberme provocado un aborto.

Ni su marido ni Gloria tomaron en serio aquel comentario.

El grupo que iba a caballo discurría por aquel paisaje agreste entre formaciones de granito, jara y retamas en flor. Llevaban media hora al paso, con el que Lidia se sentía segura y relajada. Quizá le empezaba a molestar un poco la parte baja de la espalda, pero no le importaba y miró a Andrés.

—Se hace ejercicio, aunque no lo parezca —le dijo.

—Y mañana puede que tengas agujetas.

El camino se estrechaba de nuevo y tuvieron que ponerse en fila. Andrés se fijó por primera vez en su cuñado; se había empezado a encorvar, incluso le vio llevarse la mano a los riñones. Y sonrió, sin duda iba a tener un buen dolor de espalda, pero enseguida se olvidó de él y dirigió la vista a Lidia.

Ella tenía buena postura, recta como le había aconsejado, y su coleta se movía casi al compás de la cola del caballo. Entonces el camino se ensanchó y volvieron a situarse uno al lado del otro y ella le dedicó una gran sonrisa; le gustaba mucho aquello y le decía lo contenta que estaba.

—Es fantástico, me siento una valiente por haberme atrevido. Aunque lo de galopar debe de ser más difícil y peligroso, no creo que sea capaz.

—Todo se consigue con la práctica, si sigues montando...

—Me encantaría, y desde luego ha merecido la pena venir —acabó diciendo.

Para él también, aunque lo pensara por otros motivos.

Guardaron silencio. Solo se escuchaba el ruido de los cascos de los caballos con el canto de los pájaros, y a veces la voz de Pilar o de Fermín preguntándole algo al guía. Quique, por su parte, apenas había despegado los labios en todo el trayecto.

Cuando más concentrada y a gusto estaba, Lidia oyó que Nico les avisaba que habían llegado a su destino y le dio pena pues, aunque fuera a dolerle todo el cuerpo, le habría encantado seguir más tiempo.

Una explanada de hierba verde salpicada de flores amarillas se extendía

ante ellos y, unos metros más adelante, el río. El sonido del agua les llegó desde la zona rocosa de la otra orilla, mucho más salvaje, donde se revolvía entre los escollos formando una espuma blanca.

Nico hizo correr un poco a su caballo y el animal galopó como si al fin hubiera salido de una tortura, pero descabalgó enseguida para ayudar a los excursionistas. Primero a Pilar y luego al resto, sujetando a los caballos del arnés mientras bajaban. Quique con bastante soltura y Fermín, más torpe, agarrándose bien a la silla.

Andrés, ya en tierra, se dispuso a ayudar a Lidia que no sabía cómo bajar, aunque le decía lo que tenía que hacer. Estaba asustada y quizá fue por eso por lo que se apoyó en sus hombros con demasiado ímpetu, lo que le hizo perder el equilibrio y ambos cayeron al suelo.

—¿Por qué no has esperado a que lo haga el chico? —le recriminó Quique.

Lidia continuaba encima de él, un tanto desconcertada hasta que balbució:

—Perdona... me dio miedo y creí que...

—No te preocupes.

Lidia se levantó de inmediato.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Pilar al acercarse.

—No, y lo siento, no volverá a pasar —le decía Lidia un poco cortada mientras él se incorporaba, sacudiéndose el pantalón.

—Olvídalo, no tiene importancia —repitió, pues para él había sido un momento extraño que le hizo sentirse como una especie de salvador, al que su dama había recurrido echándose en sus brazos.

—Los del Jeep deberían estar aquí —dijo Quique marcando en el móvil para llamar a su mujer, y el teléfono no daba señal, aunque sí había cobertura.

—Aparecerán en cualquier momento, ya comentaron que el trayecto era lento por las condiciones del camino —opinó Fermín, tranquilizando a su amigo.

Nico, con la ayuda de Andrés, había dejado a los caballos beber y luego

los llevaron cerca de la arboleda, donde empezaron a mordisquear la hierba.

—Tengo que irme —comunicó a los excursionistas—, esta tarde sobre las siete vuelvo, y si necesitan o pasa algo llaman a Conrado, ¿tienen el número?

—Sí, lo tengo yo —contestó Quique que estaba comprobando si podía comunicarse con él, y conectaba a la perfección—. Pero los otros no han llegado aún.

—Pueden tardar, quizá se confundieron de desvío, no sería la primera vez. Si en media hora no llegan llaman y salimos a buscarlos.

En eso quedaron y el chico volvió a subirse a su caballo, poniéndolo al galope de regreso al camino. Lidia, mientras se alejaba, le fotografió hasta que le perdió de vista.

—Me gusta el caballo en movimiento —le dijo a Andrés, y de repente se le ocurrió una petición—: ¿No te importa que te haga unas fotos? Me refiero a caballo, por aquí, si no te molesta...

—No, claro que no, al contrario.

Andrés fue hacia el caballo tordo y Lidia le siguió con la cámara. Amplió el *zoom* cuando él ajustaba el estribo para subir, encuadró su cara y pudo disparar dos veces, hasta que se montó con gran destreza y dirigió las riendas para ir donde estaba ella. Lidia volvió a fotografiarlo cuando puso el caballo al trote, y al llegar al otro lado se volvió más rápido, ya a galope.

Desde que regresó a España, y hacía mes y medio de eso, no había vuelto a montar. La última vez que lo hizo fue en el rancho de la familia de Spencer, y el paisaje era tan distinto... Una llanura inmensa para correr que no parecía tener fin, en contraste con la explanada que veía ante sí, rodeada de montes salpicados de encinas y matorrales, con piedras de granito rodeadas por la vegetación y el río pasando con dificultad entre las rocas hasta ensancharse unos metros más abajo. Había un tronco cerca de la orilla y dirigió al caballo hacia allí para saltarlo. Y se acercaba al galope cuando se percató del riesgo; no conocía a ese animal, quizá se asustaría al ver el obstáculo y él acabaría en el suelo. Pero ya era tarde para echarse atrás, preparó su cuerpo para el salto y el caballo se elevó limpiamente. Volvió entonces hacia el grupo donde Pilar

aplaudía y Lidia le miraba asombrada; también Fermín le felicitó.

Quique permanecía serio. Estaba preocupado porque su mujer no llegaba con los del Jeep y al fanfarrón de su cuñado solo se le ocurría pavonearse de lo bien que sabía montar a caballo.

—¿Por qué no haces algo útil y te acercas a ver si los ves? —le dijo en un tono seco y autoritario.

No le había gustado su forma de hablarle, pero Andrés pensó que tenía razón y cabalgó hacia el camino por el que debían llegar.

Lidia no dejó de hacerle fotos hasta que lo perdió de vista tras la ladera contigua, y se quedó mirando, aunque ya no lo veía, pensando que no podía creer que aquel chico del que se burlaban Begoña y ella fuera el mismo. Si retrocediera en el tiempo y alguien le dijera que Andresito le iba a parecer atractivo, habría pensado que desvariaba, que eso era imposible.

Accionó el visor de la cámara y pasó las últimas fotos; quería saber si había podido captar el salto, pero a excepción de un par de ellas, las imágenes habían salido un poco movidas.

Gloria no era capaz de salir del coche por lo inclinado que estaba, pero lo consiguió con la ayuda de Ricardo, al que su mujer no paraba de recriminar.

—Te estaba diciendo que había un bache a la izquierda y vas y te metes en la cuneta

—Déjalo ya —dijo cansada de oírla—. No ha podido esquivarlo y nos hemos salido, y no ha pasado nada, ningún herido.

Ricardo volvió a subir para intentar arrancar. La rueda giraba y cuando parecía que iba a conseguirlo, hacía todo lo contrario, hundiéndose más en aquel hoyo. Se bajó, y aunque le costó reconocerlo, admitió que necesitaban ayuda. Llamó por el móvil y también lo hizo Gloria en repetidas ocasiones, sin éxito; al parecer no tenían cobertura, y no era de extrañar, se encontraban en el fondo de un valle rodeados por altas colinas.

—Entonces, ¿nos vamos a quedar aquí como si nada? —preguntó Leonor.

—Vendrán a buscarnos, mujer —la tranquilizó él—, saben dónde vamos.

—Siempre que no te hayas confundido y nos tiremos aquí horas.

—¡Pues nos comerán los lobos o vendrán los toros a matarnos! —casi rugió.

—Tranquilos, chicos —apaciguó Gloria—. Además, por si no os acordáis, nosotros tenemos la comida y la bebida.

—Entonces, mientras mandan una patrulla de rescate, voy a coger algo —dijo Leonor; ni en esa situación que poco antes le había parecido desesperada se le quitaba el apetito.

Abrió una de las cestas, justo la de la empanada, y arrancó un trozo con la mano.

Ricardo volvió a consultar el mapa. No les dijo nada a ellas, pero no sabía en qué parte del camino estaba ni los kilómetros que habían recorrido. Y lo que era peor, ni siquiera podía asegurar que fuera el correcto.

—¿Te aclaras con eso? —le preguntó su mujer con la boca llena.

—Seguro que estamos cerca, podría ir andando...

—¡De eso nada! —le cortó ella—. Nosotras aquí solas no nos quedamos.

—Pues vamos los tres.

—¿Quieres que nos pongamos a andar así, al tuntún, sin saber dónde vamos? ¿Y si llega alguien y ve el coche vacío?

Estuvo a punto de mandar a su mujer a «alguna parte».

—Una opción es subirme a lo alto de esa colina, seguro que entonces tendremos cobertura y podré llamar —acabó diciendo.

Ellas estuvieron de acuerdo, y se disponía a hacerlo cuando oyeron un ruido extraño, semejante a algo poderoso que se acercaba, y Gloria pensó enseguida en los toros. A lo mejor uno se había escapado de la finca, y sin más abrió la puerta del Jeep, dispuesta a meterse dentro.

El ruido se aproximaba y de pronto, como una aparición, vieron a Andrés que salía del recodo del camino, galopando hacia ellos.

Gloria casi gritó de la emoción al ver a su hermano que llegaba para

salvarlos, montado en aquel hermoso caballo.

—¿Qué pasó? —preguntó nada más detenerse, aunque enseguida se dio cuenta de lo ocurrido al ver el Jeep con las ruedas semienterradas en el terreno arenoso de la cuneta.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gloria a su vez.

—He visto a uno con un tractor, iré a pedirle que os saque.

Se fue de nuevo y los tres se quedaron esperando, aunque poco tiempo pues enseguida oyeron el motor. El conductor del tractor era un hombre joven que no disimuló una sonrisa, dejando traslucir lo que le divertía ver a aquella gente en semejante trance. Pero fue amable, tenía una cuerda que él mismo ató al gancho de remolque, y en un momento el Jeep estaba de nuevo en el camino.

Le dieron las gracias, incluso Gloria quiso regalarle una de las botellas de vino que llevaban, pero él rehusó con un gesto y se marchó.

—Qué majo, no ha querido nada —dijo ella mientras subían al coche.

—Ya le hemos dado bastante —comentó Ricardo—. Tiene una buena anécdota que contar a sus amigos en el bar del pueblo. Les dirá que se encontró a unos pardillos de la capital tirados en la cuneta y se partirán de la risa de nosotros.

Ricardo condujo con más cuidado y Andrés dejó que le adelantaran un buen trecho hasta que el polvo que había levantado el coche se disipó. Acarició el cuello del caballo y comenzó al paso, después a un trote suave sin forzar, de tal forma que apenas se movía sobre la silla.

Quique se levantó de un salto del suelo al oír el motor del Jeep y le faltó poco para salir corriendo a abrazar a su mujer.

—Estábamos preocupados —dijo disimulando su emoción y le dio un beso.

—Y teníais razón en estarlo —repuso Leonor—. Primero nos perdimos, bueno, Ricardo se confundió de camino y tuvimos que ir un buen rato marcha

atrás, luego nos rodearon unos toros que querían envestir al coche, y para remate, nos fuimos a la cuneta, y si no llega a venir Andrés que avisó a un tío que tenía un tractor y que nos sacó del hoyo... pues aún seguiríamos allí.

Había dicho todo aquello en tropel, casi sin tomar aliento.

—Yo estaba llamando, pero no recibía señal —comentó Quique, que no había dejado de enlazar a su mujer de la cintura.

—Igual me pasó a mí —dijo ella.

—¿Y Andrés? —preguntó Lidia, pues parecía que nadie se acordaba de él.

—Ya viene, se quedó más atrás —contestó Gloria.

Ricardo empezó a hablar con Fermín y Quique, especulando sobre si aquel coche tenía o no problemas con la dirección.

—Ya te advertí que son unos cacharros difíciles de conducir —dijo Quique, pero él insistía en que algo debía ir mal en el motor.

—Si al menos hubiese tenido navegador —añadió—, pero por la matrícula debe tener cerca de veinte años.

Lidia se separó del grupo y anduvo hasta el principio del camino por el que se había ido Andrés. Entonces oyó los cascos del caballo y le vio a lo lejos; venía a trote rápido hasta que tiró de las riendas para ir frenando y se detuvo a su lado.

—Veo que ya llegaron —dijo mientras el caballo se movía nervioso, como si quisiera volver a correr.

Ella no podía dejar de mirarlo.

—¿Puedo subir contigo?

A él le desconcertó la propuesta tanto como a ella misma el haberla formulado.

—¿Estás segura? —le preguntó a su vez.

Los ojos le brillaban esperando a que se decidiera y Andrés no pudo negarse. Acercó el caballo junto a una piedra a la que Lidia se subió, y desde allí pudo tirar de su brazo y alzarla para que se sentase a la grupa tras él.

—Agárrate bien a mí.

Ella lo hizo. Se abrazó fuerte a su cintura, con la cara apoyada contra su espalda. Él sintió su cuerpo pegado al suyo, más aún que en el baile, y le gustó estar así, aunque solo fuera porque tenía miedo de caerse. Arreó entonces al caballo, lo justo para ir al trote, y enseguida le hizo galopar.

Lidia intentaba mirar por encima de su hombro, pero al final cerró los ojos. Sentía cosas contradictorias, el temor por un lado y el placer de verse allí subida, con el vértigo y la emoción de la velocidad. Y quería que corriese más porque se sentía segura abrazada a él.

—¡Mirad a esos! —avisó Fermín.

Todos contemplaron atónitos cómo corría aquel caballo con sus dos jinetes.

—¡Parad! —les gritó Pilar.

—Están locos —siguió Leonor—. Esa chica se va a caer y se va a matar.

Ajena a ellos, Lidia le pidió que fuera más deprisa, y Andrés durante un rato puso el caballo a todo galope. Ella tenía la impresión de que volaba y se agarraba tan fuerte que su abrazo casi le cortaba la respiración. Hasta que bajó el ritmo poco a poco y vio que el grupo de amigos se les acercaba. Pero no entendía por qué corría Pilar moviendo los brazos y Quique le daba voces, así que apaciguó al caballo hasta que lo paró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lidia, y él notó cómo aflojaba sus brazos y su espalda quedaba libre de la presión de su cuerpo.

—¿Es que queréis mataros? —decía Pilar con expresión asustada.

Andrés seguía sin comprender a qué venía aquello, incluso el que su hermana estuviera tan seria mientras su cuñado se acercaba a él con aquel gesto airado.

—¿Eres imbécil o qué? —Y su voz era como un bramido.

—No es ningún juego lo que habéis hecho —dijo Leonor que era la última que se había acercado—. Si os llegáis a caer ahora estaríamos lamentando una desgracia.

—Estos niñatos —murmuró Ricardo a Fermín, que no decía nada pues

miraba a su cuñada y a Andrés, aún confusos por tantas recriminaciones.

—Dejémoslo, no ha pasado nada —dijo intentando calmar los ánimos.

—Pero podía haber pasado —apuntó Leonor.

Andrés había descabalgado para ayudar a Lidia, pero se encontró con que ya lo hacían Quique y Fermín.

—No quise ser brusca contigo, Andy, pero me asusté —le dijo su hermana poniéndole una mano en el brazo.

Él no repuso nada. En su interior volvía a sentirse como un niño, el retaco de gafas en el que nadie confiaba. Miró un momento a Lidia; estaba de espaldas y su hermana le hablaba, seguro que algo sobre su preocupación por ella.

Fue a dejar el caballo con los otros, cuando notó que Quique le seguía.

—Eres un gilipollas —estalló sin más—. Tu hermana casi se muere del susto y si llega a caerse esa chica por tu culpa, si llega siquiera a hacerse un rasguño... te habría partido la cara.

Nunca había visto esa expresión violenta en su rostro, y menos que le amenazara de aquella forma.

—Te crees muy listo —continuó con el ceño fruncido por la cólera—, pero procura no pasarte, ¿has entendido?

Andrés se contuvo las ganas de responderle de igual modo, y si no lo hizo fue por su hermana, para que no se llevase ningún disgusto.

—Sé lo que hago —dijo, no obstante, procurando dar a sus palabras un tono de seguridad que no sentía en su interior.

Quique hizo una mueca con una media sonrisa de desdén.

—Más te vale.

Gloria se había acercado. No había oído la discusión, sin embargo, intuía la tensión entre ambos, igual que sabía que su marido no iba a transigir sin decir lo que pensaba.

—¿Te has parado a pensar que si Lidia se cae tu hermanito se mete en un lío y a nosotros con él?

Ella no podía rebatir eso, sabía que tenía razón, sin embargo, le dio pena y lo observó mientras ataba el caballo junto a los otros.

—Andy —le llamó despacio y él se volvió—. Siento lo que ha pasado.

—Yo también —dijo acariciando el lomo del caballo—. Si te asusté lo siento mucho, no pensé... Y te aseguro que no iba a pasar nada, no es la primera vez que llevo a alguien a la grupa.

—Ya sé que tú controlas, pero los demás no sabemos si es seguro, por eso nos asustamos. Si al menos nos lo hubieses avisado... y Lidia ha dicho que fue idea suya.

Andrés sonrió un instante. Seguramente lo dijo para protegerle y que no le cayera toda la culpa, de todas formas, él era el único responsable.

—No te enfades con nosotros, ni con Quique, a veces le sale ese mal genio.

Él no repuso nada; recordaba las palabras de su cuñado y le serían difíciles de olvidar.

—Vente, que vamos a comer. Yo estoy hambrienta, ¿y tú?

La miró con un gesto de indiferencia y se dejó guiar de la mano hasta que se soltó cuando se unieron al resto. Habían sacado las provisiones, incluido un mantel de cuadros que extendieron sobre aquella mesa de madera rústica, bastante desgastada por las inclemencias del tiempo, como los bancos, uno a cada lado, en los que cogían los ocho sin problema.

Una vez sentado, Andrés buscó a Lidia con la mirada; estaba con su cámara cerca de la orilla del río.

Fotografió el agua con las sinuosas curvas que producía la corriente, los reflejos del sol que incidían en ella, las piedrecitas redondeadas del fondo... Disparaba mecánicamente pues apenas podía concentrarse; la bronca que le había caído a Andrés por su culpa seguía pesándola, y mientras se dirigía a la mesa no pudo evitar odiarlos, incluida su hermana.

Pero al acercarse vio que todo había vuelto a la normalidad. Leonor comía

como si se fuera a acabar, y los tres amigos hablaban otra vez del Jeep y su funcionamiento. Pilar y Gloria repartían la comida, y Andrés parecía comer sin ganas un trozo de tortilla de patatas.

Ella se sentó en el único sitio vacío, en el otro extremo y al lado de Leonor, por eso si quería ver a Andrés tenía que inclinarse. Y apenas podía hacerlo pues le tapaban la visión las cabezas, los vasos y las botellas distribuidas por la mesa.

Descorcharon el vino y la comida se animó después de un momento de histeria, pues había aparecido revoloteando una avispa. La cuestión se zanjó cuando Fermín la aplastó con la bota, aunque también volcó un par de vasos de vino. Luego Ricardo contó alguna anécdota de su trabajo y Pilar sobre sus alumnos de tercer curso de la E.S.O. Al final acabaron riéndose con Leonor que contaba la historia del Jeep y los toros, que ya no eran tres sino cinco, y cómo los rodearon mirándolos con sus ojos asesinos.

También le pidieron a Lidia que les hiciera unas fotos, para luego seguir escuchando la conversación de Leonor que volvió a versar sobre partos. Le contó en qué consistía la técnica de la respiración, los puntos de la episiotomía que le habían dado en el parto y que según ella eran catorce, pero a saber si exageraba como de costumbre. Y Lidia tuvo que fingir que todo aquello le interesaba, hasta que Leonor le preguntó de pronto:

—¿Tú quieres tener niños?

Ella se quedó perpleja; hubiera preferido que siguiera con su monólogo.

—Sí... supongo... que sí —balbució.

—Antes tendrás que echarte otro novio —repuso sonriente, hasta que pareció acordarse de algo importante— ¡Ah! Con la edad todo es más complicado; a mí, que tengo treinta y ocho, me han tenido que hacer la amniocentesis, y te aseguro que no es plato de gusto, estuve una semana hecha polvo y ...

Dejó de escucharla; era la segunda vez en dos días que oía aquello y se tomó el café que Gloria le sirvió del termo. Entonces vio que Andrés se levantaba, y con las manos en los bolsillos caminaba despacio hacia los

caballos. Le siguió con la mirada y cogió su cámara, enfocándole y ampliando hasta verlo con nitidez con el *zoom*; iba tocando las cabezas de los caballos, incluso le pareció que hablaba con ellos.

—¿Qué fotografías? —preguntó Leonor.

—El paisaje —contestó ella.

Afortunadamente sus amigas le propusieron levantarse para buscar un buen sitio donde acomodarse y pudo seguir dirigiendo el objetivo, captando el rostro de Andrés. Parecía demasiado serio y pensativo, pero le gustó y apretó el disparador.

—Oye, te pasaste con tu cuñado —escuchó decir a Fermín en cuanto las mujeres se fueron a la zona de sombra—. El chico no lo hizo a propósito.

—Me da igual —replicó Quique, descargando la ceniza del cigarrillo en uno de los platos—. Sé que tenía que decírselo.

—Pero hay formas, aunque la verdad es que todos estuvimos un poco duros con él.

—Le viene bien, está muy mimado.

—No lo creo —opinó Fermín.

—Pues créelo, es el pequeño de la familia, el único chico y le tienen entre algodones, así se siente él, el rey de la casa, el niño de mamá.

—Yo tampoco creo que sea un mimado —dijo Ricardo—. Se fue solo al extranjero, estudió y trabajó allí, sin familia al lado que le ayudase... Esa no es esa la típica imagen de un niño de mamá. Yo estuve dos veranos estudiando inglés en Irlanda, y fui a un colegio, pero hay que estar espabilado.

—Aun así, no vais a decirme que lo del caballo fue una gracia.

—En eso de acuerdo, pero insisto en que nos pasamos un poco.

Las amigas habían decidido que la tupida zona de hierba junto a la sombra de unos árboles era el lugar perfecto para tumbarse, protegidos del sol directo que a esas horas calentaba con fuerza. Y a ellas se unieron sus parejas.

—¡Qué a gusto se está aquí! —suspiró Pilar; su marido la rodeaba por los hombros mientras ella se recostaba en su pecho.

Leonor, por su parte, tenía la cabeza sobre la barriga de su marido, y a veces se reía al oír los ruidos que producía su estómago en pleno proceso de digestión.

Más alejados, Gloria y Quique. Él, con un jersey enrollado debajo del cuello para estar más cómodo, estiró el brazo para atraer más hacia sí a su mujer, pero ella se incorporó un momento para preguntar:

—¿Dónde está mi hermano?

Le vio caminando junto a la orilla. También buscó con la vista a Lidia, sentada aún a la mesa, manipulando su cámara de fotos.

—Déjale —murmuró Quique, haciendo que se apoyara en su pecho.

No obstante, alzó también cabeza. Su cuñado acababa de sentarse frente a la zona de la corriente, y por un momento pensó que quizá era cierto que se había pasado, pero su mujer era lo que más quería en el mundo y no iba a consentir que nadie la hiciera sufrir. Por eso volvió a percibir a su cuñado como un estorbo que solo estaba allí para preocuparla. «¡Que se vaya al cuerno!» exclamó para sí, y la atrajo más hacia su pecho.

Gloria sintió el cálido abrazo de su marido y el beso que depositó en su pelo.

Andrés miraba el agua tan fijamente que parecía hechizado con los remolinos y la espuma que se hacía y deshacía entre las rocas. Escogió una piedra pequeña y redonda y la lanzó hacia la otra orilla. No logró que llegara hasta allí y volvió a intentarlo con otra, tirándola con más fuerza, y dio al otro lado; había llegado porque además lo hizo con rabia, y se disponía a repetirlo cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Puedo acompañarte?

No contestó, solo hizo un gesto afirmativo y Lidia se sentó a su lado, en el suelo.

—Siento mucho lo que pasó antes, por mi culpa te cayó una buena bronca.

—No te preocupes.

—De todas formas, quería decirte que fue maravilloso, tenía la sensación de que íbamos a elevarnos por los aires y salir volando, era como el sueño que tenía de niña, cabalgar y sentir esa sensación de libertad... —Y tras un breve silencio, añadió casi en un susurro—: Gracias.

Él la miraba intensamente, escuchando sus palabras que poco a poco habían ido despojándole de la rabia y la tristeza que había sentido, porque valía la pena si ella lo había disfrutado.

—Si no fuera por ellos volvería a pedírtelo —dijo entusiasmada.

—Podríamos hacerlo, solo que después tendría que pegarme con mi cuñado y es más fuerte que yo, pero si quieres estoy dispuesto a arriesgarme.

—No, no —se apresuró ella—. No quiero que te pelees ni te pase nada por eso.

—He montado muchas veces con... —Se detuvo porque no supo si mentar a Carol delante de ella.

—¿Tu novia americana? —apuntó Lidia con naturalidad.

—Mi exnovia —concretó algo turbado—. Y si hubiera creído que podía pasarte algo no te habría llevado.

Lidia sintió la calidez de su mirada.

—Recuerda que somos los niños de la buhardilla —acabó diciendo.

Ambos se sonrieron, y él se fijó en la cámara.

—¿Me dejas ver las fotos que has hecho?

—Sí, claro.

La descolgó de su cuello y la puso en función de visionado. Entonces se acordó de las que le había hecho a él sin que se diera cuenta y quiso recuperarla, pero Andrés ya estaba mirándolas.

De las últimas a las primeras, se vio a sí mismo en primer plano. La miró un instante y ella sonrió nerviosa; no sabía qué decir mientras él no pudo contener un gesto de satisfacción.

—Estoy muy serio —dijo; era la foto que le hizo después de la discusión.

Siguió pasando más. Los paisajes, el grupo de amigos comiendo, los caballos, las de él cabalgando... Y volvió a verse en otro primer plano, cuando llegaron.

—Aquí creo que estoy mejor.

Lidia seguía sin saber qué decir, pues ni ella estaba segura de porqué las había hecho. Sin embargo, él se sentía pletórico, verse en esas fotos significaba que quizá empezaba a sentir algo por él, o al menos eso pensaba. Y estaba a punto de preguntárselo cuando ella se volvió pues su hermana le llamaba; iban a dar un paseo y se levantó.

—Esperad, que voy con vosotras.

Se sacudió el polvo del pantalón y se despidió a toda prisa. Tenía que irse, aunque no quisiera, pues si continuaba a su lado se vería obligada a explicarle lo de las fotos y no sabría qué decir.

Andrés vio cómo corría hacia ellas, con la cámara en la mano hasta que se la colgó de nuevo, y las cuatro anduvieron hacia el camino por el que había llegado el Jeep.

Ricardo se levantó, estirando los brazos hacia el cielo.

—¿Damos una vuelta por ahí? —le propuso Fermín.

—De acuerdo, voy a llamar a este.

Quique dormía en medio de acompasados ronquidos.

—Déjalo, no le despiertes, le diré al chico si viene.

Andrés vio acercarse a Fermín que le preguntó si quería ir con ellos a andar. Él estaba indeciso.

—Tu cuñado se queda durmiendo —le comunicó como si leyera su pensamiento.

Entonces aceptó y Fermín les explicó la ruta por la que irían, que no era precisamente por el camino fácil que habían tomado las mujeres.

—¡Subir por ahí! —exclamó Ricardo mirando el monte que le decía su

amigo— ¿Y después del atracón de comida que nos hemos dado?

—Precisamente, ¿verdad? —Miró a Andrés que le apoyó enseguida.

—Está bien —dijo Ricardo, consciente de que aceptaba por no ser menos que ellos, al tiempo que añadía—: Cuando se despierte Quique y vea que está solo... verás el cabreo que se pilla.

Los tres se volvieron a mirar la figura de su amigo tumbado en la hierba, y sin poderlo evitar acabaron riéndose al unísono. Pasaron junto a los caballos y continuaron por un sendero estrecho entre retamas y plantas de tomillo que impregnaban el aire con su aroma.

La cuesta empezó a ser más empinada y Ricardo, que iba el último, resopló.

—Tíos, vamos a otro sitio, por aquí no pasan ni las cabras.

Fermín, que dirigía la expedición, continuó el ascenso sin hacerle caso. Hasta que les advirtió que tuviesen cuidado con una piedra suelta; Andrés la esquivó, pero Ricardo no debió de enterarse y acabó tropezando, aunque tuvo los suficientes reflejos para apoyar las manos.

—Te falta entrenamiento —le saltó su amigo, sonriendo al ver la expresión de su cara.

—Ya veremos si te parece divertido cuando tengas que venir a mi consulta y estés en el sillón con la boca abierta.

Fermín soltó una carcajada y continuó escalando.

Ricardo se percató de que tenían intención de llegar arriba, y aún faltaba un buen trecho. Entonces envidió a Quique, que estaría tan a gusto durmiendo, mientras él sudaba y jadeaba por el esfuerzo.

—Si lo llego a saber...

—¡Venga, ánimo! —le gritó Fermín al verle tan rezagado.

—Yo... yo paso... me vuelvo —masculló casi sin aliento.

—No seas rajado, te esperamos, tarda lo que necesites.

—Que no, tío... que paso —repitió.

Y sin más los dejó. Aunque al hacerlo se dio cuenta de que la bajada podía

ser más complicada, pues la tierra un poco arenosa se desprendía y le hacía resbalar.

—¡Hasta luego! —oyó que le gritaba Fermín.

Él solo levantó la mano sin mirarlos siquiera; bastante tenía con poner atención donde pisaba para no caerse.

—Este tío está loco —habló en alto, aunque nadie le oía—. Allá él por estos riscos, si quiere acabar despeñándose...

Fermín y Andrés continuaron su marcha ascendente. No hablaban pues debían estar pendientes de las piedras, ayudándose a veces con las manos para subir mejor en las zonas más empinadas, hasta que llegaron por fin a la cima. Desde aquel alto divisaron el río, la explanada, los caballos y el vehículo, y también a Ricardo como un punto azul que era el del color de su camiseta.

—¡Menudas vistas! —exclamó Fermín con el aliento aún entrecortado por la subida.

Los dos guardaron silencio, observando el paisaje, sobre todo el río que discurría encajonado entre los montes hasta perderse entre ellos y que despedía un brillo cristalino cuando el sol se reflejaba en sus aguas.

—¿Nos sentamos un rato? —sugirió Fermín, haciéndolo encima de una gran piedra de granito.

Andrés le imitó sentándose al lado.

—Qué bien se respira, y el silencio...

Durante unos minutos no hablaron. Escuchaban el canto de los pájaros y en la lejanía el sonido del agua era casi como un murmullo monótono y relajante.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —le saltó de repente.

Andrés estaba mirando hacia el monte y se giró. No sabía qué debía responder, y Fermín la formuló sin esperar su consentimiento.

—¿Te gusta Lidia?

Se quedó mirándole fijamente, y ante su mutismo supo que había acertado de pleno.

—Pues si quieres algo con ella tienes que espabilar —empezó a decirle con total confianza—. Veo que eres un chaval demasiado... cómo decirlo... demasiado considerado o educado, y mi cuñada es guapa, no le van a faltar moscones alrededor, y lo peor es que dé con otro majadero como el novio.

Él no despegaba los labios y Fermín continuó.

—En mi trabajo hay uno que quiere que se la presente, se parece un poco al fotógrafo y no me gustaría que volviera a salir con otro tipo así, porque ella es estupenda, aunque, como dice Pili, demasiado confiada. Quizá con los años espabile, mientras, le tomó bien el pelo el cretino ese.

Andrés oía aquella charla sin comprender muy bien dónde quería llegar, aunque lo que sí tenía claro es que sospechaba la verdad sobre sus sentimientos.

—Ya te digo, si te gusta tienes estos días para ti solo, aprovéchalos que el tiempo vuela.

Él no repuso nada y tampoco Fermín esperaba que lo hiciera. Solo pensó que el chico le caía bien, le recordaba a él mismo y puede que igual que le pasó a él, fuera demasiado tímido y le costase lanzarse. Y si los años le habían enseñado algo es que era cierto aquello de que el mundo era de los valientes, que nada se conseguía esperando a que por tu buen comportamiento el maná te cayese del cielo, que había que actuar. Aunque bien pudiera ser que se sintiera solo en medio de aquel mundo de parejas casadas y eso le incitara a acercarse a ella, sin los sentimientos románticos que imaginaba. Aun así, y por si acaso, no perdía nada diciéndoselo.

—Lo que pasó con tu cuñado —dijo entonces, cambiando radicalmente de tema—, no se lo tengas en cuenta, es su forma de ser, un poco bruto a veces. Incluso con Ricardo, que son amigos desde críos, una vez estuvieron a punto de darse de puñetazos y no recuerdo porqué fue, solo que tu hermana apaciguó a las fieras. Él cree que por ser el mayor y el más alto es el líder, una especie de jefe de la tribu, cuando en realidad es ella. En los grupos

siempre hay alguien que es como el pegamento que lo une todo, y en nuestro caso es Gloria; sin ella en algunas ocasiones nos costaría soportarnos los unos a los otros.

Andrés vio cómo se sacudía un poco la tierra que tenía adherida al pantalón.

—Y volviendo a tu cuñado —continuó—. Para que veas que no es mala persona, te diré que le prestó dinero a Ricardo cuando abrió la consulta, y se lo soltó sin más. Yo desde luego no lo habría hecho si lo hubiese tenido, ni siquiera con papeles firmados, y él lo hizo sin pedir nada a cambio. Por supuesto Ricardo se lo devolvió, no tardó mucho, ya sabes lo que ganan los dentistas, y él es de los buenos.

Andrés seguía escuchando en silencio.

—Te he metido este rollo solo para que no tengas en cuenta lo ocurrido antes.

—Me amenazó con pegarme —dijo, pero enseguida se sintió como un niño y se avergonzó de haberle confiado aquello.

—¡Qué va! No es tan tonto, sabe que si lo hace se busca un lío con su mujer.

—¿Y qué crees que debo hacer yo? —Y se respondió a sí mismo—: Voy a acabar diciéndole algo, y no sé cómo va a reaccionar.

—No será para tanto —le tranquilizó Fermín—. Tú tienes que pasar un poco, tampoco vas a estar todos los días de tu vida con él. Y si te sirve mi experiencia, lo que yo hago a veces es forzar la situación, tiro del hilo un poco hasta que veo que puedo romperlo, entonces retrocedo y dejo que se salga con la suya.

Andrés sonrió pensando en lo complicadas que eran las relaciones humanas.

—Seguro que cuando estabas en Texas, a miles de kilómetros y lejos de la familia, los echabas de menos, pero no tenías discusiones ni malos rollos porque la lejanía quita importancia a las cosas.

—Sí, es cierto.

—Ahora has vuelto, y ya sabes, para lo bueno y lo malo...

Andrés miraba de nuevo el paisaje y el azul del cielo, abstraído en sus propios pensamientos, mientras Fermín se preguntaba qué hacía ese chico allí, porqué se había vuelto de Estados Unidos dejando un futuro sin duda más prometedor. Pero, aunque le intrigase no iba a meterse más en su vida; ya lo había hecho bastante.

—Entre el caballo y esta piedra me duele el culo que no veas —dijo levantándose—. Si quieres volvemos.

Él estuvo de acuerdo.

Gloria y Leonor iban detrás. La embarazada decía que no podía andar deprisa y sin darse cuenta las hermanas les llevaban un buen trecho.

Pilar miró a Lidia que fijaba la vista en el suelo, donde se veían marcadas sobre la arena del camino las huellas que habían dejado el todoterreno, el tractor y el caballo.

—¿Lo pasas bien? —le preguntó.

—Sí, muy bien.

Hubo un corto silencio hasta que Pilar añadió:

—Aunque lo del caballo fue un poco desagradable...

—Sigo pensando que os pasasteis, sobre todo su cuñado; tengo la impresión de que le odia.

—Qué quieres que te diga, Lidia, yo también me asusté. Y no creo que Quique le odie, solo que debe estar un poco celoso de que su mujer quiera tanto a su hermano, nació cuando ella tenía trece años y me acuerdo de que no hacía otra cosa que hablar de él, le trataba como si fuera su hijo; Gloria siempre ha sido muy maternal, y él parece un chico estupendo.

Lo último lo dijo con toda la intención, y observó detenidamente el rostro de su hermana. Ella continuaba seria, así que empezó a hablarle de sus planes para el verano. Le contó que se iría a la playa, aunque aún no sabía a cuál ya

que irían con los amigos y lo decidirían entre todos, además de tener en cuenta que Leonor estaría muy adelantada en el embarazo.

—¿Siempre vais juntos?

—No, pero una semana en verano solemos hacerlo; el año pasado, si te acuerdas, fuimos al crucero. Lo pasamos genial —casi suspiró recordándolo—. Los críos también estuvieron encantados y nosotros más, los dejábamos en las actividades o se iban ellos por su cuenta. Y todas las noches nos acostábamos tarde, íbamos a la discoteca o veíamos algún espectáculo... Como puedes imaginar, yo estaba en mi salsa, y a Fermín, aunque no lo dijera, sé que le gustó. Por eso me encantaría repetirlo.

—¿También con vuestros amigos?

—Por supuesto.

—Os lleváis bien, entonces.

—Tenemos nuestras cosas, como todo el mundo, pero lo pasamos bien y este viaje es el primero que hacemos solos, sin hijos.

Lidia pensó que era una suerte tener amigos, aun con sus roces. Ella había estado años con Guillermo, solos o rodeados de gente del mundo de él con los que nunca había congeniado del todo. La única amiga que conservaba era Begoña; habían sido inseparables hasta que se echaron novio, y siguieron viéndose pese a que Guillermo no la soportaba y viceversa. Luego Begoña se casó, tuvo a su bebé y ella últimamente se sentía sola, aunque salía algunas veces con dos compañeras del trabajo, Águeda que estaba soltera y Carlota, divorciada y como ella misma decía, «con ganas de recuperar el tiempo perdido con aquel capullo».

Leonor les llamó y ellas retrocedieron para acercarse.

—Aquí fue donde nos salimos —señaló un lado del camino.

—No estabais lejos, como mucho a un cuarto de hora —comentó Pilar.

—Pero no lo sabíamos —repuso Gloria.

—Ricardo no tenía ni idea, ni con el mapa delante se aclaraba —dijo Leonor; podía hacer ese comentario tranquila sin su marido delante.

—Y si hubieseis visto... —siguió Leonor— El hermano de esta apareciendo de repente... El chico es guapo y montado a caballo estaba tan sexi... parecía uno de esos personajes de las telenovelas.

—¡Oye! ¡Que estás hablando de mi hermano! —le increpó Gloria.

Pero todas se reían, incluso Lidia que, sin querer, se dio cuenta de que era cierto, y mientras Leonor lo relataba haciendo muecas como si fuera una dama en apuros, ella le veía en su mente. Porque empezaba a notar sensaciones que ya había percibido cuando cabalgaban juntos.

—Que tu hermano está bueno y sabe montar muy bien a caballo es un hecho —acabó diciendo Leonor.

Gloria se sentía orgullosa de él, no precisamente por lo que decía su amiga, pues en ese momento no sabía si se estaban mofando de Andrés, y le pidió que lo dejase. Pero Leonor siguió un poco más y Lidia, que no terminaba de entender muy bien a aquella mujer, estuvo a punto de pedirle que se callara.

—Es tonta —le susurró a su hermana.

Pilar vio su expresión de enfado. A ella Leonor también le sacaba de quicio algunas veces, incluso se preguntaba si sería amiga suya si no fuera la mujer de Ricardo. Desde luego la que mejor la toleraba era Gloria, pero ella se llevaba bien con todos. Sin embargo, el comentario de Lidia le pareció mal; ella también se había reído porque había que reconocer que Leonor tenía gracia contando las cosas. La de veces que les hacía reír, sobre todo por su forma de exagerar... Y de pronto empezó a sospechar que su hermana sentía algo por el guapo jinete.

Se habían dado la vuelta y también habían cambiado de conversación. Ahora tocaba el inevitable tema de los hijos, y unas a otras se quitaban la palabra hablando sobre ello, cómo les iban los estudios y lo que hacían: a Estrella le gustaba mucho pintar; Adela seguía con sus problemas en matemáticas, pero cada vez mejor en inglés y gimnasia rítmica; y en cuanto a los gemelos, estaban en plena adolescencia así que a veces eran inaguantables...

Lidia seguía caminando con ellas, pero su mente acabó desentendiéndose. Miraba el campo, el paisaje que por allí se veía repleto de encinas y olivos hasta perderse en la distancia, disfrutando de un día perfecto... Y sobre todo pensaba en Andrés. Por culpa de Leonor se lo imaginó apareciendo de pronto, montado en el caballo y diciéndole que subiera de nuevo a la grupa. Y ella lo hacía sin dudarle, abrazándose a su cintura.

El relinchar de un caballo le despertó. Medio abrió los párpados y vio la hierba con sus flores amarillas, y más lejos los caballos. Se acordó entonces de dónde estaba y se incorporó despacio hasta quedar sentado. A un lado tenía la mesa con los platos y fiambreras apilados y tapados con servilletas, el termo, los restos de las bebidas y los vasos sobre los que revoloteaban un par de avispas. En uno de los bancos de madera estaban las prendas de ropa que no habían necesitado utilizar y, algo más alejado, el todoterreno.

Siguió mirando, pero no vio a nadie. Volvió a asegurarse, hacia atrás, a los lados... Ni rastro; todos habían desaparecido.

—Serán cabrones... —murmuró levantándose.

Se habían ido, incluso su mujer, y le habían dejado solo. Desde luego, no entendía nada, salvo que a veces la gente le sacaba de quicio, no tenían consideración, iban a lo suyo sin pensar en los demás... Y luego Gloria decía que era un cascarrabias.

Escuchó un ruido y detrás de los caballos vio aparecer a Ricardo. Llevaba los pantalones vaqueros manchados de tierra y pinchos que se afanaba en quitar, pero esperó a que llegara a su lado para dispararle la pregunta.

—¿Se puede saber dónde cojones estabais?

Ricardo seguía quitándose aquellas hojitas puntiagudas de las perneras.

—Maldita sea —gruñó, porque también tenía en la camiseta y en la parte trasera del pantalón, aparte de que se le había roto cerca de la rodilla.

—¿Dónde te has metido para ponerte así? —le preguntó.

—¿Que dónde? ¡Pues por allí! —Señaló hacia el monte de la izquierda—.

El loco de Fermín nos ha llevado por un sitio... Yo me volví antes, pero justo cuando llegaba abajo pisé mal y me caí sobre unos matojos —seguía mirándose—. Mira cómo me he puesto.

—Ahí tienes sangre.

Vio el arañazo que tenía a la altura del codo y fue a la mesa para lavarse la herida con un poco de agua que había en una botella; una avispa le rondó cerca y la espantó manoteando en el aire.

—Lo último que me faltaba, que encima me picara un bicho de estos —masculló para sí.

—¿Y mi cuñado? —preguntó Quique.

—Se fue con él, los dos subieron por ahí. —Volvió a señalar con el mentón hacia el monte mientras se limpiaba—. A ver si no se despeña ninguno, porque subir cuesta, pero la bajada... Es muy empinado, como no agarre bien el pie te vas abajo rodando y no caes sobre un mullido césped precisamente, sino sobre piedras y yerbajos que pinchan.

—¿Y ellas? —volvió a preguntar.

—Son más listas, fueron a andar por el camino, pero los bestias estos...

—¿Y por qué os fuisteis sin decirme nada?

Ricardo pensó un momento antes de contestar. Podría echarle la culpa a Fermín, pero la liaría y al final optó por una respuesta más diplomática.

—Estabas dormido y nos dio apuro despertarte, además, no te has perdido nada, si no mira cómo me he puesto yo.

Quique lo hizo, no sin cierta desconfianza, pero no replicó.

—Estoy reventada —seguía quejándose Leonor, cuando divisó por fin la explanada.

Vio a su marido y a Quique con el capó del Jeep abierto, mirando dentro e inmediatamente se imaginó a los dos como grandes entendidos, hablando de esto y aquello para no resolver nada.

Y Gloria pensó algo parecido, pues ellos seguían inclinados sobre el motor

sin enterarse de su presencia hasta que estuvieron a su lado.

—Bueno, señores mecánicos, ¿dieron con el problema?

Quique levantó la cabeza y sonrió a su mujer.

—¿Qué tal el paseo?

—Bien, y vosotros, ¿qué hacéis?

Ricardo tenía los dedos manchados de grasa por haber tocado, tan concienzudamente como si estuviese revisando la boca de un paciente, aunque resultaba evidente que no por ser buen dentista tenía que saber de mecánica.

—Mira, yo creo que esto... está demasiado sucio y puede que oxidado, y este manguito no sé si estará un poco suelto —le decía a Quique que volvió su atención al coche.

—Cuidado con lo que tocáis, que tenemos que volver en ese cacharro —les advirtió Leonor.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Pilar.

—Se subieron a lo alto del monte —contestó Ricardo sin alzar la vista del motor.

Eran casi las seis cuando los dos excursionistas aparecieron por el camino, lo que extrañó a Ricardo, y ellos le contaron que habían vuelto por la parte de atrás del monte donde un sendero les llevó al camino. Había sido un trayecto más largo, pero de lo más tranquilo, sin cuestras ni plantas con pinchos. Y ya que estaban todos decidieron merendar.

Ese era el momento durante el cual los amigos esperaban que Quique hiciera algún comentario o se mostrara enfadado con ellos por haberle dejado solo, pero no dijo nada al respecto.

—Qué raro —le susurró Fermín a Andrés—. Seguro que nos la guarda para otro día.

Cerca de las siete llegó Nico, y Pilar se apuntó a volver en el todoterreno pues le molestaba un poco la espalda. El resto siguió igual, con la diferencia de que Lidia se sintió más segura, no tenía tanto miedo y disfrutaba mirando

el paisaje o hablando con Andrés. Y cuando llegaron a los establos le dio pena separarse de la yegua.

De regreso a la casa vieron el Jeep aparcado; Ricardo lo había llevado sin novedad y no se encontraron con un solo toro.

—¿Por qué no nos quedamos en la habitación? —le decía Fermín a su mujer.

Se había duchado y estaba recostado en la cama con el albornoz puesto.

Pilar salió del cuarto de baño peinándose; estaba vestida y también se había maquillado.

—Hemos quedado con los demás.

—Es que estoy molido, he montado a caballo, me he subido a un monte...

—Lo del monte ha sido cosa tuya, ahora por eso no vamos a quedarnos a dormir.

—Pues es lo que me apetece.

—Sí, claro, y mañana te levantas temprano y te vas a correr.

Fermín se estiró en la cama.

—Creo que no podría, estoy demasiado cansado.

Pilar se rio, y sin más le tiró los pantalones y la camisa para que se los pusiera. Él se levantó suspirando como un anciano resignado y empezó a vestirse, pensando que a la primera oportunidad subiría a la habitación. Su mujer podía quedarse toda la noche en danza si le apetecía.

Poco a poco fueron reuniéndose en el salón. No iban a cenar porque no tenían apetito y eran casi las once, pero pidieron algo de beber y se sentaron en los sofás, con la música suave de fondo que había puesto Gloria. Menos Leonor, que tomaba un gran vaso de leche, el resto bebía cerveza o vino, y Conrado les ofreció un licor de cerezas que hacían ellos.

—Es muy bueno —opinó Ricardo observando al trasluz el vaso y el color entre rosa y rojizo del líquido después de tomar el primer sorbo; se

consideraba un experto en bebidas, sobre todo en vinos.

—Hay que tener cuidado, si no se está acostumbrado se sube a la cabeza —advirtió el dueño de la casa mientras encendía la chimenea porque volvía a refrescar.

Leonor había terminado la leche y se estiró en uno de los sofás. Su marido se fijó en que le costaba mantener los ojos abiertos y que apenas hablaba; aun así, se resistía a irse a la cama.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Pilar a su hermana. Había cogido el libro de la estantería, pero no se concentraba y acabó dejándolo a un lado, apurando una copa de vino en unos segundos como si estuviera sedienta.

—Tenía seis llamadas tuyas, y mientras me arreglaba ha vuelto a llamar.

—Supongo que te refieres a Guillermo. ¿Y qué quería?

Ella se inclinó para alcanzar el vasito de licor antes de contestar.

—No lo sé ni me importa, no lo cogí —dijo tras beberse el contenido del vaso y dejarlo sobre la mesa.

—Hiciste bien.

—Antes de venir aquí habló con Marina para que hiciera de intermediaria entre nosotros y le pidió que me convenciera para responder a sus llamadas... Y supongo que creyó sus palabras o más bien sus mentiras porque lo hizo, me pidió que fuera comprensiva, que Guillermo me quería... claro, ella no le conoce tan bien como yo.

—¿Y por qué mete a tu jefa? Es absurdo.

—No tanto si lo que pretende es seguir dominándome y que yo parezca una arpía sin corazón. Marina no puede imaginarse hasta dónde es capaz de manipularme, de hacerme creer que soy su gran amor para que luego se le vayan las manos detrás de otra. Encima me cuenta ese rollo de la libertad, la confianza...

Se levantó y cogió la botella de licor que estaba en la otra mesa para servirse otro vaso.

—Esos han sido los últimos tres años, aunque lo peor fue decirme que eso

reforzaría nuestra relación, que la haría más fuerte. —Bebió un poco antes de continuar—. Y me saltó con que lo hiciera yo también, cuando sabe de sobra que no soy así, no lo soy...

—¿Le quieres todavía? —preguntó su hermana.

—No... Seguro que no. —Y tomó otro sorbo.

—Cuidado con eso —le advirtió Pilar—, aunque sepa a cerezas es fuerte, a ver si te vas a emborrachar.

—Ojalá —murmuró a media voz.

Y antes de que se diera cuenta apuró el contenido del vaso de su hermana que apenas había probado un poco.

Porque aquellas llamadas le habían alterado. No sabía a qué venían pues creía haberle dejado claro que lo suyo estaba acabado. Sin embargo, no parecía dispuesto a aceptarlo y tenía miedo de volver a creer en sus mentiras como había hecho tantas veces. Por eso deseaba emborracharse, para no pensar en ello y no tener siquiera la tentación de contestar si volvía a intentarlo. Guillermo era capaz de sonsacarle dónde estaba y presentarse allí a buscarla, hacer una de sus escenas de enamorado, se le daban tan bien...

Pilar, viendo que podían decaer los ánimos, propuso jugar a las cartas, pero Leonor no aguantaba más y se fue a acostar. Al rato también subió Ricardo, y Fermín no tardó más de diez minutos en hacerlo a su vez, aunque le prometió a su mujer que al día siguiente trasnocharía.

Andrés quería acostarse pues ya eran las doce y media, sin embargo, no podía irse porque estaba preocupado por Lidia. Se dio cuenta de que había tomado un tercer vaso de licor además de la copa de vino, y parecía nerviosa. Por eso quiso acercarse a ella, pero su hermana no se apartaba de su lado. Y no pensaba acostarse sin averiguarlo.

—Deberíamos subir nosotros también —dijo Quique.

El fuego de la chimenea se estaba apagando y confiaba en que su mujer, al sentir frío, se rendiría porque, además, no tenía ganas de hablar con su

cuñado como único representante de su género. Tampoco le interesaba lo que hablaba Pilar sobre su trabajo en el colegio, y respecto a Lidia... parecía escuchar la conversación, pero a veces se le perdía la mirada en el suelo.

«Ha cogido una buena», pensó para sí, y se dirigió a su mujer.

—¿Nos vamos a acostar?

Era la tercera vez que se lo decía y al final acabó cediendo.

Pilar los vio caminar hacia las escaleras, agarrados de la cintura, y exclamó resignada:

—¡Qué remedio! Tendremos que irnos todos a la cama.

Ella y Andrés se pusieron en pie, pero Lidia al levantarse notó como si todo le diera vueltas y volvió a sentarse.

—Venga, Lidia —oyó la voz de su hermana como si viniera de muy lejos.

Estaba terriblemente cansada, necesitaba dormir y que la dejaran tranquila, así que se tumbó en el sofá. Pero alguien tiraba de ella y no dejaba de repetir su nombre.

Pilar se dio por vencida y miró a Andrés.

—¿Puedes ayudarme a llevarla arriba?

Él la incorporó y Lidia abrió los ojos; tenía su cara frente a la suya.

—Mi caballero —musitó echándole los brazos al cuello— ¿Me llevas en tu caballo? Y que sea lejos... muy lejos.

Pilar sonrió levemente.

—Se le ha subido un poco —dijo excusándola.

Habían logrado que se pusiera en pie, cogiéndola cada uno de un lado para ayudarle a andar. Ella se dejó llevar y miró a su hermana.

—¿Sabes que me regaló una pulsera después de haberse acostado con aquella tipa del anuncio de desodorante? ¿Cree que con eso me voy a olvidar de lo cerdo que es?

Se volvió entonces hacia Andrés.

—Tú me viste en sujetador... ahora te toca a ti enseñarme los calzoncillos.
—Y soltó una risita.

—¡Qué tendría ese licor! —exclamó Pilar—. Menuda la que ha pillado.

Aunque Lidia andaba por su propio pie, ninguno de los dos se atrevía a dejarla sola y la ayudaban a subir la escalera.

—Pili... estoy borracha —farfulló a media voz.

—Sí, ya lo veo.

—No debiste dejarme beber... voy a decir tonterías... ¿He dicho alguna?

—No, no has dicho ninguna.

Y ella miró de nuevo a Andrés, que seguía preocupado de que subiera con seguridad.

—¿Te vienes a la cama conmigo? —le dijo sonriéndole con descaro.

—¡Dios, sí que está buena! —murmuró Pilar un tanto avergonzada por ella.

—No quiero dormir sola —volvió a decir Lidia, y su voz sonaba cada vez más apagada—. Tú me gustas, mi caballero... dime que sí... Yo también puedo irme con otro... sí que puedo...

Se soltó del lado de su hermana, colgándose del cuello de Andrés. Habían terminado de subir los últimos peldaños, y mientras Pilar abría la puerta de su habitación, se quedó sosteniéndola. Tenía los ojos entornados y sabía que estaba bebida, pero aun así se sentía bien abrazándola, con su cabeza recostada en su hombro, como si quisiera acomodarse allí para pasar la noche.

Pilar abrió la puerta y le pidió que la dejara en la cama.

Él lo hizo despacio, sin embargo, Lidia no se desprendía de su cuello y no solo le abrazaba, buscaba su boca para besarle, aunque solo consiguió hacerlo en la comisura de los labios. Así mismo se produjo un pequeño forcejeo para al final desprender sus manos del abrazo, aunque tampoco él quisiera deshacerlo. Ella se revolvió en la cama, murmurando palabras incomprensibles, como si estuviera sosteniendo una conversación con alguien.

—Gracias, Andrés, ya me encargo yo.

Él, antes de salir por la puerta, la miró; parecía tranquila.

Pilar buscó la camisola de dormir de su hermana que encontró colgada en el perchero del baño y, como pudo, empezó a desvestirla.

—¿Por qué se ha ido? —saltó de pronto, abriendo mucho los ojos, como si algo le hubiese asustado—. Si no se queda vendrá él y no quiero que venga...

Pilar chistó para que no hablara.

—¿Por qué se ha ido? —volvió a preguntar ella—. Te digo que vendrá y querrá que me vaya con él... Y yo no quiero... quiero ir en el caballo...

—¡Madre mía, menuda cogorza se ha pillado! —suspiró Pilar—. Menos mal que están todos acostados.

Lidia se ponía la camisola dirigida por su hermana que la llevaba el brazo para que no se equivocara.

—Ahora a dormir, ¡eh! —le susurró mientras la arropaba.

—¿Dónde está? Dile que venga —volvió a decir.

—Menuda murga le ha dado —masculló Pilar para sí, y luego le habló al oído—. Mañana viene, ahora no puede.

—¿Por qué? ¿Aún me odia por lo del baile?

Pilar no entendía nada, pero intentó tranquilizarla.

—No te odia, además ya está durmiendo, como tú vas a hacer ahora mismo.

Lidia gruñó algo entre dientes, moviéndose inquieta de un lado a otro, hasta que pareció quedarse dormida y Pilar salió de la habitación cerrando despacio.

Andrés escuchó el murmullo de voces. Luego todo quedó en silencio, por lo que pensó que Lidia ya se habría calmado y estaría durmiendo. Pero él no podía hacerlo, no dejaba de pensar que no había averiguado lo que le ocurría, lo que había hecho que bebiese más de la cuenta. Y le alteraba de tal forma que lo único que lograba tranquilizarlo era recordar el paseo a caballo, cómo ella se agarraba a su cintura para no caerse... y sobre todo el

descubrimiento de las fotos que le había hecho, a él solo. Podían ser una señal evidente de que quizá...

Empezaba a sumirse en el sueño cuando un ruido le espabiló. Parecía el de una puerta y se quedó a la expectativa, escuchando. Inmediatamente sintió cómo se abría y cerraba la suya, y aunque apenas veía en aquella penumbra, era suficiente para distinguir la sombra de alguien acercándose a su cama. Y esa persona se metía entre sus sábanas, pegándose a él.

Su pelo largo le tapó la cara y sintió sus piernas suaves y cálidas enredándose entre las suyas. No decía nada, solo le besaba y él saboreó las cerezas dulces en la boca mientras sus manos comenzaron a acariciarle los hombros.

—¿Por qué te fuiste? —Y su voz era como un gemido ronco entre sus besos, a la vez que deslizaba las manos a sus brazos, luego a sus caderas...

Andrés permanecía quieto, sintiéndola encima y dejando que lo hiciera, hasta que empezó a acariciarle entre las piernas, riendo juguetona, excitándole cada vez más con sus movimientos insinuantes y su contacto. Se alzó entonces la camisola y pudo percibir sus pechos. Sí, lo eran, y sus pezones, y sus caderas, y creyó que iba a morir de deseo. Pero no podía dejar que continuara, estaba bebida, sin duda no era consciente de lo que hacía, a lo mejor ni siquiera de con quién. Y no podía aprovecharse de ello. Debía separarse, aunque por un instante no lo pudo resistir y también la abrazó y besó sus labios con una pasión desesperada e incontenible. Luego se giró, apartándola con cuidado de su lado. Ella protestó, pero enseguida se estiró en la cama y llevó los brazos hacia la almohada, pegándola contra su cara, y se quedó dormida.

Andrés permaneció sentado en el borde extremo de la cama pensando qué hacer. Una solución era dejarla allí e irse él a su habitación, pero cuando despertara y viese que estaba en la suya... No quería ponerla en un aprieto y decidió que lo mejor sería llevarla a su cuarto, pues con un poco de suerte no se acordaría de nada. Él tenía poca experiencia en borracheras, solo le pasó una vez y resultó de lo más desagradable porque se acordaba de todo lo que

había hecho, que fue estar metido en un baño vomitando hasta que no le quedó nada en el estómago. Confiaba que a ella no le pasara lo mismo.

Se levantó y abrió las puertas, tras lo cual fue a buscarla.

Había optado por llevarla en brazos para no despertarla, y al hacerlo ella se apoyó en su hombro, con el pelo tapándole por completo el rostro. Habló algo, o más bien era un susurro, cuando la dejaba en la cama. Se dio cuenta entonces de que tenía la camisola subida y rápidamente la cubrió con la sábana antes de volver a mirar. Ella se movió y con los ojos cerrados extendió los brazos manoteando en el aire como si le buscara.

—No me dejes —pudo entender que decía, y en su búsqueda logró asirle de un brazo, lo que le obligó a sentarse a su lado.

—Me gustas —dijo muy bajito— ¿Te gusto yo a ti?

No sabía si hablaba con él, pensó incluso si creería que era su novio, no obstante, respondió.

—Sí, me gustas mucho.

Ella sonrió soltándole y se volvió de espaldas, con los brazos extendidos y la respiración pausada. El reflejo del cielo que venía desde la ventana caía sobre la curva que dibujaba el contorno de su cuerpo, y sin poderlo evitar deseó tocarla, pero en lugar de eso se levantó y salió despacio.

Desde el tramo de escalera que conducían al ático, Pilar se había quedado quieta al ver cómo se abría la puerta de la habitación de su hermana. Andrés, que solo vestía unos calzoncillos tipo *boxer*, salía como a hurtadillas y miraba durante unos segundos hacia el interior del cuarto, luego cerró sin hacer el más mínimo ruido y se fue al suyo con igual sigilo.

Ella seguía paralizada por la sorpresa, sin mover un pie por si crujía la madera de algún escalón, y su primera reacción fue la de subir enseguida y entrar en su habitación para pedirle explicaciones. Sin embargo, se contuvo; primero debía ver como estaba su hermana y terminó de subir, abriendo con cuidado.

Lidia dormía plácidamente; estaba bien arropada, con tan solo los brazos fuera del embozo, abrazando la almohada y el pelo revuelto le tapaba parte de

la cara. No le pareció que hubiese ocurrido nada anormal, y salió de nuevo tan silenciosa como había entrado, regresando a su habitación.

Su marido se había apoderado de toda la cama y dormía boca arriba, respirando fuerte, con lo que tuvo que moverle para acostarse. Se acurrucó junto a él, pero tardó en conciliar el sueño. Conocía a Andrés de cuando fueron vecinos y nunca le había llamado la atención porque era demasiado tímido, y desde luego no destacaba por su simpatía o atrevimiento. Ahora le gustaba más, aun así, no encontraba explicación ni sentido a lo que acababa de suceder, pues no parecía que... No le pegaba en absoluto.

DIA 3

VISITA TURÍSTICA

Cuando Pilar entró en el comedor vio que todos estaban sentándose a desayunar, aunque enseguida se dio cuenta de que faltaba su hermana. Se fue entonces a la parte más alejada de la mesa bufet y le hizo un gesto a Andrés para que se aproximara.

En cuanto estuvo a su lado le espetó sin más:

—Anoche fui a ver cómo estaba Lidia y te vi saliendo de su habitación.

Le miró fijamente, y él se dio cuenta enseguida de lo que estaba pensando. En unos segundos tuvo que improvisar, porque lo que tenía claro es que no iba a decir lo que había pasado.

—Ella... oí que se levantaba y la llevé otra vez a la habitación.

No sabía si había sido convincente, si le creía o no, y aunque no era todo, esa parte sí se correspondía con la verdad.

Pilar le observó un tanto recelosa, pero no podía acusarle de nada, ni siquiera de sospechas. Tampoco creía que hubiese hecho nada malo; habría sido una estupidez por su parte estando todos allí.

—No debió beber tanto —repuso sirviéndose unas tostadas—. Fue culpa mía, sabía lo mal que estaba, el idiota de su novio la llamó un montón de veces.

«Así que era por eso» pensó Andrés. Pero no se atrevió a preguntarle; después de todo había salido airoso del apuro y no quería que con su interés fuera a sospechar algo.

En la mesa del desayuno Fermín observaba cómo su mujer hablaba, o más bien cuchicheaba, con Andrés.

—Cuidado con ese, le gusta a la camarera y ahora tu mujer parece tener secretos de los que no quiere que nos enteremos —se le ocurrió a Quique al verle tan pendiente de ellos.

Y sonrió, hasta que Gloria lo fulminó con la mirada y bajó la voz para contarle a Ricardo lo ocurrido con la chica que trabajaba en el hotel.

—Como el soso de mi cuñado no le hizo caso, ella se buscó a otro, tú no veas cómo se morreó con el chico de los caballos.

En cuanto se sentó, Andrés supo por sus miradas que habían estado hablando de él.

—Estos dicen que quieres ligar con mi mujer —le dijo Fermín con sorna.

—¡Qué gilipollas sois! —saltó Pilar. Ellos se carcajearon de nuevo, y se dirigió a Andrés—. Tú no les hagas caso, a estos les gusta meterse los unos con los otros, y como eres nuevo, te ha tocado el privilegio.

—A veces son peores que los críos —comentó Leonor con la boca llena.

—¡Ah, claro! —exclamó Quique—. Pues ayer bien que os cachondeasteis de mí, os fuisteis todos de paseo y me dejasteis solo.

Fermín le dio con el codo a Andrés.

—¿No te dije que lo sacaría?

—Sois unos cabrones y...

Su mujer no le dejó seguir al recriminarle con la mirada.

—No fue para tanto —empezó Ricardo—, encima que te dejamos dormir... Si te despertamos a lo mejor te habría sentado mal.

—Claro, es preferible que os larguéis sin decirme nada.

—¿Qué crees que te iba a pasar? —repuso Fermín—. Como mucho, quizá se te subió una lagartija o te rondó una abeja mientras dormías.

—O una araña —rio Leonor.

Gloria se estremeció solo de pensarlo.

—No sigáis con eso, por favor.

—A propósito, ¿y Lidia? —preguntó Leonor.

Pilar miró fugazmente a Andrés.

—Se habrá quedado dormida, voy a llamarla.

—Tú termina, ya bajaré —dijo su marido, pero ella ya salía por la puerta.

—Más que dormida, yo creo que ayer le dio al licor más de la cuenta —le susurró Quique a Ricardo.

Pilar entró sin llamar. Su hermana estaba tumbada en la cama, aunque despierta y vestida, con la mirada hacia la ventana, y no se movió al oírla entrar.

—¡Buenos días, dormilona! —le dijo alegremente y se sentó a su lado—
¿Por qué no has bajado? ¿O es que te pasa algo?

Lidia volvió el rostro hacia ella.

—Pili... —empezó a decir, pero se calló y miró de nuevo hacia arriba.

—Dime.

No arrancaba a hablar y le pasó la mano por el brazo, como si lo frotara para que entrase en calor.

—Creo... no estoy del todo segura... pero creo que anoche me acosté con Andrés... Fui a su habitación y me metí en su cama... aunque al despertarme estaba aquí.

—¿Estás segura? —preguntó Pilar.

—No lo sé, quizá lo soñé, porque también hablé con Guillermo, le dije que iba a acostarme con otro, que haría igual que él y me iría con el primero que se presentara... y le dije que conocía a uno muy guapo que tenía un caballo. Luego me levanté, lo recuerdo perfectamente, mientras en mi cabeza le oía reírse de mí diciéndome que no sería capaz —respiró hondamente—. Entonces fui a la habitación de Andrés y me metí en su cama.

Pilar la escuchaba mientras ella no apartaba los ojos de la ventana abuhardillada.

—Le besé —siguió—, y también le acaricié... pero no sé qué más pasó.

Pilar lo vio claro; sin duda lo que contaba había sido así y Andrés, al decirle otra cosa, la protegía. ¿O lo hacía por sí mismo?

—¿Me emborraché? —preguntó entonces, mirándola.

Pilar afirmó con la cabeza.

—¿Qué hice? —preguntó de nuevo.

—Bueno, afortunadamente nadie se enteró, excepto Andrés y yo, que te trajimos.

—Andrés... ¿Le dije algo?

—¿Si le dijiste? —Y se rio con ganas—. Un montón de barbaridades, entre ellas que querías verle los calzoncillos porque él te había visto en sujetador.

Lidia se llevó las manos a la cara mientras Pilar seguía contándole.

—Que te montara en su caballo, que era tu caballero o algo así. Luego le abrazaste y no había forma de desprenderte de él, no querías que se fuera e incluso le besaste.

—¡Oh, Dios! ¡Qué vergüenza! —se lamentó.

—El pobre creo que estaba cortado, no sabía qué hacer. La situación fue de lo más surrealista, y es verdad que te levantaste, él me lo ha dicho, pero volvió a traerte.

—Entonces... a lo mejor es cierto que me metí en su cama.

—Recuerda que también crees haber hablado con Guillermo; sin duda lo has soñado.

Sin embargo, a Lidia le venía la imagen, quizá algo borrosa pero real, en la que estaba encima de él y le tocaba. Luego no recordaba más.

—¿Qué habrá pensado de mí? No voy a poder mirarle a la cara. —Y le entraban ganas de salir corriendo.

—Vamos, Lidia, no te agobies más, él sabe que todo fue por culpa de ese puñetero licor.

—Aun así, ¿qué tengo a mi favor? Solo que hice una escena vergonzosa, pero como estaba borracha perdida...

—No seas tan dura, esas cosas le pasan a mucha gente sin que sean lo que tú dices, pero si quieres puedes hablarlo con él, dile que sientes lo que pasó,

no sé... Lo que sí tienes es que bajar a desayunar antes de que los demás piensen que te pasa algo.

—¿Crees que él se lo contará, quizá a su hermana?

—No lo creo, parece un chico discreto, no me pega que vaya contando esas cosas, y no le des más vueltas, pasado un tiempo nos reiremos de esto — le dijo esbozando una sonrisa mientras se ponía en pie.

—Pero ahora no —repuso ella.

Cuando Andrés subía las escaleras se cruzó con Araceli.

—Ya se ha levantado la bella durmiente —le informó con guasa, pero él siguió subiendo sin replicarle nada.

Al llegar arriba se encontraron de cara. Salía de la habitación y no parecía atreverse a mirarle directamente, solo hizo una mueca de media sonrisa y balbució un «buenos días». Se dirigió enseguida a las escaleras y él se quedó aún en el rellano, sin saber qué pensar.

El plan para ese día, al menos hasta la hora de la comida, estaba claro. Primero irían al pueblo, Conrado había hablado con el cura y después de la misa les dejarían subir al campanario. Luego visitarían el monasterio con su claustro que además tenía «elementos arquitectónicos de gran valor artístico que databan del siglo XVI», había leído Ricardo en el folleto. Y, por último, volverían a la casa a comer en el porche. Dora les prepararía su arroz especial, un tipo de paella a su estilo, algo «exquisito» dijo su marido. Después, y sabiendo su tendencia a alargar las sobremesas, verían a la hora que terminaban para decidir qué hacer.

El pueblo estaba cerca y fueron por el camino rural que les evitaría la carretera y el tráfico. Tenía unos tres kilómetros y transcurría entre campos cultivados y olivos de troncos retorcidos separados por muros bajos de piedra granítica.

Habían formado tres grupos. Quique y Ricardo iban primero, luego las cuatro mujeres, y Fermín y Andrés los últimos hablando de baloncesto.

—El sábado que viene voy con Ricardo y un compañero de trabajo a un partido, ya sé que no es como la NBA, pero si te apetece venir con nosotros... y por Quique no te preocupes, nunca viene, no le gusta.

Andrés se lo agradeció y dijo que contarán con él.

—Oye, respecto a Lidia, me dijo mi mujer que su novio llamó ayer muchas veces. Verás cómo se sale con la suya, no sabes la labia que tiene el tío.

—¿Ella habló con él? —le preguntó; tenía que hacerlo, aunque le comprometiera.

Fermín le miró con atención.

—No, pero no te fíes, ese como quiera volver... le creo capaz de cualquiera cosa. Te lo dije ayer, si te interesa tienes que espabilar.

—Pero si ella no...

La miraba. Caminaba varios metros por delante, vestida con un pantalón oscuro y una chaqueta azul, con el pelo suelto cayéndole por la espalda.

—Si no te corresponde tendrás que aguantarte, qué le vas a hacer... —dijo Fermín—. Aunque antes de llegar a eso deberías preguntárselo al menos. Yo también era como tú, un cortado, y cuando conocí a Pili salía con uno que estaba como una regadera, amigo mío además, y mientras se decidía o no, le eché valor y me colé en medio.

—¿Le quitaste la novia a tu amigo? —preguntó Andrés.

Fermín se alzó de hombros.

—No llegaron a ser novios formales, salían juntos, pero casi siempre estaba entretenido en cosas raras como tirándose en paracaídas un día, en parapente otro, incluso se cruzó el estrecho en una tabla de surf... Hasta que hace tres años se mató haciendo *puenting*, se abrió la cabeza por la mitad.

—¡Vaya!

—Sí, lo sentí por el pobre, además era un buen tipo, no se enfadó conmigo por irme con Pili, vino incluso a nuestra boda y nos regaló un jarrón horrible que guardamos en el trastero. —Tardó unos segundos en volver a hablar—.

Ya te digo, no soy un hombre lanzado, menos aun cuando tenía veinticuatro años que es cuando la conocí, pero me gustaba mucho y le di la lata hasta que salió conmigo.

—¿Tú crees que volverá con él? —preguntó al rato.

—¡Quién lo sabe! Esperemos que no.

Lidia se había parado a hacer unas fotos y sus compañeras siguieron andando. Cuando Andrés y Fermín llegaron a su lado este último se excusó y apresuró la marcha para alcanzar a sus amigos.

—Es muy bonito esto —dijo ella mientras él permanecía callado, viendo cómo fotografiaba unos olivos de troncos retorcidos rodeados por la hierba que doraba la luz del sol. Luego enfocó las casas que se empezaban a divisar a lo lejos y al grupo de amigos que andaba por el sendero con la sierra al fondo que empezaba a cubrirse de nubes. Pero no pudo seguir, sabía que tenía que aclarar las cosas con él, bajó la cámara y la apagó.

—Tenemos que hablar de lo de anoche —dijo sin mirarle, reanudando la marcha.

Andrés iba a su lado sin saber si debía ser el que continuara, cuando ella añadió:

—Mi hermana me ha dicho que te vio salir de mi habitación, y que tú le dijiste que me llevaste de nuevo a ella porque me levanté.

—Sí, así fue.

Lidia le miró con mayor fijeza.

—Pero no es eso lo único que sucedió —repuso seria—. Fui a tu habitación y me metí en tu cama, lo recuerdo perfectamente.

Si tenía alguna duda al respecto, la expresión de la cara de él se lo confirmó.

—No le dijiste a Pili que entré y te puse en un aprieto, y no pasó nada porque tú fuiste, lo que se dice, un caballero.

Esto último lo expresó en un tono de áspera desconfianza, y Andrés al oírlo se sintió ofendido.

—¿Crees que iba a aprovecharme de la situación?

Lidia se dio cuenta del significado de su insinuación.

—Perdona, no quise... además no recuerdo que hicieras nada, fui yo la que te puso en ese aprieto, y quiero que sepas que no era consciente de lo que hacía... o lo que es peor, estaba borracha porque no estoy acostumbrada a beber, me pasé y... —Se detuvo y le miró con los ojos brillantes, humillada—. Discúlpame, por favor.

Él también se sintió mal; sabía que por un instante sí había hecho algo que ella parecía no recordar, aunque solo hubiese sido un beso, y no uno cualquiera sino el más apasionado que había dado en su vida. E iba a confesárselo cuando Leonor empezó a llamarla a gritos.

—Lidia, haz fotos a esos corderitos —le pidió nada más acercarse— ¡Qué tiernos y qué bonitos son!

—¡Ah, sí! —exclamó su marido—. Y las chuletitas no veas lo ricas que están.

Gloria y Pilar le increparon. No querían que les recordase como comida, aunque los comiesen, y se rieron siguiendo el camino con Andrés que se unió a ellos.

Lidia hacía fotos rodeada de aquellas madres humanas a las que se les caía la baba de ternura viendo a los animales, mientras Leonor señalaba a uno que mamaba, y eso le hizo recordar de nuevo lo mucho que le habían dolido los pechos los primeros días.

—Era insoportable, parecía que en lugar de un bebé tenía un *alien* que me iba a arrancar los pezones de cuajo.

El pueblo no era muy grande y casi todas las casas tenían fachadas de piedra o estaban pintadas de cal, con las tejas grises o rojizas. Bajaron por la calle principal, pavimentada en cemento, hasta acabar en una plaza. Era amplia, y en el centro había una farola de cuatro brazos rodeada por unos bancos de granito y árboles que les daban sombra. Pero lo que más destacaba

era el ayuntamiento, un edificio de piedra que ocupaba unos de los laterales, porticado con sencillas columnas y una hilera de balcones en la segunda planta; del central pendían de sus mástiles tres banderas. Luego estaba la torre, con el reloj marcando las once y veinticinco. Recordaron que Conrado les había dicho que hasta las doce no terminaba la misa, y aún faltaban veinte minutos cuando llegaron a la iglesia.

La puerta del templo estaba abierta, y de dentro les llegó el sonido de voces cantando con acompañamiento de guitarras. Gloria, al oírlo, sugirió que podían entrar.

—Por nada del mundo me trago ese rollo —dijo Quique, y con el resto de los hombres se quedó fuera.

Ellas se sentaron en los bancos más cercanos a la puerta que también resultaron ser los próximos a los altavoces que multiplicaban el sonido que provenía del coro compuesto por un chico y una chica que también tocaban la guitarra y dos mujeres de mediana edad.

—Lo hacen muy bien —susurró Gloria al oído de Leonor.

Y Leonor se acababa de dar cuenta de que hacía más de un año que no pisaba una iglesia. Antes lo hacía más a menudo, aunque tampoco fuera muy constante, y siempre con su madre, pero desde que estaba con aquel hippie... Si su padre levantara la cabeza y la viese con aquellas túnicas y el pelo teñido de violeta, no la reconocería. Y pensó que no le extrañaría nada que cualquier día le saliese con que se había convertido al hinduismo, al budismo o algo por el estilo.

Miró entonces a sus amigas, de las que no podía asegurar si eran creyentes o no. En el caso de Gloria, estaba convencida de que si no hubiese oído las guitarras no habría entrado; la música le atraía como si fuera uno de los ratones del cuento del flautista de Hamelin. En cambio, para Pilar aquello debía formar parte del viaje, una de las actividades pintorescas. Y respecto a Lidia... no la conocía como a las otras, pero su expresión distraída le hacía pensar sin miedo a equivocarse que no debía interesarle mucho la religión.

Lidia miraba las vidrieras, cautivada por los efectos de luz que se filtraba

por ellas, preguntándose si sería capaz de captarlos con la cámara. Luego llevó la vista por la nave central hasta llegar a la esbelta cúpula y el retablo policromado del altar con los adornos florales... El sonido del pequeño coro y las guitarras había vuelto a elevarse, así como el canto de los feligreses, y cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados para que a su mente volvieran las imágenes de lo sucedido la noche anterior. Sus manos tocaban la piel de Andrés, también su cuerpo notaba el suyo y él la envolvía con sus brazos, o ella lo envolvía a él... Y un escalofrío le recorrió por entero, pero no supo discernir si era una sensación agradable o todo lo contrario.

—Qué largo es esto —le sacó su hermana de su delirio, arrimándose a su oído—. Si lo sé me quedo con los chicos, seguro que se han metido en algún sitio a tomar algo.

El bar estaba cerca de la iglesia, antes de llegar a la plaza. Era un lugar pequeño y oscuro, y el dueño, un hombre de baja estatura que cojeaba débilmente, les preguntó con una gran sonrisa qué querían.

—Siempre es interesante probar el vino de la casa —sugirió Ricardo.

Él y Fermín lo pidieron, mientras los otros optaron por una caña de cerveza. Y con la consumición les pusieron un plato con aceitunas.

—¿Están hospedados en El Mirador? —preguntó el del bar.

Ellos contestaron que sí.

—Entonces deben ser los que se cayeron en la cuneta... —empezó a decir uno de los pocos clientes que había y que se acercó a su lado para comunicarles que fue su hijo el que los sacó del hoyo con el tractor.

—Vaya, hombre, qué pequeño es el mundo —murmuró por lo bajo Ricardo, y luego más alto dijo al hombre—: Tómese un vino que le invitamos por su ayuda, bueno, la de su hijo.

Él lo agradeció y apuró un vaso.

—Tuvieron suerte —les contó—, no pensaba ir, pero como dicen en la tele que va a llover, fue a adelantar trabajo.

Cuando vieron pasar gente por la calle y que el bar empezaba a llenarse, dedujeron que habría terminado la misa y se apresuraron en ir a reunirse con las mujeres.

Esperaron al cura sentados en un banco de piedra adosado a la fachada. Pero no fue él sino un chico de no más de doce años el que los acompañó para abrir la puerta que conducía al campanario. Y por ella entraron Lidia, Andrés y Fermín, mientras el resto se quedaba hablando con el sacerdote.

«Me tocó fastidiar a la parejita», pensó para sí, pero tenía interés en saber cómo era un campanario y avanzó el primero por los empinados escalones.

La altura de aquella torre debía corresponder a un cuarto o quinto piso, y la escalera de piedra en forma de caracol ascendía en medio de la penumbra; apenas se veía y había que intuir tanteando con los pies, salvo cuando pasaban junto a los pequeños ventanucos que les daban un respiro de luz y aire.

Al llegar arriba por fin, todo pareció inundarse con la claridad del día. Unas palomas posadas en el alfeizar salieron volando por una de las ventanas dobles en forma de arco que había en cada una de las paredes, además de otras más arriba donde se veían las campanas. Eran dos, una más grande que la otra, y de ellas colgaban gruesas cuerdas que se perdían en el hueco de la escalera.

Lidia se asomó a una de las ventanas, con cuidado porque le llegaban a la altura de las rodillas. Abajo vio al grupo de amigos y Fermín se acercó asomándose, llamándoles a voces.

—¡Tened cuidado! —oyeron a Leonor.

Lidia miró entonces a lo lejos. Andrés le señalaba la montaña y ella se quedó observando la cumbre con la nieve y las nubes blancas aprisionadas en lo alto, muchas más de las que había visto cuando andaban hacia el pueblo.

Se llevó la cámara a la altura de los ojos y enfocó. Por el visor y ampliando el *zoom* captó una parte de la sierra que le recordó a una de las

fotos de la casa rural. Pero en esa vista no había un día de tormenta, y ampliando más logró enfocar la zona del Pico Almanzor.

—Bueno, chicos —dijo Fermín—, yo me bajo.

—Espera un poco, quiero hacer algunas fotos más.

—Andrés se queda contigo, ¿verdad, chaval?

Él respondió inmediatamente que sí y Fermín le hizo un gesto de complicidad antes empezar a bajar.

—No es que me importe quedarme sola, pero gracias de todos modos —le dijo ella, y enseguida se volvió hacia otra de las ventanas.

Las corrientes de aire que circulaban por todas partes hacían balancear las cuerdas de las campanas, como lo estaban haciendo con el pelo de ella; Andrés se fijó en cómo parecía flotar, y al ponerse delante de la cara lo apartaba, sujetándosele detrás de las orejas. Porque el aire no le incomodaba, seguía disparando con su cámara y de pronto, cuando estaba enfocando, una cigüeña se aproximó aleteando hasta lo alto del tejado del campanario, donde estaba el nido, y antes de desaparecer de su vista pudo captarla en varias instantáneas.

Se acercó a Andrés para enseñárselas, y su cabeza se pegó a la suya para que pudiera ver aquellos primeros planos del ave. Se veían perfectamente sus alas, el pico rojo, las largas patas replegadas hacia atrás... Lidia le miró porque se había percatado de que él no se fijaba en las imágenes de la cigüeña; se fijaba en ella.

—Tengo que hablarte sobre lo que sucedió anoche —le dijo, y ella se quedó esperando sus palabras—. Yo, cuando estuviste conmigo...

La miraba a los ojos y no pudo continuar. Se acercó aún más hasta que sintió que la cámara quedaba aprisionada entre los dos, estorbándole para lo que quería hacer, que era besarla. La apartó entonces, pero no debía tenerla colgada y cayó al suelo en medio de un golpe seco.

Ella se agachó inmediatamente a recogerla, y se quedó allí acuclillada, oprimiendo los botones una y otra vez, comprobando que en el visor solo aparecían signos extraños que no entendía.

—¿Se ha estropeado? —preguntó él.

No contestó enseguida, pulsó de nuevo el disparador que no parecía funcionar y alzó la vista.

—No sé, Guillermo lo sabría.

Dijo aquello sin pensar, y él en un hilo de voz se disculpó.

—Lo siento... lo siento mucho.

En ese momento creyó que se derrumbaba, y no por haberle roto la cámara, sino porque ella había nombrado a su novio. Y Lidia lo hizo sin darse cuenta, solo porque se la había regalado él y le enseñó a utilizarla. La primera vez fue cuando estuvieron en Venecia con motivo de la Bienal. Luego en Roma no dejó un rincón sin fotografiar mientras él trabajaba en un desfile como reportero gráfico acreditado. Y sobre todo en las últimas vacaciones en Mallorca, la puesta de sol que le ayudó a capturar en una fantástica imagen que tenía de salva pantallas en el ordenador de su trabajo. Por todo eso su nombre había salido de sus labios; esa cámara que tanto le recordaba a él quizá estaba rota, y ya no volvería a funcionar más.

Miró a Andrés que seguía con aquella expresión de desamparo tan parecida a la del chico tímido con el que se cruzaba por las escaleras años atrás. Y de pronto recordó que él había intentado besarla.

—Te compraré otra.

Eso le dijo, y Lidia sonrió, no por sus palabras sino por lo que acababa de pasarle por la cabeza. Aquella cámara era lo que había conservado de Guillermo, lo que le hacía tenerle presente, y justo cuando otro se acercaba a ella, caía y dejaba de funcionar. Si fuera supersticiosa o creyera en algún tipo de destino oculto, sin duda podría encontrar conexiones entre aquellos acontecimientos.

Alguien subía, oían sus pasos con una respiración agitada, y ambos se quedaron a la expectativa.

—Menuda subidita. —Venía diciendo Ricardo, y en cuanto asomó se quedó mirando hacia arriba, a la parte baja de las campanas, y manoseó las cuerdas—. Me gustaría tocarlas, pero a lo mejor al cura no le hace gracia.

Terminó de subir y se aproximó a la ventana, gritando a los de abajo, en especial a Quique para que subiera.

—Ya viene —dijo volviéndose—. Mira que es cabezón, le gusta hacerse de rogar.

—Puede tener agujetas de ayer —comentó Andrés.

—Seguro, pero ni se lo insinúes —miró a lo lejos—. Vaya vistas... es verdad que da la sensación de estar en lo alto de la torre de un castillo. ¿Qué tal las fotos?

Le había hecho la pregunta a Lidia que acababa de darse por vencida; la cámara no funcionaba, o al menos ella no sabía cómo hacerlo.

—Bien —repuso ella—. Ya he terminado, voy a bajar.

—Nosotros nos quedamos a esperar a ese.

Andrés habría preferido ir con ella para volver a disculparse, pero Ricardo captó su atención. No solo aguardaba a su cuñado, sino que empezó a contarle algo que les había dicho el cura.

—Las primeras campanas se las llevaron durante la Guerra de Independencia contra los franceses para fundirlas y hacer balas de cañón, así que estuvieron años sin ellas, hasta que un ricachón del pueblo las compró. Nos dijo que en ellas está inscrita la fecha del hecho y el nombre del paisano.

Lidia se cruzó con Quique que subía despacio, medio jadeando, y al verla le preguntó si quedaba mucho.

—Aún la mitad —contestó.

Murmuró algo entre dientes y continuó. Ella, por su parte, bajaba también despacio, le molestaban las piernas, pero no pensaba mucho en eso; tampoco en la cámara. Lo hacía en Andrés. No sabía si aquel acercamiento por su parte lo había producido ella dándole a entender que le interesaba cuando le enseñó las fotografías que le hizo, y además estaba lo sucedido aquella noche, cuando se metió en su cama...

—Dice Fermín que las vistas son preciosas —interrumpió sus pensamientos su hermana que estaba junto a la puerta.

—Es cierto, ¿por qué no subes?

—Son muchas escaleras y no me gustan las alturas... Ya me enseñarás las fotos que hiciste.

Lidia miró de nuevo la cámara. Volvió a dar el botón y nada.

—¿Pasa algo? —le preguntó Pilar.

—No. —Sonrió y dijo lo primero que se le ocurrió—. Me he quedado sin batería y el cargador lo dejé en casa.

Después del campanario fueron a ver el claustro del Monasterio. Eran unas ruinas entre las que los gatos parecían campar a sus anchas, y donde aún seguían en pie varias columnas con sus capiteles de relieves con escenas bíblicas. También se conservaba una parte del techo de madera tallada, «inspirado en el de San Juan de los Reyes de Toledo», comentó Ricardo que lo había leído en el folleto.

Leonor le preguntó a Lidia que por qué no hacía fotos, y ella le dijo lo mismo que a su hermana, que se había agotado la batería. Y miró un segundo a Andrés que permanecía serio, quizá porque se sentía responsable de lo ocurrido.

Cuando volvían, cerca de las dos, el sol pegaba fuerte, hacía calor y todos se habían quitado las chaquetas o jerséis, menos Quique que había ido en mangas de camisa.

—Vi en el periódico que mañana va a llover —les informó Ricardo.

—Pero sería a última hora —dijo Gloria.

—Estos lo que quieren es ver el fútbol —saltó Leonor—. Si no les conociera...

—Mujer, es a las ocho y media, y si llueve no sé dónde vamos a ir.

Siguieron discutiendo sobre el asunto un rato. Quique, con su mujer de la mano, pasaba de la conversación, no le gustaba el fútbol, y Leonor y Pilar hablaban con Lidia. Andrés, por su parte, se sintió descolgado del grupo, ni hacía caso ni ellos reparaban en él. Aunque se equivocaba; Lidia lo miraba

por el rabillo del ojo, y de una forma bien distinta.

Cuando llegaron Araceli estaba poniendo los platos en la mesa del porche. Les saludó y Andrés no hizo ni un gesto cuando la chica le sonrió porque le había sorprendido mirando a Lidia que subía hacia la habitación.

—Si ella no te hace caso... —dijo con una risita cómplice arrimándose a él.

—Déjame en paz —le habló más brusco de lo que quería, pero pensó que era la única forma de que lo entendiera.

Ella, en lugar de enfadarse, se echó a reír con ganas.

—Vaya, sí que estás coladito por la princesa. —Y siguió riendo de camino a la cocina.

Ricardo pasaba en ese momento y los vio; la chica no dejaba de reír y Andrés, con expresión enojada, subía las escaleras de dos en dos.

La paella estaba deliciosa, y Gloria estuvo tentada de pedirle la receta a Dora, pero en lugar de hacerlo diseccionó con sus amigas los ingredientes, aunque no se ponían de acuerdo en si tendría pimentón o no. Luego tomaron el postre, una tarta casera que no ignoraron y de la que Leonor dio cuenta hasta las migas. Siguió a continuación el café, con la larga sobremesa...

Los amigos se apartaron mientras Quique fumaba un cigarrillo, y Ricardo aprovechó para contarles que había visto a la chica que les servía la comida con Andrés, y cómo ella se reía, al parecer de él.

—Tu cuñado es un ligón —dijo Ricardo.

—Es ella la que lo busca —opinó Fermín—. Creo que el pobre está cortado, no sabe qué hacer y me dan ganas de decírselo a Conrado.

—No te metas —repuso Quique expulsando lentamente el humo por la boca—, ya es mayorcito para defenderse de esa cría, y si al final quiere algo con ella...

—Seguro que no, más bien es con mi cuñada con la que puede que esté

empezando algo.

El comentario de Fermín hizo que los otros se fijaran con detenimiento. Lidia estaba inclinada con los brazos apoyados sobre la mesa, hablando con Pilar y Gloria, y Leonor, por su parte, le tenía cogido por banda a Andrés que parecía escuchar con atención, aunque giraba de vez en cuando la cabeza para mirar a Lidia.

—Sí que es verdad —comentó Ricardo—. Aunque bien puede estar pidiendo auxilio; como mi mujer le esté contando algo sobre partos y embarazos lo tiene claro.

Quique no pensaba en esa posibilidad. Había cosas extrañas en su cuñado a las que no encontraba sentido, pero si esa chica le gustaba... Y de repente todo le encajó: Lidia era amiga de Begoña y él había estado dos semanas en su casa hasta que alquiló el piso, allí la habría visto y le gustó, por eso se había ido con ellos al viaje... Volvió a echarles una mirada mientras Ricardo hablaba del partido y si las mujeres se iban a enfadar si lo veían.

Andrés lanzaba ojeadas a Lidia que continuaba conversando con las amigas, y lo hacía con disimulo hasta que la desvió por un instante y se encontró con la mirada fija de su cuñado. Quique le observaba a su vez, y en su boca se dibujó una mueca de sarcasmo después de echar el humo del cigarro, y que le hizo traslucir que se daba cuenta de lo que pensaba.

La sobremesa se alargó. Eran las cuatro y veinte y no se habían movido del porche. Quique y Ricardo tomaron un segundo café, y Fermín hablaba con Conrado de las rutas que se hacían en la zona de Gredos cuando a Pilar se le ocurrió preguntar qué plan había para esa tarde. Pero todos parecían estar perezosos. Gloria y Leonor preferían quedarse allí disfrutando de la tranquilidad, y la embarazada apuntó que ya habían hecho muchas cosas esa mañana.

—Al menos no nos acostaremos tan pronto como anoche —dijo Pilar.

Fermín y Ricardo se miraron; lo que tenían claro es que ellos verían el partido.

Lidia, por su parte, preguntó a Conrado si existía la posibilidad de ir a la finca de los caballos a montar. No quería quedarse allí toda la tarde e intentó convencer a su hermana y a su cuñado para que fueran con ella cuando el dueño del hotel le confirmó que podían acercarse.

—Yo iría, pero me duele todo el cuerpo —contestó Fermín, que se giró hacia Andrés— ¿No te importaría ir con ella?

—En absoluto.

—Pero prometedme que seréis prudentes —les pidió Pilar.

—¡Eso! —saltó Leonor—. Tened cuidado, que ya salimos bien de lo de ayer.

—Nico está en la finca y si quiere puede darle alguna clase —dijo Conrado, y eso pareció tranquilizarlos a todos.

Los dos subieron a ponerse ropa y calzado apropiado, y antes de entrar en la habitación Lidia se detuvo.

—Quizá te he puesto en un compromiso...

—Para nada, me gusta montar y lo prefiero a quedarme ahí sentado.

—Quique, ve a llevarlos —le pidió Gloria a su marido, con su tono de voz suave pero que no daba opción a réplica.

Él dio un respingo. Estaba recostado en aquella butaca tan cómoda, disfrutando de su cigarrillo, y ya que intentaba reducir su consumo no quería que nadie lo interrumpiera.

—Voy yo —se ofreció Fermín, y se levantaba cuando Gloria le hizo sentarse.

—No —insistió—. Va Quique.

Él aplastó el cigarrillo que solo llevaba a medias contra el cenicero, no sin pensar cuando lo hacía en que de nuevo «el niño de la casa» le fastidiaba. Y no disimuló su mal humor cuando al ir a subirse al coche Andrés, que pensaba sentarse detrás con ella, casi le rugió.

—Tú aquí, que no soy un chofer.

—Podemos ir andando, no está lejos —dijo todo lo amable que pudo mientras se sentaba a su lado.

—Tu hermana quiere que os lleve, y si ella quiere que os lleve yo lo hago y punto.

Y eso fue todo lo que hablaron en aquel trayecto, que afortunadamente era corto.

—Volveremos andando —dijo Andrés cerrando la puerta.

—Mejor —repuso él, y antes de irse le llamó para que se acercara—. Cuidado con las tonterías; si quieres impresionarla, cómprale flores.

Andrés se quedó perplejo, pero antes de responderle ya maniobraba para dar la vuelta, y retomaba el camino en medio de una nube de polvo.

Nico había ensillado a Luna y terminó de hacerlo con el tordo con la ayuda de Andrés.

—Esta mañana llevé a una pareja de turistas que se alojan en el Parador —le contaba mientras ajustaban el arnés—. Eran alemanes y el hombre se pegó tal hostia al subir... Yo le había dicho que esperase, que iba a sujetar al caballo, pero o no me oyó o no entendió, y al ir a poner el pie en el estribo la yegua se movió y se calló todo lo largo que era. No se hizo nada, pero tuvo la puntería de poner una mano en medio de una mierda recién puesta. Me reí... y la mujer no vea, creo que no paró en todo el camino, le farfullaba algo al marido y vuelta a reír, aunque a él no creo que le hiciese maldita la gracia.

Y Nico volvió a reírse recordándolo.

—Como usted sabe, supongo que no necesitan... —empezó a decir en cuanto ayudó a Lidia a subir a la yegua.

Estaba con un empleado limpiando las cuadras.

—Sí, no te preocupes, yo me encargo —y se volvió hacia Lidia—. Ya oíste, seré tu maestro si te parece.

Ella movió la cabeza afirmativamente, lista para seguir sus instrucciones.

—Sujeta las riendas y ya te indicaré lo que tienes que hacer.

Andrés no subió a su caballo, lo llevó de las riendas mientras sujetaba a la

yegua por el bocado, haciendo que fuera al paso. Lidia miró al frente, sintiéndose bien, incluso importante y valiente porque no tenía el miedo de la primera vez; lo que parecía imposible hacía dos días ahora era real, montaba a caballo y se atrevió a preguntar ilusionada:

—¿Voy a poder galopar?

Él la miró casi embelesado, su pelo recogido, los mechones rebeldes sueltos y su expresión de entusiasmo... No pudo evitar pensar que estaba loco por ella.

—¿Podré? —volvió a preguntar.

—No tengas prisa, iremos poco a poco.

Y la tarde pasó tan rápido que cuando quisieron darse cuenta empezaba a bajar el sol. Andrés había estado ayudándole a manejar bien las riendas y solo se había subido a su caballo cuando ella pareció controlarlo mejor.

—Recuerda lo que te dije, en lo posible sigue el ritmo del caballo con la cadera, manteniendo las rodillas pegadas... y no subas las riendas, tira de ellas como yo te diga.

Lo estaba haciendo, y notaba que cada vez le salía mejor.

—Muy bien. Ahora tira de la rienda hacia su cuello para girar al lado contrario.

Ella lo hizo y el caballo obedeció. Sonrió orgullosa mirando el movimiento acompasado de los dos, con el sonido de los cascos en la tierra como si marcaran el ritmo. Entonces él le dijo lo que debía hacer para poner el caballo al trote.

—Aprieta las rodillas y dale fuerte con los talones.

Durante unos segundos Luna trotó rápido, y ella contuvo un grito de emoción hasta que Andrés se acercó e hizo detenerse a la yegua.

—Por hoy ya vale —dijo sujetándole de la brida.

—Como no están ellos y no se van a enterar... —empezó a decir— ¿Me llevas como ayer?

No sabía qué contestar. Veía la expresión anhelante de su rostro esperando

a que le dijera que sí, y él sabía que no había problema en hacerlo.

Descabalgó y ató a su caballo en la cerca, luego le pidió que le dejara poner el pie un momento en su estribo; enseguida estaba subido en la yegua, esta vez detrás, con su cuerpo pegado al suyo. Ella sintió su respiración en la nuca y sin querer se estremeció cuando él pasó su brazo alrededor de su cintura.

—Va a ser poco tiempo, antes de que la yegua se canse de tenernos a los dos.

Sujetó las bridas que ella llevaba con la otra mano, y tiró espoleando al animal que empezó a galopar.

Lidia no sabía si era lo máximo que podía correr un caballo, pero a ella le pareció suficiente. Allí delante, viendo cómo la valla lejana se iba acercando a toda velocidad hacia ellos y las crines de Luna volaban como los mechones sueltos de su pelo... Sintió el viento en la cara y le salió de la garganta un grito que era de alegría y susto a la vez.

Andrés hizo algo con las riendas y al poco el caballo fue parando hasta detenerse, a un par de metros de la valla.

—¿Volvemos al paso o...?

No le dejó terminar.

—A galope, otra vez al galope —pidió ella.

Eso hizo, hasta llegar junto al tordo que se revolvía impaciente junto a la cerca.

—¿Qué tal? —preguntó él casi a su oído.

Ella se giró. Su cara reflejaba la excitación de la carrera cuando le miró, y estaban tan próximos el uno del otro como esa mañana en el campanario.

—Ha sido maravilloso —musitó, fija en sus ojos, con la respiración acelerada al igual que la suya.

—¡Oigan! —oyeron que gritaba Nico.

Les hacía señas que los dos comprendieron enseguida. Tenían que irse y Andrés descabalgó. Montó de nuevo al tordo y regresaron a paso lento al

establo.

Ayudaron a Nico a quitar las monturas, y cuando él se ofreció a llevarlos al hotel en su destartado coche, reusaron pues preferían ir paseando.

Leonor abrió los ojos. Se había quedado dormida en la tumbona, y observó a sus amigas que estaban también recostadas y tan relajadas como ella.

—¿Cuándo vamos a cenar? —preguntó.

—¿No me digas que tienes hambre? —Se sorprendió Gloria, envuelta en aquella manta de colores. No tenía apetito y estaba a gusto mirando el cielo que pronto empezaría a oscurecer, con el sonido de los pájaros trinando entre las hojas de los árboles, dispuestos para pasar la noche.

Pero Ricardo también quería comer algo, por lo que acabaron pidiendo bebidas y unos aperitivos para todos.

—Lidia y Andrés aún no han regresado —dijo Pilar.

No se había vuelto a acordar de ellos hasta ese momento, y lo mismo le había pasado a Gloria.

—Creo que mi cuñado está sacando buen provecho de este viaje —repuso Quique como sin pensar, y su mujer se revolvió enfadada.

—Eso que has dicho ha sonado muy mal —le increpó.

—Es verdad —apoyó Pilar a su amiga—. No sé qué has tratado de insinuar.

—Vale, vale, no os mosqueéis conmigo, era un simple comentario —se defendió él.

—Ellas tienen razón —añadió Fermín—. Parecía como si estuvieras pensando que tu cuñado es una especie de ligón de playa.

Quique soltó una carcajada.

—¿Eso crees que pienso? —Y volvió a reírse—. Ni por un segundo, más bien lo contrario. Begoña decía que se metería a monje de clausura o sería un científico loco porque se tiraba las horas estudiando y no pisaba la calle.

—Esos son los peores —siguió Ricardo—. Tanto tiempo entre libros o en

casa, y cuando salen a la vida se desmandan... ahí tenéis el caso de mi suegra.

Los tres se rieron con ganas.

—¿Queréis dejar de meteros con él? —Se enfadó Gloria, poniéndose en pie y dispuesta a irse, pero Pilar le cogió del brazo.

—Pasa de ellos, ya sabes que a veces se comportan como idiotas.

—Es Quique, me parece que le tiene un poco de manía al chaval —metió baza Fermín, consciente de que tiraba demasiado del hilo y su comentario le iba a enfadar.

—Ya estás cambiándote de bando —le acusó Ricardo.

Fermín esperaba algún comentario más agresivo por parte de Quique, pero solo vio su ceño fruncido mientras tomaba un poco de cerveza.

Y Quique no sabía cómo se había metido en aquella discusión, ni porqué su amigo había dejado traslucir tan claramente lo que pensaba. Miró entonces a su mujer que esquivó su mirada, y a él le hubiese gustado poder acercarse para pedirle perdón si se había pasado... Pero también era orgulloso y no iba a hacerlo, al menos delante de los demás.

Ninguno volvió a hablar hasta que Ricardo y Fermín se levantaron para ir a la salita de la televisión, que estaba contigua al salón.

Empezaba a hacer frío y Pilar miró hacia el cielo que se cubría de nubes cada vez más densas. Y suspiró para sí; con aquel panorama sería difícil convencerlos para salir, aunque fuera al pueblo a tomar algo, y encima aquellos dos con el dichoso fútbol... Quique no lo iba a ver, pero tampoco podría contar con él para persuadirles.

—A ver si les ha pasado algo a esos dos —dijo Leonor, y tanto Pilar como Gloria empezaron a preocuparse.

La tarde caía, se veían nubes oscuras en el horizonte que presagiaban lluvia, pero aun había bastantes claros en el horizonte, donde se estaba poniendo el sol. Los rayos se iban extendiendo y su luz proyectaba destellos

en tonos rojizos, naranjas y violetas... y esos colores se reflejaban en su cara, iluminándola. A Andrés le parecía tan hermosa que no sabía cómo se aguantaba las ganas de besarla.

—El cielo está muy bonito —dijo ella—. Habría sido una buena foto.

Aquello fue como si le echaran un jarro de agua fría. Recordar lo de la cámara le sonó a reproche y dirigido directamente contra él. Por eso no hizo ningún comentario, hasta que ella le preguntó:

—¿Vas a volver a Estados Unidos?

Andrés no contestó enseguida.

—Depende, aún no se sabe lo que durará la investigación.

—¿Sobre qué investigas?

—Bueno, yo tengo una beca y formo parte de un equipo grande con distintas sedes en Madrid, en San Antonio y en Houston. Estamos trabajando para conseguir terapias dirigidas.

—¿Y eso qué es?

—Es complicado de explicar, pero, para resumir, son sustancias y fármacos que bloquean el crecimiento celular y la formación de tumores.

—¿Para curar el cáncer?

—Sí.

—¿Tú crees que algún día se conseguirá?

—Estoy seguro, aunque lo difícil es saber cuándo.

—Sería fantástico —le miró impresionada—. Debes de estar orgulloso de poder trabajar en algo tan importante.

—Tú hacías maquetación...

—Sí, en una revista de moda, y también participo en la redacción.

—¿Y te gusta?

—Sí, es interesante, aunque comparado con lo tuyo suena bastante frívolo.

—No todo el mundo tiene que hacer lo mismo, cada cosa tiene su importancia.

Durante unos segundos caminaron en silencio, hasta que Andrés sacó la

suficiente valentía para preguntarle:

—¿Sigues saliendo con...?

Pero no se atrevió a decir más por miedo a que a ella esa pregunta le molestara y Lidia emitió una risita nerviosa antes de contestar.

—Yo... solo espero que no.

Fue una respuesta un tanto ambigua, aun así, le valía para sus propósitos.

—Me encanta esto —dijo ella mirando a su alrededor—. Lo he pasado muy bien, quitando algún percance un poco raro... o embarazoso.

—Incluso con eso —apuntó él—. Para mí están siendo unos días estupendos, los mejores que...

Se calló a la vez que dejaba de caminar y ella también se detuvo.

—Esta mañana, en el campanario, iba a decirte algo que no pude... —comenzó a hablar—. Quería que supieras que cuando estuviste en mi cama, anoche... —tomó aire para seguir—. Yo también te besé, y no estaba bebido.

Lidia le miró sin comprender y él continuó:

—Aunque solo fueron unos segundos, te abracé y te besé, e iba a hacerlo esta mañana en el campanario, antes de que se cayera la cámara.

Ella lo sabía, como en ese momento, los dos frente a frente en aquel camino rural, a punto de anochecer.

Un destello de luz se aproximaba con el ruido del motor de un coche que aminoró la marcha hasta que se paró junto a ellos.

—¡Subid!

La voz potente de Quique resonó como un trueno y ellos, como dos niños obedientes que temían que les regañaran, subieron al vehículo. Andrés al sentarse a su lado le miró; le habría gustado decirle que no debió molestarse en ir, que solo les quedaban quince minutos para llegar, pero no abrió la boca.

Quique maniobró para dar la vuelta y mientras lo hacía empezó a hablar.

—Tu hermana, y sobre todo la histórica de Leonor, otra vez con lo mismo, que si os podía pasar algo y no me dejaron en paz... Me estoy empezando a hartar de tanta bobada.

—Sabían que podíamos tardar, y además estaba el chico con nosotros — dijo Lidia.

—Sí, pero también tu hermana se puso pesada, y mientras los otros viendo el fútbol, a lo suyo.

Y miró un momento al cielo, que se oscurecía más aún por las nubes

—Seguro que llueve —comentó Andrés para aplacar los ánimos.

—Mejor —masculló su cuñado—, así nos libramos de ir otra vez a ese sitio, que malditas las ganas que tenía de meterme otra vez allí.

Habían decidido no salir por la amenaza de lluvia, y solo tomaron algo ligero en el salón donde estaba la chimenea encendida. Gloria buscó entre los discos compactos; quería algo movido y lo más moderno que encontró fue un recopilatorio de éxitos del pop de los años 90 que puso. Por su parte, Lidia cogió el libro de Dickens, pero Pilar había descubierto una caja de Trivial. Puesto que no salían sería divertido echar una partida y logró que todos aceptaran, salvo los que veían el partido del que acababa de empezar la segunda parte.

Formaron los equipos que propuso Gloria. Serían las tres, pues Leonor se pidió ser la que leyese las preguntas sin participar en lo demás, y por la otra su marido y su hermano; sería una buena excusa para que confraternizaran.

Se sentaron en los sofás enfrentados, con un sillón para Leonor. Andrés tenía a Quique a su lado, que movía nervioso las piernas nada más echar los dados, dispuesto a darlo todo, aunque se quejó de que no le dejaran fumar.

Y él miraba a Lidia con disimulo. Estaba sentada enfrente y no podía pensar en otra cosa que no fuera que al día siguiente acababa el viaje, que se irían cada uno a su casa y no sabía si tendría otra oportunidad tan clara. Pero en ese momento estaba rodeado de gente sin posibilidad de verla a solas porque había desaprovechado las otras ocasiones, sobre todo aquella tarde. Y fue por su culpa, lo reconocía, por su torpeza e inexperiencia. De las pocas chicas con las que había salido, incluida su relación con Carol, recordaba que

fueron ellas las que dieron el primer paso porque él no sabía cómo actuar y le aterraba meter la pata. Y en ese caso era más grave, pues no solo Lidia le gustaba más que ninguna otra, sino que intuía que ella no iba a hacer nada para acercarse.

—«¿Qué vitamina es llamada también ácido ascórbico?»

Quique se giró hacia él, esperando su respuesta, pero no se había enterado de la pregunta y tuvo que repetírsela de nuevo y de mala gana.

—La C —contestó Andrés.

—Correcto —sentenció Leonor y Quique pudo poner el *quesito* verde.

—Concéntrate —le dijo, aunque le dio una palmadita de aprobación en el hombro.

Siguieron jugando, e iban igualados hasta que llegaron al último *queso*.

—«¿Qué actor fue Harper, investigador privado?»

Ninguno de los dos conocía la respuesta.

—Seguro que lo sabe Ricardo —dijo Quique, y se levantó para preguntárselo a voz en grito.

—¡Paul Newman! —se oyó desde la otra sala.

Pilar protestó; no consentía en admitirla pues ellos no jugaban.

—También pudimos hacerlo nosotras con las que no sabíamos de deporte.

—Pues haberlo hecho. —Y con gesto triunfante colocó el *quesito* mientras Pilar no paraba de llamarle tramposo.

—Estos siempre acaban discutiendo; no les gusta perder —le contó Gloria a Lidia.

El juego continuó, pero desde ese momento los dos grupos utilizaban a Fermín o Ricardo para lo que no sabían, mientras Pilar y Quique volvieron a enredarse en otra discusión pues a ellas les habían contestado mal a una pregunta y por eso perdieron la partida.

Cuando el partido de fútbol acabó, los dos amigos entraron en el salón y Leonor les preguntó por el resultado.

—Empate a cero.

—¿Y más de dos horas para eso?

Ricardo no contestó a su mujer, ya se lo había explicado cien veces, y con Fermín se unió a la partida de Trivial. Cada uno se puso en un bando, y desde entonces Andrés se desentendió por completo del juego. Solo contestaba si le preguntaban, normalmente en las cuestiones de ciencia, y en el resto les dejó a su aire, incluso si se daba cuenta de que se confundían.

Pilar, por su parte, seguía tomándose lo muy en serio, en tanto que su marido parecía cansado y bostezaba. Pero ella no quería dejarlo, perdían por una y pidió la revancha, sin dejar de acusar a los otros de tramposos. Sin embargo, nadie pareció apoyarla y Leonor y Ricardo fueron los primeros en irse a acostar.

Hacía tiempo que la música se había acabado, y lo que se oía en el silencio de la noche era la lluvia que caía con fuerza, aunque hasta ese momento no se habían percatado con las voces y los avatares del juego. Y a pesar de que ya todos subían hacia sus habitaciones, Pilar no paraba de repetir que la primera partida no había sido limpia, que si no aceptaban otra se consideraba empatada.

—Hay que saber perder —decía Quique, riendo satisfecho.

Ella volvió a llamarle tramposo, y entró en su cuarto sin desearle las buenas noches.

Tanto Lidia como Andrés subieron los tramos que les llevaban al ático.

—Hasta mañana —se despidió ella.

Andrés tardó un segundo en repetirle lo mismo, absorto como estaba en si debía o no decidirse, cuando ella desapareció tras la puerta de la habitación.

—¿Sabes si volvió a llamar ese a tu hermana? —preguntó Fermín.

Pilar le miró extrañada.

—No se lo he preguntado, pero ¿por qué quieres saberlo?

Para Pilar, que su marido tuviera interés por otra cosa que no fuera su trabajo, los deportes o los coches, le pareció extraño. Le conocía de sobra y

sabía que en los temas sociales prefería guardar las distancias y se acababa adaptando porque los problemas ajenos no le interesaban de forma especial. Por eso, hablarle de pronto de su hermana y su novio le intrigaba de veras y se lo preguntó.

—Solo quería saber si Lidia, en el caso de que ese llamara, si crees que volvería con él.

Pilar volvió a sorprenderse.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Estaban tumbados en la cama, uno junto al otro y ella, como tantas veces, se posicionó de medio lado con una pierna por encima de las suyas.

—Te lo digo por Andrés, es un buen chaval y me parece que ella le gusta.

—¡Vaya, también tú te has dado cuenta! —exclamó—. A mí también me cae bien, ojalá se entendieran.

Fermín se rio con el entusiasmo de su mujer.

—No te olvides del otro —apuntó.

Pilar era consciente de ello. Si ya habían roto dos veces y habían vuelto, podría ocurrir de nuevo. Guillermo sabía atraer a su hermana y ella le debía querer... o lo que fuera.

—Sería horrible —murmuró, pasando el brazo por sus hombros—. Si pudiésemos hacer algo...

—Yo ya hice bastante al hablar con él —dijo Fermín como si fuera lo más natural del mundo.

Su mujer se alzó hasta quedar sentada y encendió la lámpara.

—¿Hablaste con Andrés de Lidia? ¿Te dijo algo? —inquirió con insistencia.

—Bueno, no fue tampoco... —La luz le deslumbraba y se tapó con el brazo para que no le molestara en los ojos—. Solo le pregunté si le gustaba.

—¡Nada menos! —exclamó riendo— ¿Y qué te contesto?

Apartó el brazo de la cara y la miró con los ojos entornados.

—La verdad es que no te puedo decir si me lo dijo claramente, pero por lo

que hablé con él me dio la impresión de que sí.

Pilar le pidió detalles; quería saberlo todo. Aunque ella no le había dicho nada sobre la noche anterior, le estaba exigiendo a su marido pelos y señales de toda su conversación.

—Te lo cuento mañana, ahora estoy muerto de sueño, y apaga la luz.

Ella apagó y se tumbó de nuevo, pero seguía inquieta.

—¡Pobre Lidia! —suspiró—. A ver si tiene suerte, peor que Guillermo no creo que sea.

—A lo mejor a tu hermana le atraen ese tipo de hombres, parece ser que a algunas les gustan los pillos.

Pilar se carcajeó; ahora su marido se las daba de experto en relaciones.

—Eso depende —dijo ella—. Lo que pasa es que a veces los buenos son un poco parados y hay que dirigirles un poco.

—¿Eso hiciste conmigo?

Pilar sonrió sin contestar, aunque sí intentó que concretara respecto a lo que había hablado con Andrés.

—Lo único que le dije es que espabilara si quería algo con ella.

No salía de su asombro y se pegó más a él.

—Conque ahora te interesan los problemas de los enamorados —murmuró en su oído, mordiéndole suavemente el lóbulo y bajando la mano hacia su cintura.

—Solo eché una mano —repuso él, dejándose acariciar.

Gloria cerró la puerta del baño casi con brusquedad y golpeó contra el marco. Quique, ya acostado, se giró al oír el portazo y vio a su mujer acercarse con su pijama completo de pantalón y manga larga. Esperó a que se metiera en la cama y se acurrucara junto a él como siempre, pero se quedó sentada en el borde.

—Enrique...

Que su mujer le llamara por su nombre completo era señal de que estaba

disgustada y pensó que sería por algo de la partida de Trivial, aunque enseguida supo que no se trataba de eso.

—No me ha gustado lo que has dicho esta tarde de mi hermano.

—¿Yo? ¿He dicho yo algo?

—Sí. En un momento, delante de todos, le has tachado de conquistador y mojigato.

Sabía que se metía en tierras pantanosas, aun así, dijo lo que pensaba.

—¿Acaso no es un poco cierto? Desde que vio a Lidia no se ha despegado de ella, haciéndose el machito con lo del caballo, y allí donde ella va, él detrás, como esta tarde... Vamos, no te lo he dicho, pero yo creo que tu hermano le tenía echado el ojo.

—¡Echado el ojo! —exclamó ella— ¿Qué insinúas con eso de «echado el ojo»?

—Que está bien claro, que se vino con nosotros porque sabía que venía ella, la vio en casa de Begoña y le gustó porque la chica está buena.

Ella lo miró como si quisiera golpearlo, y no porque hubiera alabado a Lidia, bien sabía que no tenía motivos para los celos ni estaba en su carácter serlo. Solo se daba cuenta de que su marido había adivinado el secreto de su hermano, aunque no de la forma que debía.

—Vuelves a insinuar que Andy es un salido o cosa parecida.

—Tampoco creo que lo esté insultando, si le gusta esa chica tiene mejor gusto de lo que creí. Siempre pensé que o acababa soltero o con una tía rara y empollona como la americana aquella, que no es que fuera fea, pero debía vestirse con la ropa de su abuela.

—¿Estas suponiendo que ellos se van a entender?

—¡Yo que sé! —exclamó encogiéndose de hombros—. A saber lo que le pasa a ese por la cabeza... aunque opino que ella tiene más que perder.

—Como yo contigo.

Quique soltó una carcajada y se acercó a su mujer rodeándola con los brazos.

—Vamos a dejar de hablar de tu hermano y sus rollos —le susurró besándola y atrayéndola hacia sí.

—Déjame, sigo enfadada contigo.

Se separó dándole la espalda, y él volvió a acercarse, acariciando su mejilla.

—Lo siento, cariño, perdona si me pasé.

Ella no respondió, sentía cómo la besaba en el cuello. Era su punto débil, la parte que despertaba sus sentidos y él lo sabía. No obstante, se revolvió para apartarse.

—Acuérdate, mañana por la noche vienen los chicos, ya no estaremos solos y podríamos aprovechar... —De alguna de las habitaciones les llegó el sonido de unos gemidos y Quique sonrió—. Alguno le está dando al tema, y nosotros también...

Gloria no quería hacerle caso, pero sintió frío y dejó que su marido la abrazara y que su piel cálida y acogedora la envolviera.

Andrés había entrado en su habitación, pero se quedó inmóvil, mirando cómo la lluvia golpeaba contra el cristal de la ventana abuhardillada. Pensó que iba a ser difícil dormir por culpa de aquel ruido, aunque no era lo que le preocupaba en ese instante. Volvía a repetirse lo mismo, que al día siguiente se irían, que no tendría oportunidad de verla a solas. En Madrid el novio podría localizarla y recordó las palabras de Fermín hablando de él, de lo persuasivo que era... Y no lo pensó más, salió de la habitación, cerró y se plantó delante de su puerta.

No sabía qué iba a decir ni por dónde empezar cuando tocó, muy flojo, con los nudillos. Al otro lado no oyó nada, quizá no le había oído, e iba a llamar de nuevo cuando la puerta se abrió unos centímetros, lo justo para percibir su expresión interrogante.

—¿Puedo hablar contigo?

—Sí... espera un segundo —cerró y se oyó una puerta dentro, sin duda la

del baño.

Cuando abrió del todo vio que vestía el albornoz blanco del hotel, y se ataba con un nudo el cinturón.

—¿Qué querías? —le preguntó.

Él miró hacia el interior de la habitación porque el ruido de la lluvia era más fuerte.

—Hoy no se verán las estrellas —fue lo primero que se le ocurrió.

—Es verdad, y si llueve toda la noche puede ser un poco desagradable —dijo ella sonriendo débilmente.

Se quedaron en silencio con aquel sonido de fondo, y Andrés permanecía aún al otro lado de la puerta sin saber por dónde seguir.

—¿Puedo pasar? —se atrevió por fin.

Lidia se retiró y él entró, cerrando tras de sí. Al volverse vio que ella tenía un brazo cruzado por la cintura y con la mano del otro presionaba la tela blanca contra el pecho, sin dejar de mirarle, esperando o, quizá, adivinando el motivo de su presencia.

—Lidia... —empezó, pero no podía seguir, veía sus ojos, su boca entreabierta, el pelo medio atrapado por el albornoz... Se aproximó y llevó la mano hacia su nuca, uniendo su boca a la suya, besándola despacio.

Ella se había quedado quieta, aflojando los brazos que dejó caer a lo largo del cuerpo, dejando que sus labios recorrieran los suyos como si estuviese sediento de ellos y de su lengua suave y cálida... Hasta que de repente se echó hacia atrás y le miró como si no comprendiera lo que acababa de suceder.

—¿Qué...? —pudo articular apenas.

Él titubeó. Había notado que ella se entregaba y correspondía a su beso, sin embargo, el gesto de su cara parecía indicar lo contrario.

—Estoy enamorado de ti —dijo en el tono más seguro que pudo.

Lidia tardó en hablar, y lo hizo casi en un susurro.

—No puedes... apenas me conoces.

—Hace tiempo que te conozco —se apresuró él—. Desde que tenía dieciséis años; entonces no podía decirte nada, solo era un adolescente y tú un sueño inalcanzable.

Ella estaba confusa, volvía a tener presente esas miradas que le inquietaban y ahora sabía el por qué. Sin embargo, no podía traslucir más que un gesto de absoluta perplejidad.

—No estoy trastornado ni nada parecido —continuó él—, sé lo que siento y quiero que lo sepas.

Le dijo todo en pocas palabras, cómo se había ido al extranjero porque supo que tenía novio y que la decisión de volver fue a raíz de saber de su ruptura, por la esperanza de estar con ella.

Por eso había ido a ese viaje, para decírselo.

Lidia, después de escucharle, caminó hacia la cama y se sentó. Observó durante un instante sus pies descalzos y luego alzó la vista hacia él.

—No sé cómo he podido hacer que sientas eso por mí, y después de tanto tiempo —habló aún impresionada por sus palabras—. Yo apenas te recordaba, solo eras el hermano de Begoña, al que le gustaba hacerle burlas de las que yo me reía como en aquel baile, y tú mientras... tú...

No pudo seguir.

—Estaba enamorado de ti —se apresuró él— y lo único que me dolía era que no sintieras lo mismo por mí.

—Debiste decírmelo.

—¿Me habrías hecho caso? Recuerda cómo era, un empollón tímido y bajito, con la cara llena de granos y unas gafas horribles; no habrías querido saber nada de mí.

Seguramente tenía razón, pensó ella.

—Además tenías novio, y cuando te vi con él parecías tan feliz...

Lo era. También lo contrario cuando ese amor le había hecho perder la confianza, cuando entendió que no bastaba entregarse en cuerpo y alma para ser correspondida. Que necesitaba la sinceridad, que no soportaría más

mentiras. Por eso no podía terminar de creerle.

—Tú no puedes estar enamorado de mí, eres estupendo, y yo soy una idiota que ha estado aguantando siete años a un hombre que... —No pudo continuar porque se le quebraba la voz.

—No lo eres —dijo enseguida—. En todo caso él es el idiota por no darse cuenta de que tenía a alguien como tú.

—Pero no sabes cómo soy —insistió—. No me conoces lo suficiente para eso, solo me has idealizado, esos años que dices creyendo...

—Que eres maravillosa —atajó él, dichoso de poder decírselo—. Lo eres para mí y no he dejado de pensarlo en estos días que hemos pasado juntos, y en los años anteriores no podía estar con otra sin pensar en ti.

Se puso en cuclillas ante ella y tomó sus manos entre las suyas para decir:

—Tú también has empezado a sentir algo por mí. El beso de antes me lo ha demostrado.

—Yo... —balbuceó— me caes bien... ha sido estupendo volver a verte y hacer cosas juntos, pero nunca pensé antes en ti como tú... de esa forma.

Él acariciaba el dorso de sus manos, y su tacto era tan intenso que parecía recorrerle la piel por entero.

—No pretendo que me digas ahora que me quieres, me conformo con gustarte un poco porque es cierto que para ti es como si acabáramos de conocernos. —Y se sentía por fin seguro de sí al proponerle—: Podemos empezar saliendo juntos y así lo sabrías.

Sus manos habían detenido las caricias y Lidia le miró a su vez. Tenía razón, para ella era un chico amable y encantador al que acababa de conocer hacía tres días y que era posible que le gustase más allá de la pura atracción física. Sin embargo, no sabía hasta qué punto, y menos si sus vivencias habían sido suficientes para saberlo. Y recordó especialmente el beso de unos minutos antes. Era cierto que le gustó. Le gustó mucho. Y que había querido acostarse con él cuando estaba bebida; quizá su mente confundida con el alcohol sabía más de sus sentimientos que ella misma.

—Dame la oportunidad, Lidia —casi le suplicaba, volviendo a acariciar sus manos sin apartar la vista de sus ojos.

—No lo sé —habló sin mirarle; se sentía de pronto angustiada—. Tengo que pensar en todo esto, es mejor esperar.

Andrés le soltó las manos y se puso en pie.

—Entonces... —empezó sin saber qué más decir.

Ella le miró un instante.

—No puedo decirte nada, aún no.

Andrés caminó hacia la puerta, despacio, esperando que le retuviese de alguna forma, pero ella seguía cabizbaja y al final murmuró:

—Buenas noches.

—Buenas noches —repuso también ella.

Salió de la habitación como un sonámbulo, sin ser consciente de que cerraba y entraba en la suya hasta que se encontró tumbado en la cama. En la ventana el agua de la lluvia seguía golpeando contra el cristal, aunque débilmente.

DIA 4

EL REGRESO

Lidia levantó la vista del libro. La luz que le alumbraba a través de la pantalla era cálida, igual que el cómodo sillón orejero que la acogía. Había leído bastante y descansó un poco mirando fuera, donde ya clareaba el día.

Se quedó un momento así, abstraída en el camino de arena que conducía a la casa, en medio de aquel silencio. Todos estarían durmiendo aún, salvo Dora a la que oía a veces trajinar en la cocina, seguramente preparando los desayunos, y pensó que, aunque llevaba más de media hora levantada, no tenía apetito. Estaba despierta desde las siete y había dormido mal pues no dejaba de recordar lo pasado esos días como una especie de pesadilla. No tan tétrica como la del libro que leía, con el avaro y egoísta Scooger y su transformación al ser visitado por los fantasmas, aunque sí bastante extraña. Y no entendía del todo cómo había ocurrido.

Apoyó bien la cabeza contra el sillón y cerró los ojos. Entonces visualizó la cara de Andrés, oyó su voz con cada una de sus palabras, sintió su beso y sus caricias, también cómo ella se había apartado de su lado... Ahora que rememoraba sus labios en su boca una sensación maravillosa la invadía a la vez que le asustaba. No era posible que él dijese esas cosas, que estuviese enamorado de ella tanto tiempo. Por eso comparó esa vivencia con su relación con Guillermo, lo que le unió a ese hombre al que perdonó tanto hasta el punto de perder su propia identidad, de sentir que no valía nada... Y Andrés, el pobre chico del que se reía por las malicias de su celosa hermana, le había confesado su amor. Le costaba entenderlo, y mucho menos creía merecerlo.

Abrió los ojos. En el camino había algún charco de agua de la lluvia caída

durante la noche, y mientras se fijaba en ello distinguió que alguien se acercaba corriendo. Enseguida se percató de que se trataba de su cuñado, que llevaba una marcha cada vez más lenta, como si se arrastrara por el cansancio, hasta que pisó un charco que le salpicó y dio un brinco con un gesto de susto que la hizo sonreír. Se detuvo un segundo para mirarse los pantalones, y siguió andando con los brazos en jarras hacia la casa, donde descubrió la luz de la lámpara tras la ventana.

Lidia oyó abrir y cerrar la puerta, y enseguida Fermín se asomó al salón.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

Llevaba un chándal con una camiseta con publicidad de su empresa sacada por fuera y manchada de sudor.

—Leyendo —contestó ella.

Él intentaba recobrar el aliento y tardó unos segundos en hablarle.

—Yo creía que había sido el primero en levantarme... y ya me habían adelantado.

—Llevo poco más de media hora.

—No lo decía por ti —repuso él—. Me encontré con Andrés... estaba por el camino que va a la finca de los caballos... Cuando me daba la vuelta me crucé con él, había llegado casi hasta allí, así que llevaría andando un buen rato... debió salir antes del amanecer.

Apenas hablaron porque cuando corría no podía parar el ritmo, sin embargo, le pareció raro, y más al encontrarse a su cuñada levantada tan pronto. Pensó en preguntarle por ello, pero desechó rápido la idea; ya estaba bien de meterse en las vidas ajenas, y como decía Quique, eran mayorcitos para solucionar sus problemas, si es que los tenían.

—Me voy a duchar —dijo entonces—. Supongo que esta gente aún duerme.

—Sí, seguramente.

—Bueno, tampoco es que tengamos prisa, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

En eso vieron que entraba por el camino un coche conducido por Conrado, y del que también se bajó Araceli.

—Vendrá del pueblo, y parece que en una de las bolsas lleva pan... de buena gana me comería una barra entera ahora mismo. —Y miró a su cuñada—. Bueno, me subo, luego nos vemos.

Salió y al poco oyó que abrían la puerta. Conrado con una bolsa de tela y otra de plástico bien cargada, se asomó apenas para darle los buenos días.

Ella volvió a su libro y apagó la luz de la lámpara. Entraba suficiente claridad y el cielo, como si nada hubiera pasado por la noche, se veía despejado y azul, con solo alguna nube blanca vagando a lo lejos.

Iba a empezar el último capítulo del libro cuando levantó de nuevo la vista. Andrés se acercaba con paso tranquilo, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y la vista hacia la casa.

Lidia sintió el ruido de la puerta y se quedó expectante. El corazón le latía con fuerza al escucharle hablar con el dueño sobre el tiempo, la lluvia que había caído por la noche... y pensó que quizá Conrado le comentaría que ella estaba en el salón. Pero no lo hizo y él debió seguir porque al poco se oyeron sus pisadas en los escalones de madera.

Volvió a abrir el libro y siguió leyendo. Le quedaba muy poco para acabar, sin embargo, tuvo que dejarlo cuando reinició por tercera vez la misma frase.

Andrés subió a su habitación y fue derecho al baño. Bebió un vaso de agua y por un momento se miró en el espejo. Tenía un poco de ojeras y se refrescó varias veces, pensando que le iría bien tomar un café. Pero aún era pronto para bajar a desayunar, así que aprovechó para guardar sus cosas en la bolsa, salvo el cepillo de dientes que dejó sobre la encimera del lavabo. Tampoco sabía qué iban a hacer, ni a qué hora se irían, y colocó la almohada en la parte de abajo para tumbarse y mirar hacia la ventana abuhardillada.

Esa noche había dormido mal y al final prefirió levantarse, aunque aún no había amanecido, y se fue a andar, a pensar mejor en todo porque no sabía si

ella le había rechazado o dado esperanzas. Aunque sus palabras cuando le dijo que lo tenía que pensar eran como una losa, en realidad una excusa perfecta para darle una negativa sin herirle. Y se iban ese día. Su novio quizá la esperaba y no sería lo mismo no coger su llamada a verle cara a cara. En ese caso todo podía suceder, incluso lo que más temía.

Entonces se le ocurrió que podría suplicarle, insistir para convencerla hasta que aceptara salir con él como le había aconsejado Fermín. Pero... ¿a quién quería engañar? Él no sabía hacer eso, no tenía la labia ni poder de convicción que al parecer dominaba el otro. Y si ella le rechazaba, si al final le decía que no, sería incapaz de retenerla por mucho que le doliera.

Siguió tumbado, viendo el cielo azul, cuando una nube se cruzó lentamente por la ventana. Cerró los ojos y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Cuando se despertó y vio la hora casi dio un salto y bajó a toda prisa pues creyó que ya estarían todos desayunando. Y así era, solo faltaba Pilar que llegó enseguida y le dijo riendo a la embarazada:

—Cuidado, Leo, que Fermín se fue a correr y es capaz de comérselo todo.

Andrés se acercó al bufet y su hermana también.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Él se alzó de hombros, pero ante la insistencia de ella fue tajante:

—Prefiero que no me preguntes nada.

Gloria se quedó desconcertada y él volvió a su sitio, sin dejar de fijarse en Lidia mientras se aproximaba a la mesa.

—¿Quieres el café? —le ofreció ella.

Le pareció que le hablaba por educación, como si le fuera indiferente, sosteniendo la jarra en vilo hasta que la cogió después de darle las gracias. Estaba tenso, incluso temió que se le cayera y todos se darían cuenta de su nerviosismo. Pero el resto de los comensales seguían a sus cosas.

—Mañana, de nuevo al trabajo —comentaba Pilar y miró a Gloria—. Verás cómo vienen los críos a clase después de tantos días.

—No me lo recuerdes.

—Yo también tendré un día a tope —dijo Ricardo, pensando que, como cuando había tantos festivos, tendría mucho trabajo y no saldría hasta tarde.

—Echaré esto de menos —comentó Pilar—. Me he sentido muy a gusto, lástima que no tengamos más días.

—Sí, hemos estado bien —apoyó su marido.

—Lo que yo no echaré de menos es a los pájaros —repuso Leonor mientras comía un trozo de embutido de lomo con pan—. Yo no sé vosotros, pero me molestaba que me despertaran con sus dichosos trinos.

—¡Si era estupendo! —exclamó Ricardo no sin cierta sorna hacia su mujer—. Estamos en el campo, aire libre, silencio, y luego los pajaritos te despiertan al amanecer.

—Ya —dijo ella—. Aunque tengo que reconocerlo, la comida ha sido estupenda, el desayuno muy completo, hay de todo.

Fermín le dio una palmadita en la espalda a Quique.

—Te damos un diez por habernos traído a este sitio, acertaste de pleno.

—Pero a veces se equivoca, ¡eh! —saltó Leonor con la boca llena—. Acordaos de lo de Año Nuevo.

—Mujer, no vuelvas otra vez con eso —se quejó Ricardo.

—¿Y la próxima? —preguntó Pilar que miró a Quique. Con su marido no se podía contar para organizar nada, y Ricardo iría donde dijese su amigo.

—Hay una ruta muy interesante que me ha dicho el mismo que me recomendó este sitio, es por la parte de Segovia, Valladolid y Ávila, en lugares con castillos como Peñafiel, Arévalo, Medina del Campo, Cuellar... También es muy bonita la ruta del río Mundo o El cañón del río Lobos... Y si nos atrevemos a ir un poco más lejos, algún sitio de Galicia...

—Oye, acordaos de esto —le interrumpió Leonor y señaló su barriga.

—No te preocupes, si vamos a algún sitio será donde no tengas problemas —le tranquilizó Gloria.

Siguieron hablando de cuál podría ser la siguiente cita y divagaron entre

organizar un día con los niños o ir de cena solos.

Andrés y Lidia comían sin participar en sus planes ni en la conversación que les resultaba ajena, y él se levantó a coger una pieza de fruta. Entonces Fermín se inclinó hacia Quique.

—¿Tú crees que si la parejita prosperase se apuntarían a alguna excursión?

Su amigo le lanzó una mirada despectiva seguida por un gesto de no importarle, pero antes de que Andrés regresara a la mesa le susurró:

—Si es así, que se vayan ellos solos donde sea.

Fermín soltó una carcajada y todos lo miraron.

—¿De qué te ríes? —le preguntó su mujer.

—De nada.

Ella no insistió y continuó con la charla que mantenía con sus amigas.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Ricardo.

—No sé lo que tendréis pensado —intervino Leonor—. Yo prefiero llegar pronto para recoger a la niña, si es posible antes de las seis o las siete.

—Los míos llegan sobre las diez, hay que ir a buscarlos a la puerta del instituto —comentó Gloria.

—Podríamos ir por Oropesa, está cerca de aquí y en un folleto vi que hay un castillo y conjunto medieval; luego, de camino pararíamos en un asador que está a pocos kilómetros de Madrid y que se come estupendamente.

Lo proponía Ricardo, y a pesar del entusiasmo de su mujer miró a Quique en busca de aprobación como *jefe* del grupo. Él dijo que sí, que no le parecía mala idea.

Lidia observaba a unos y otros. Le hubiese gustado decir que se quedaran allí hasta después de comer, de esa forma podría ir a ver a Luna y montar, aunque le doliera todo el cuerpo. Pero no dijo nada.

—Hay muchos sitios que se han quedado pendientes —comentó de nuevo Ricardo que era el único que se había molestado en leer los folletos y guías—. Hay rutas en Gredos y no hemos hecho ninguna, también está cerca Monfragüe y la zona del Jerte, unas ruinas de una ciudad árabe con su

Alcazaba, un dolmen neolítico, el pantano de...

—No sigas —le cortó Pilar—. Ya se sabe, son pocos días y es imposible verlo todo.

—Tampoco íbamos a estar todo el rato de acá para allá —apuntó Leonor.

—Tú no has dicho nada —le dijo Fermín a Andrés.

Él se sobresaltó un poco ante el comentario, sobre todo porque le daba igual; iría donde dijesen, no le quedaba otro remedio. Así que hasta que llegara a Madrid y le dejaran ante la puerta del edificio en su piso de alquiler, no podía opinar mucho.

—Lo que digáis —acabó respondiendo en un tono apático e indiferente.

Fermín no repuso nada y miró a Lidia que permanecía con la vista baja, moviendo la taza con los dedos como si fuese una adivina tratando de leer su futuro en los posos del café.

Cuando terminaron de desayunar le pidieron a Conrado que les hiciera la factura, en tanto subían a preparar el equipaje. Aunque no habían decidido la hora, tenían claro que se marcharían antes de comer.

Andrés, que ya tenía el suyo, bajaba con la bolsa para dejarla cerca del mostrador de recepción cuando por la escalera se cruzó con Araceli.

—¿Al final te hizo caso la princesa o te dio calabazas? —le preguntó curiosa, con un deje no exento de ironía.

No tenía ganas de contestar ni bien ni mal y continuó bajando, pero ella le siguió un trecho hasta alcanzarle.

—Perdiste el tiempo —murmuró entre risas—, yo no me hago tanto de rogar.

En el porche se encontró con los tres amigos, y Fermín le confirmó que habían decidido hacer lo que propuso Ricardo.

—Si tardamos en la comida por lo menos no estaríamos lejos de Madrid.

—Y no os olvidéis que lo más probable es que pillemos atasco —advirtió Quique.

Conrado les llamó; ya tenía las facturas y los cuatro se acercaron a pagar. Fermín se ocupó también de lo de su cuñada y Quique le dijo a Andrés que su mujer había dicho que le invitaban, pero se negó y pagó lo suyo. Él se alzó de hombros; no habría tenido inconveniente, pero se alegró de no hacerlo pues se sentía lo suficientemente generoso por haberle aguantado esos días. «Si encima va a ser a mi costa, sería de lo más bobo» pensó.

Mientras se quedaban hablando con los dueños, agradeciéndoles lo bien que habían estado, Andrés salió. Anduvo por el porche hasta recostarse contra una de las columnas, contemplando los árboles, el jardín bien cuidado, la pérgola de flores violetas al final del camino... Él también lo echaría de menos y evocó el primer día, cuando llegó con la ilusión de verla de nuevo después de los años. Sonrió recordando su encuentro, cuando entró en su habitación y la pilló en ropa interior...

—Ya estoy lista —escuchó decir a Pilar.

Ellos debieron subir a por el equipaje porque no los vio. Las que estaban sentadas en las butacas eran Pilar, con una bolsa grande sobre las rodillas, y Lidia con una maleta mediana a sus pies y un bolso en bandolera. Se miraron un instante, pero él desvió la vista al ver salir a los tres amigos que dejaban las cosas en el suelo. También se sentaron porque aún faltaban Gloria y Leonor por bajar.

Hablaban entre ellos cuando sonó un móvil. Pilar metió la mano en el bolso hasta que lo encontró y se lo puso en la oreja sin más.

—¿Diga?

Se alzó de inmediato, y su marido se sobresaltó al percibir su inquietud mientras atendía a lo que le decían al otro lado de la línea.

—¿Ocurre algo? —preguntó impaciente.

Los demás también estaban expectantes, y Pilar se dirigió a su hermana.

—Es Guillermo.

Continuaba con el teléfono pegado al oído, confusa, y Guillermo volvía a hablarle.

—Pilar, tengo que hablar con ella, es muy importante y si no está contigo dile que iré a verla ya que no coge mis llamadas.

Pilar tenía el gesto de no saber qué hacer, esperando a que su hermana se decidiera pues Lidia se había levantado al oír su nombre.

En unas décimas de segundo había pensado decirle que cortase, pero de pronto hizo lo contrario.

—Pásamelo.

Andrés se había enderezado, y al igual que el resto vio cómo entraba en la casa con el teléfono pegado a la oreja.

Quiso correr, salir tras ella para decirle de nuevo que la amaba. Pero volvió a apoyarse contra la columna, inmóvil, y por un momento percibió al otro lado del ventanal su figura andando por el salón. El contraste de la luz estorbaba su visión y al concentrar la vista veía el reflejo de los amigos sentados de espaldas a la ventana, aunque sobre todo distinguía su propia imagen; era patética, solo le faltaban las gafas de pasta oscura para volver a ser Andresito, el crío apocado y tímido. Eso y su hermana Begoña riéndose de él sería lo que completaría el cuadro.

—Te he llamado tantas veces... —empezó en cuanto supo que era ella— y por fin puedo hablarte, decirte que te echo de menos, que te quiero, y si hice algo que te molestara, si la última vez que hablamos te dije aquello... no lo decía en serio.

Ella escuchaba sin hablar, deambulando por el salón hasta que se detuvo. Veía el exterior y a Andrés mirando, apoyado en la columna del porche.

—No volverá a suceder, te lo juro —seguía Guillermo—. En estas semanas me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti, que si no estás a mi lado me volveré loco.

Todas esas cosas, incluso ese dramatismo en sus palabras, las había oído otras veces y le había creído.

—Dime dónde estás e iré a buscarte —continuó—. Te echo tanto de

menos, Lidia, estos días sin saber de ti han sido un infierno, no me cogías el teléfono y tú eres mi vida, la única...

Continuaba escuchándole, cansada de volver a oírle aquello de la «única». Y siguió con la mirada fuera, viendo como Andrés se giraba un poco y ya no le veía la cara.

—Quiero pedirte algo —oyó a Guillermo y su voz sonó emocionada—. No quería hacerlo por teléfono, pero ya que no hay otra forma, lo haré. —E hizo una pausa para declarar en tono solemne—: Cásate conmigo.

Hubo un silencio. Él esperaba y Lidia sonrió con amargura; ciertamente aquello sí que era una novedad.

—Quiero que seas mi mujer y que tengamos hijos —insistió.

Ella no habló. Veía al grupo de los amigos de su hermana y su cuñado en el porche, pero Andrés ya no estaba en el sitio de antes y le buscó con la mirada hasta localizarlo unos metros más adelante, de espaldas al resto, y solo.

—Cásate conmigo —volvía a decir Guillermo.

Quizá estuviera pensando en ella, acordándose de cómo le rechazó, y ella no había podido dejar de pensar en lo que le había dicho, en que la había besado...

—Lidia, contéstame, dime que sí —suplicaba la voz del teléfono.

Un beso maravilloso que removi6 sus entrañas. Y cuando sintió sus manos, esa caricia que recorría su cuerpo porque lo deseaba...

—Lidia, por favor.

Sí, lo deseaba con todo su ser.

—Guillermo —dijo entonces.

—Dime, nena.

—No quiero que vuelvas a llamarme nunca más, ni a Marina ni a mi hermana.

—Qué... ¿qué quieres decirme?

—Que no me llames, ni vengas a verme porque todo acabó entre nosotros.

—Pero ¿no has oído lo que acabo de decirte, que te quiero, que quiero que te cases conmigo?

—Lo he oído perfectamente.

—Entonces... ¿significa que no quieres casarte conmigo?

—Exacto.

—¿Y vas a tirar estos años que hemos vivido, nuestro amor...?

—De eso ya te encargaste tú.

Hubo un breve silencio.

—No puedes vivir sin mí —acabó diciendo con arrogancia.

—Sí que puedo.

—Volverás a mí pronto y yo te estaré esperando.

—No te molestes, no lo haré.

—No puedes decirlo así, tan segura...

Guillermo parecía desconcertado y Lidia se sonrió.

—Me quieres —insistió él—. Y no podrás querer a otro.

Ella no apartaba la mirada de Andrés.

—Sí podré, y le querré mucho más de lo que te quise a ti.

El silencio que se produjo al otro lado lo aprovechó para despedirse.

—Adiós, Guillermo, te deseo lo mejor.

Gritó algo, pero a ella no le interesaba nada de lo que pudiera decirle. Apagó el móvil y salió. Hacía un día precioso, con un cielo azul radiante, sin nubes.

Se acercó a su hermana y le devolvió el teléfono.

Pilar casi se sobresaltó al verla.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, estupendamente —contestó ella.

Andrés se había vuelto y se miraron. Ella caminó los pasos que les separaban hasta quedar frente a él, mientras sus ojos la observaban como si pretendiera leer en ellos.

—Ya lo he pensado —le dijo—. Me encantaría salir contigo y conocerte mejor.

Él sonrió, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba por fin.

—¿Puedo besarte?

—Siempre que quieras —contestó ella con una amplia sonrisa.

Sabía que les estarían mirando, pero no le importó. La acercó estrechándola entre sus brazos, ella le rodeó el cuello con los suyos, y se besaron.

Gloria acababa de bajar y lo que se encontró al salir fue a su hermano y a Lidia abrazados y besándose.

—¿Ves cómo yo tenía razón? Iba a por ella, y mira, la mosquita muerta lo consiguió.

Gloria no se enfadó por el comentario de su marido; sabía muy bien lo que aquello le había costado a su hermano y nada podía quitarle la felicidad que sentía por él.

Leonor, por su parte, estuvo a punto de aplaudir.

—Desde el primer momento dije que hacían buena pareja —comentó, y Ricardo, que aprobó con un movimiento de cabeza, pensó en su primo el traumatólogo que acababa de quedarse sin una posible cita.

Araceli se había acercado a abrir una de las ventanas y al verlos se alzó de hombros, volviendo enseguida a su tarea porque su jefa se acercaba.

Pilar estaba encantada; Guillermo por fin pasaba a la historia, y cuando se giró hacia su marido los dos se hicieron un gesto cómplice.

—Si ya estamos todos, supongo que es hora de irse —dijo Quique a sus amigos.

—¿Y los tortolitos con quién van, contigo o conmigo? —le preguntó Fermín—. Porque estos ya no se separan.

—Por mí puedes quedártelos tú —contestó.

Andrés había cogido su bolsa con una mano y con el brazo libre enlazó a

Lidia de la cintura.

Si te ha gustado

Cuatro días

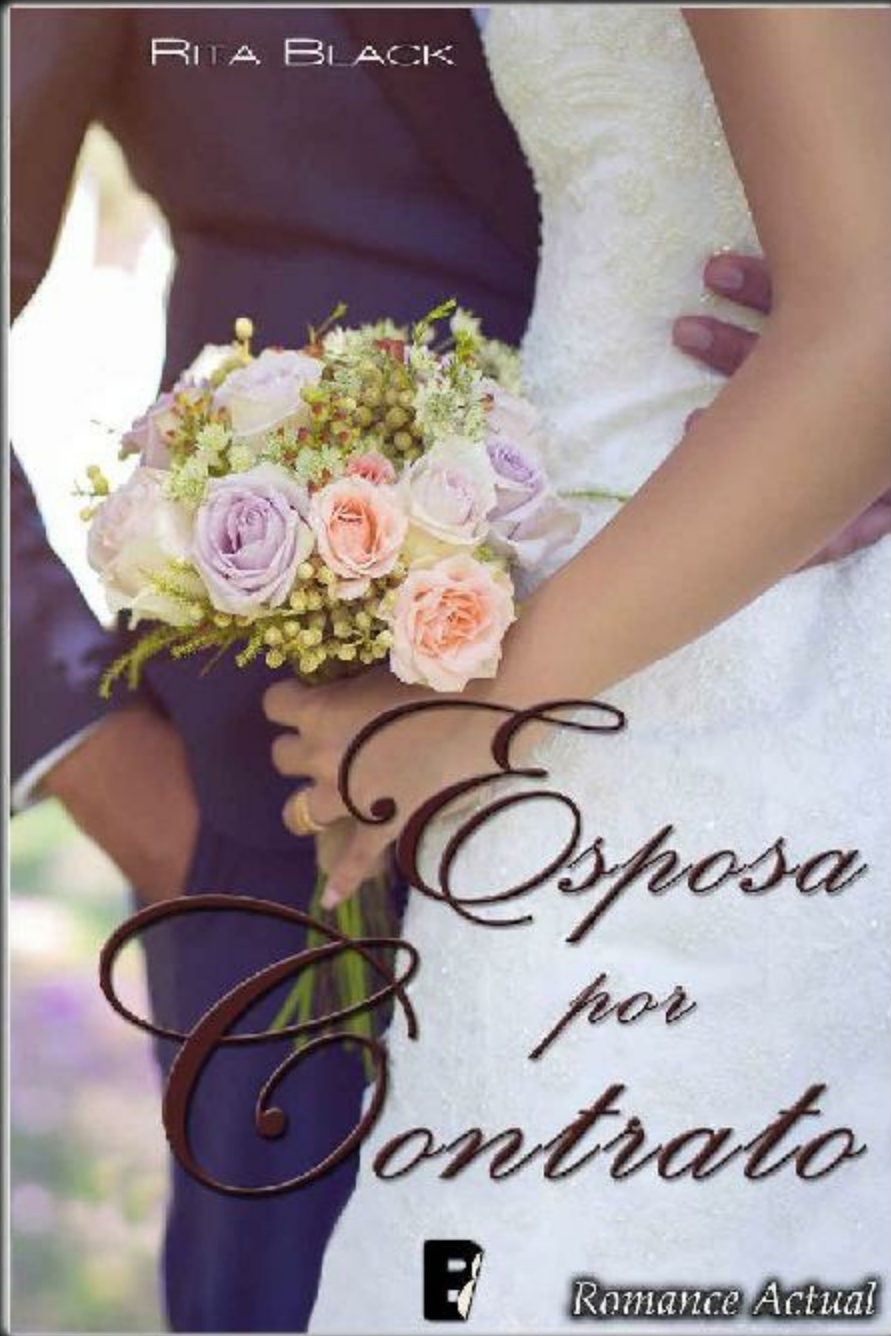
te recomendamos comenzar a leer

Esposa por contrato

de Rita Black

Selección RNR

RITA BLACK



CAPITULO 1

Aunque nadie lo comentaba abiertamente, en la oficina se respiraba un ambiente de tensión por la urgente necesidad de elegir al nuevo presidente de Grupo Roselli.

Marco lo sabía mejor que nadie, y era también él quien sentía el mayor apremio.

Había empezado desde abajo en la empresa fundada por su padre y sus tíos, y una de sus mayores ambiciones era llegar a ser el presidente de la misma. Su deseo no se basaba en la sed de poder, que ya tenía bastante como uno de los principales accionistas y miembro de la mesa directiva, sino en la necesidad de preservar el liderazgo de la familia Roselli en los asuntos de la compañía.

Hasta entonces había sido una tradición que un miembro de la familia Roselli estuviera al frente de la compañía, pero, ahora que su tío Tony había tenido que dejar la presidencia por motivos de salud, la prevalencia de los fundadores como líderes del grupo estaba en riesgo.

Marco siempre había mostrado grandes aptitudes para los negocios, una gran intuición para detectar las oportunidades, así como un gran sentido práctico, además de que combinaba juventud con experiencia y un gran empuje para llevar a la compañía a nuevos niveles.

Sin embargo, un obstáculo bastante serio se interponía en sus planes de ser el nuevo presidente: el consejo directivo había elaborado un documento con una serie de requisitos que los aspirantes tenían que cumplir, y uno de los principales era que debían ser casados y tener un hogar estable.

Marco estaba más que lejos de poder cumplir con ese requerimiento: no tenía novia, aunque sí tenía muchas amigas con quienes salir a divertirse, y con algunas de ellas había sostenido en algún momento cortos romances que terminaban en amistades sin mayor compromiso.

Esta situación le venía preocupando desde hacía varias semanas; claro que había considerado alguna vez la posibilidad de casarse, si es que encontraba una chica inteligente, generosa y divertida, entre otras cosas, que lograra emocionarlo, que consiguiera enamorarle. Todas las chicas que conocía eran

muy guapas y alegres, pero ninguna había logrado conquistarlo realmente. Se le había pasado por la mente la idea de contraer matrimonio solo para cumplir con el requisito del consejo, pero aquello le parecía absurdo.

Después de una larguísima y aburrida junta con el consejo directivo, donde, por cierto, uno de los temas a tratar había sido la elección, llegó a su oficina con un semblante sombrío. Su mente estaba ocupada en su grave dilema.

Al verlo en ese estado, Alma, su secretaria, se preocupó también. Ella conocía la situación y sabía que si Marco quería la presidencia tenía que conseguir rápidamente una esposa. Nunca lo había visto tan atribulado como en ese momento, y en ese preciso instante se le ocurrió una gran idea.

Tocó a la puerta de la oficina de Marco y esperó a que este respondiera. La invitó a entrar, pero inmediatamente le dijo:

—Hoy no voy a atender ningún asunto, Alma. Me iré a mi casa y trataré de descansar, así que voy a pedirte que te hagas cargo de todo, solo por hoy.

—Está bien, pero antes de que te vayas tengo que hablarte de algo importante.

—Por favor, Alma, en este momento no estoy para nada, tengo muchas cosas en qué pensar y tú sabes que las cosas no van bien para mí. No entiendo por qué precisamente ahora el consejo directivo tuvo que imponer esa estúpida norma...

—Déjame explicarte, por favor —lo interrumpió Alma—. Se me acaba de ocurrir una idea que podría sacarte del apuro en que te encuentras, pero tenemos que darnos prisa.

Marco estaba repantigado en la silla de cualquier modo, y cuando Alma logró captar su atención se acomodó mejor para escuchar su idea, aunque no esperaba mucho, pues sabía que la situación era complicada.

—Te escucho.

—¿Recuerdas a mi amiga Claudia, la de la florería?

—Sí —respondió él con exasperación— la recuerdo, pero no entiendo

qué...

—Escúchame, por favor, déjame terminar —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Mira, Claudia está pasando en este momento por grandes dificultades económicas, y tú necesitas una «novia» o más bien, una «esposa». Así que se me acaba de ocurrir que tal vez ella y tú podrían llegar a un arreglo: ella puede hacerse pasar por tu esposa, claro, todo de forma legal, y tú podrías pagarle. Claro que todo sería confidencial, y ustedes se presentarían ante el consejo directivo como «la pareja del año». ¿Qué te parece?

El rostro de Marco reflejaba un desconcierto enorme: no sabía si la idea de Alma era un verdadero disparate o una genialidad, y su cerebro todavía lo estaba procesando.

—No negaré que tu idea es «buena», si podemos llamarla así, pero hay dos inconvenientes, Alma: primero, tenemos muy poco tiempo, y segundo, tú sabes que Claudia y yo no nos llevamos nada bien.

Alma suspiró.

—Sí, ya sé que ustedes se odian, pero precisamente por eso es que esto podría funcionar.

—No te entiendo.

—¡Ay, ustedes los hombres no entienden nada! Mira, si tú trataras de hacer esto con cualquiera de tus *amiguitas*, seguramente te meterías en un gran problema porque es muy probable que la elegida trate de sacar ventaja de la situación, ya sea que quiera mucho dinero, que te chantajee o simplemente que piense que la cosa va en serio y quiera que el matrimonio sea algo real y no solamente una fachada. Con Claudia no correrías ese riesgo porque ella no está enamorada de ti y ni siquiera se siente atraída por ti; además, es una persona íntegra, yo respondo por su honestidad, y te aseguro que podrás confiar en su discreción y en que no tratará de sacar ventaja de la situación.

Marco la miró complacido, a su pesar.

—Veo que ya pensaste en todo. Yo también había considerado lo

inconveniente de elegir a cualquiera de mis amigas para tratar de salvar la situación, pero tampoco creo que con tu amiga Claudia funcione.

—Los dos están en problemas, así que pensé en el modo de ayudarlos a ambos.

—Bien, suponiendo que yo acepte, ¿cómo haremos para proponerle el plan a Claudia? Además, ni siquiera creo que ella acepte. Sabes que me odia.

—Yo la llamaré en este mismo momento y te concertaré una cita con ella.

—Dile que venga en una hora.

—No, Marco, tiene que ser un lugar neutral y, sobre todo, donde nadie los vea y no sospechen. Nunca te han visto con ella y sería muy raro que ella viniera aquí de repente y después resulte que están comprometidos en matrimonio. Esto tenemos que planearlo muy bien, así que, si Claudia acepta, diremos que ustedes llevan varias semanas saliendo juntos, pero habían mantenido un bajo perfil para no generar expectativas y para ver cómo avanzaba la relación.

Marco soltó una gran carcajada al escuchar hablar a su secretaria y amiga con tanto entusiasmo.

—Eres sorprendente, Alma, de verdad, ya pensaste en todo. Si no fuera por Álex y porque eres mi amiga, te besaría.

Ella se sonrojó.

—Todo sea por los amigos. Voy a llamar a Claudia y te aviso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tan pronto salió de la oficina de Marco, tomó el teléfono y marcó el número de Claudia, no sin antes cerciorarse de que no había nadie cerca.

—Claudia, soy Alma. Escucha, tengo que hablarte de algo muy importante, tenemos un plan que proponerte, algo que realmente te conviene.

—¿Tenemos? ¿Quién, de qué se trata?

—No puedo decírtelo por teléfono, es algo complicado y serio también, pero te aseguro que te conviene.

—Si quieres, podemos vernos esta tarde y me explicas de qué se trata todo este asunto.

—Me parece muy bien. Te invito a comer y ahí te explico mi plan, ¿de acuerdo?

—¿Tu plan? ¡Vaya! Esto está empezando a preocuparme: cuando a ti se te ocurre un plan, es en grande.

—No tienes idea de cuánto. Te veré en dos horas, yo paso por ti.

Alma entró a la oficina de Marco para comunicarle el resultado de sus primeras gestiones, mientras Claudia, sentada frente al mostrador de la florería, trataba de imaginarse cuál sería la propuesta de su amiga, sin atinar a dar siquiera con una respuesta relativamente cercana a la realidad.

Alma llegó puntual a la florería, y decidieron ir a comer a casa de la primera para tener privacidad y poder hablar tranquilamente.

Mientras ambas servían la comida china que habían comprado, Claudia atacó:

—Bien, ahora sí, dime cuál es esa propuesta que tanto me conviene.

Alma le explicó con lujo de detalles cuál era la situación en que se encontraba Marco. Al principio no tenía la menor idea de cómo eso podía afectarle a ella, pero rápidamente su amiga le aclaró el panorama.

—Mi propuesta es que Marco y tú se casen; así, él podrá presentarse como un hombre de hogar ante el consejo, y obviamente él te pagaría una buena suma por hacerle este favor. Claro que todo tendría que ser en la más absoluta confidencialidad, y tú no podrás revelar que se trata de un simple trato de negocios.

Claudia estaba anonadada; sus ojos verdes revelaban una sorpresa sin límites mientras miraba a su amiga como si fuera una completa desconocida.

—¿Cómo fue que se te ocurrió esto? Es descabellado, Alma, ¡por favor! Fingir que somos un matrimonio, solo para que él pueda ser nombrado presidente. Además, ¿por quién me tomas? Es cierto que estoy pasando por una situación muy difícil, pero no podría casarme por dinero...

—Claudia, por favor, escúchame. Ustedes podrían estar casados por un año, presentarse ante la sociedad como si fueran un matrimonio de verdad, aunque ni siquiera tendrían que tener intimidad, Marco sabe que tú lo detestas.

—¡Exacto! Tú sabes lo que opino de él, no es más que un libertino, un *junior* egoísta y engreído que solo piensa en divertirse. ¿Crees que podría asistir a reuniones y fingir que me agrada? Tu plan es una verdadera locura.

—¿Por qué? Él necesita una esposa y tú necesitas dinero, ambos obtendrían lo que requieren y resolverían sus problemas.

—Suponiendo que acepto, ¿cuánto va a pagarme? ¿Tendré que irme a vivir a su casa? ¿Cómo será nuestra convivencia?

—Te complicas demasiado la existencia, velo desde el punto de vista práctico— Alma suspiró, cansada de tratar de convencer a su amiga—. Solo te pido que hables con él, y si no te convence, no lo haces... Pero esto podría salvar la florería y ayudar a tu papá, Claudia.

Claudia la miró, dudosa, durante varios segundos, hasta que finalmente se decidió.

—Está bien, hablaré con Marco, solo para darte gusto, pero tu plan es una verdadera locura.

—Estás en todo tu derecho de pensar eso —concedió Alma, extendiendo los brazos para dar por finalizado el debate.

Antes de terminar de comer llamó a Marco y le dijo que Claudia había aceptado hablar con él esa misma tarde. Alma les propuso que se vieran ahí mismo, en su casa, a lo que Marco accedió, y cuarenta y cinco minutos más tarde ya estaba en la puerta.

Alma lo recibió con gran expectación, y sin poder adelantarle nada, solamente le dijo en voz baja:

—Habla con ella, y por favor, sé amable, trata de convencerla.

Marco pasó a la sala y vio a Claudia sentada en la barra de la cocina; la luz de media tarde entraba por la ventana con todo su esplendor y hacía que el

cabello rojo de Claudia soltara hermosos destellos de fuego. Ella se dio la vuelta en el banco y lo miró con seriedad.

—Hola —la saludó Marco, tratando de parecer casual.

—Hola. —Ella le devolvió el saludo con frialdad.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marco, tratando de romper el hielo, aunque sintiéndose sumamente incómodo.

—Estoy bien, aunque un tanto sorprendida por la propuesta de Alma.

Marco la miró y, tratando de aliviar la tensión, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sí, suena un tanto alocada, ¿verdad?

Claudia iba a replicar algo, pero Marco se adelantó.

—Sin embargo, creo que al final de cuentas es algo práctico y beneficioso para ambos.

—Pues yo tengo mis dudas.

—Estoy seguro de que sí —replicó él en un tono que, más que irónico, resultó enigmático.

No dijo nada más, pero se quedó mirando a la amiga de su secretaria, como esperando que expusiera esas dudas de las que hablaba.

Ella se revolvió incómoda en su asiento; nunca le había agradado el jefe de su amiga, y —jamás se habría atrevido a reconocerlo— le molestaba sobremanera que fuera tan atractivo.

—Si yo aceptara este trato, tendrías que cumplir con ciertas condiciones que, estoy segura, te serían muy difíciles.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles? —preguntó, tratando de ocultar su molestia por la presunción de Claudia.

—Mientras estuviéramos en esa farsa no podrías ver a tus *amiguitas* pues, aunque nuestro matrimonio estaría arreglado, tendrías que darme mi lugar como tu esposa. No me gustaría ser el hazmerreír de la «alta sociedad».

—De hecho, aunque no fuera esa una de tus condiciones, tendría que hacerlo, ya que la idea es presentarme ante el consejo directivo como un

honorable hombre de hogar.

Claudia se sintió algo nerviosa: esperaba más resistencia de parte de Marco, pero seguramente él deseaba más que cualquier cosa obtener la presidencia de Grupo Roselli, y estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguirlo.

—¿Alguna otra condición que quieras imponer?

—Sí. Las demostraciones de afecto deben ser muy reservadas y limitarse a tomarnos de la mano y besos en la mejilla. Nada de extralimitaciones ni de intimidad —Y al decir esto Claudia miró de reojo a Alma, sin poder evitar ponerse roja como amapola.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Por el momento, no —dijo ella, nerviosa.

—Bien, ahora es mi turno. Aunque las demostraciones de afecto sean muy reservadas, tendremos que aparentar que realmente sentimos algo el uno por el otro, ya que el consejo me estará observando muy de cerca. Y no podrás revelarle a nadie nada sobre este convenio.

—Está bien. —Claudia parecía tranquila, pero los nervios la carcomían, preguntándose qué era lo que estaba haciendo.

Marco tomó aire, igualmente tenso; ponerse de acuerdo con la estirada amiga de su secretaria le estaba resultando más difícil que negociar con los socios de la empresa

—Bien, ahora solo falta proponerte una cifra para cerrar el trato.

Aquello no podía sonar más frío y Claudia, que había impuesto esas condiciones esperando desanimarlo, pues no estaba en absoluto convencida de llevar a cabo ese plan, decidió jugar una última carta.

—¿Qué te parece quinientos mil pesos? —dijo él.

Claudia lo miró profundamente, tratando de escudriñar en sus ojos azules.

—¿Quinientos mil pesos por ayudarte a conseguir la presidencia de tu empresa? ¿No te parece poco?

—¿Cuánto quieres?

—¿Qué tal tres millones?

Marco miró a Alma; en realidad no esperaba aquello. Él podía pagarle esa cifra sin ningún problema, pero no estaba preparado para que Claudia atacara de ese modo.

Alma se encogió de hombros, un tanto avergonzada.

—Muy bien, serán tres millones. Pero entiéndelo, será un pago único.

Claudia esperaba que su supuesta ambición lo desanimara, pero tampoco quería parecer una arpía, así que replicó:

—Te aseguré que no te pediré un solo centavo más.

—Eso espero. Tengo que irme, envía el número de cuenta a Alma para que ella misma haga la transacción mañana. Creo que es conveniente dejarnos ver en público lo más pronto posible, así que esta noche pasaré por ti para que vayamos a cenar. Te veré en unas horas —Y salió precipitadamente sin darle tiempo a Claudia de replicar nada.

El rostro de la pelirroja era un poema; todavía no entendía lo que acababa de pasar. ¿Iba a casarse? Sí, iba a casarse con un hombre que, aunque físicamente muy atractivo, le resultaba desagradable como persona, e iba a hacerlo por dinero. No podía creerlo. De pronto se sintió sucia. Además, la forma tan arrogante como él le había dicho que pasaría por ella en la noche, sin siquiera pedirle su opinión, le resultaba de lo más chocante.

—¿Qué es lo que acabo de hacer? —dijo para sí misma.

—Exactamente eso es lo que yo me pregunto: ¿qué es lo que acabas de hacer? —replicó Alma, molesta.

Claudia la miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

—¿Tres millones? ¿En qué estabas pensando? Eso es mucho más de lo que te ofreció.

—¿Y por qué te molesta tanto? Yo solamente negocié; él necesita mi ayuda, yo necesito el dinero...

—Claudia, yo le dije a Marco que eres de fiar, y que no le pedirías más

dinero, le dije que respondo por tu integridad. ¡Por eso aceptó proponerte esto a ti!

Claudia no atinaba a explicar su desconcierto.

—Yo creí que si le pedía una cantidad mucho mayor a lo que estaba ofreciendo se arrepentiría del trato y diría que no, esa era mi intención. ¡Nunca esperé que aceptara la cantidad que propuse!

—Pues ya ves que sí aceptó. Solo espero que tu promesa de no pedirle un solo centavo más sirva para que él considere que eres honesta, y que no se va a arrepentir. Además, si no querías participar en esto, ¿por qué aceptaste? Pudiste haberte negado en redondo.

—¡No sé qué fue lo que pasó! —exclamó con voz chillona—. Pero aún puedo negarme. Es más, creo que deberías ser tú quien se case con él — declaró Claudia, entre molesta y divertida.

—¿Estás loca? ¡Alex me mataría! Yo no podría hacerle eso.

Claudia se levantó, dispuesta a marcharse. Apenas miró a su amiga cuando dijo, antes de despedirse:

—Ya lo sé, era una broma. Solo espero que no sea yo quien se arrepienta de esto. Y te juro que ya estoy empezando a hacerlo. Te veré luego.